UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO

Expresiones de la agresividad en la escritura de acontecimientos relacionados con la violencia

TESIS PRESENTADA POR

Josué Ávalos Pérez

PARA LA OBTENCIÓN DEL GRADO DE

Doctor en Psicología

COMITÉ TUTORAL

Mario Orozco Guzmán (Director)

Doctor en Psicología

David Pavón Cuéllar(Codirector)

Doctor en Psicología

LECTORES

Evelyn Irma Rodríguez Morrill

Doctora en Psicoterapias Existenciales

Luis Miguel Sánchez Loyo

Doctor en Ciencias del Comportamiento

MORELIA, MICH., OCTUBRE DE 2020

UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO

Expresiones de la agresividad en la escritura de acontecimientos relacionados con la violencia

TESIS PRESENTADA POR

Josué Ávalos Pérez

PARA LA OBTENCIÓN DEL GRADO DE

Doctor en Psicología

COMITÉ TUTORAL

Mario Orozco Guzmán (Director)
Doctor en Psicología

David Pavón Cuéllar(Codirector)
Doctor en Psicología

LECTORES

Evelyn Irma Rodríguez Morrill
Doctora en Psicoterapias Existenciales

Luis Miguel Sánchez Loyo
Doctor en Ciencias del Comportamiento

MORELIA, MICH., OCTUBRE DE 2020

Poesía violenta

Violencia es violencia. Pero hay una violencia negativa, cuyo objetivo es la destrucción por la destrucción; y una violencia creativa, cuyo reto es aniquilar destrucción: construir destruyendo. La mediocridad es violencia, brutal agresión al espíritu y al progreso. La banalidad es violencia. La incultura es violencia. La insensibilidad es violencia. Postergar el talento es violencia. El plagio es violencia. La explotación es violencia. Violencia la desigualdad, la intolerancia, la injusticia. Violencia la avaricia, la corrupción, el saqueo, la usura. También la alienación, la ausencia, la soledad, la depresión, la indiferencia, la insolidaridad. Es violencia tener que resistir para existir. Las dictaduras, el fanatismo religioso, el maltrato, el hambre y a la guerra son violencia. Violencia la contaminación, la enfermedad, el dolor y la muerte. La verdad, la palabra, la belleza, la alegría, la emoción el amor han de ser violencia. Violencia reactivadora de conciencias y movilización al compromiso.

Ángel Guinda

La violencia no es una fatalidad

Mario Elkin

Agradecimientos

Como ya lo sugería el poeta uruguayo Mario Benedetti: existen momentos en los que resulta *difícil decir algo que realmente no sobre* y éste parece ser uno de esos momentos. Aun con ello, no quiero dejar de agradecer a mi familia por el apoyo incondicional que me han brindado durante este proceso y los episodios críticos que el trayecto ha conllevado. A mis lectores y asesores por las apreciables sugerencias nacidas de experiencias que no siempre he sido capaz de escuchar y poner en práctica, pero cuyo acompañamiento por esta vorágine de posicionamientos aprecio infinitamente. A mis compañeros de formación en este largo trayecto cuyo recuerdo de aquellos viajes fueron, sin duda, lo más enriquecedor. A mis alumnos que, fieles a su vocación, han fungido como maestros. Agradezco a la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo por darme la oportunidad de formarme dentro y fuera de sus aulas. Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por apoyar económicamente mi proyecto, esperando poder devolver algo de este beneficio a la comunidad en el corto plazo. Finalmente, a quienes sorpresivamente me tendieron la mano cuando más fuerte soplaba el viento del naufragio. A todos ustedes ¡Gracias!

Resumen **4**
Introducción **6**

Problema de investigación: 8

Objetivo general: 8

Objetivo específico: 8

Capítulo I: Agresividad y violencia en teoría psicoanalítica **12**

I.I.-Agresividad y la pulsión de muerte en la obra de Sigmund Freud 14

I.I.I.-La inclinación a la muerte y su vinculación con la vida 20

I.I.II.-La crueldad infantil y su retorno durante la pubertad 31

I.I.III.-Del espasmo de *lo violento* a la relación de la violencia con la ley 35

I.II.- Jacques Lacan y la cuestión de la agresividad 44

I.II.I.-La agresividad y su apuntalamiento en el complejo familiar 45

I.II.II.- Cinco tesis sobre la agresividad 53

I.II.III.-La noción de agresividad en el transcurso de los seminarios 61

I.II.IIII.- Algunas referencias a la violencia en la obra de Jacques Lacan 67

Capítulo II: Método **72**

II.I.- La investigación psicosocial 72

II.II.- El Análisis Lacaniano de Discurso como método de investigación 73

II.III.- Participantes 78

II.IV.-Producción escrita de los testimonios 79

II.V.-Consideraciones éticas.....79

II.VI.- Clasificación y selección de los testimonios 80

Capitulo III.- Acontecimientos relacionados con la agresividad o la violencia . 81

Testimonio A. (Mujer): *"Las dos familias se odian y no se pueden ni ver"* 81

Testimonio B. (Hombre): *"Es la muerte de mi hermano"*.....82

Testimonio C. (Hombre): *"Muy enojado empujó a mi mamá contra la pared"* 83

Testimonio D. (Mujer): *"Tumban la puerta de mi casa, entra una manada"* ..84

Testimonio E. (Hombre): "*Tomo el cuchillo más afilado y marco mi piel"*.....86

Testimonio F. (Hombre): *"Mi madre siempre me mintió acerca de mi padre"*86

Testimonio G. (Hombre): *"Yo era el típico niño buliado (sic)"*.....88

Testimonio H. (Mujer): *"Estábamos todos dispuestos a pelearnos"* 89

Testimonio I. (Mujer): "*De una chica callada y tímida de todo a una chica decidida"* 90

Testimonio J. (Hombre): *"(No pude hacer nada) mi pierna se rompió"* 91

Capítulo IV: Análisis de testimonios y discusión..... 92

IV.I.- Las *familias* y su relación con las primeras experiencias violentas 94

IV.II.-La relación *yo-otro* en la experiencia subjetiva de la agresividad.....112

IV.III.- Impotencia, trauma o reposicionamiento subjetivo ante la violencia 127

IV.IV.- Acontecimiento en escritura: posibles elaboraciones frente a la violencia 146

Capítulo V: Conclusiones..... 158
Referencias..... 169
Anexos 181

Carta de consentimiento informado 181

Resumen

La agresividad es una tendencia inherente a la constitución subjetiva de los seres humanos. Inclinación recurrentemente asociada a la violencia y los prejuicios que recaen sobre ésta. Diversidad de esfuerzos académicos han tratado de diferenciar los conceptos de agresividad y violencia desembocando en rutas que transitan de una noción a otra sin figurar una frontera capaz de perpetuarse. En un profundo interés por esta paradoja y con el objetivo de analizar las expresiones de la agresividad presentes en la escritura de acontecimientos relacionados con la violencia, esta investigación implementó un Análisis Lacaniano de Discurso para abordar experiencias que marcaron un antes y un después en la vida de jóvenes michoacanos de educación media superior. La familia se revela como esa instancia en la que irrumpen las primeras expresiones de agresividad y violencia: se describen golpes, peleas, apropiación, celos, actos defensivos, reivindicaciones, agresiones a otros miembros de la familia, autolesiones y reproches que han sido producto de la vinculación eminentemente narcisista que tiende a establecer el yo con la alteridad. Así mismo, se muestran otras experiencias que fueron asociadas con la violencia a pesar de no existir una intención de perjudicar o transgredir deliberadamente a otros. Testimonios que brindan un registro material de cómo, en la experiencia humana, cualquier evento estremecedor puede vivirse como violento ameritando ser escuchado desde un posicionamiento ético que permita dar lugar a las elaboraciones que cada sujeto hace de un acontecimiento dado. Experiencias que, por perjudiciales que parezcan, puede propiciar posicionamientos y reivindicaciones subjetivas en las que lo inédito se puede inscribir. Por otro lado, la necesidad de elaborar propuestas en beneficio de una dimensión más amplia, como la que supone salud pública, hace preciso diferenciar tales experiencias respecto de algunas formas de violencia propiamente dicha. Actos que demandan un posicionamiento abiertamente político por parte de psicólogos y actores sociales que, al considerarse agentes de cambio, no deben desestimar el legítimo ejercicio de la agresividad como elemento que forman parte de la vinculación social.

Palabras clave: Discurso, testimonio, posicionamiento, reelaboración, psicoanálisis

Abstract

Aggressiveness is a tendency inherent to the subjective constitution of human beings. This inclination is recurrently associated with violence and the prejudices that fall on it. A variety of academic efforts have tried to differentiate the concepts of aggressiveness and violence, leading to routes that pass from one notion to another without a perpetuated border. In a deep interest in this paradox and with the objective of analyzing the expressions of aggressiveness present in the writing of events related to violence, this research implemented a Lacanian Discourse Analysis of to address experiences that marked a before and after in the lives of young high school students. The family is revealed as that instance in which the first expressions of aggressiveness and violence take place: hits, fights, appropriation, jealousy, defensive acts, claims, aggressions to other family members, self-harm and reproaches that have been the product of the eminently narcissistic link that tends to establish the self with otherness are described. Other experiences are shown that were associated with violence despite the absence of an intention to harm or deliberately transgress others. Testimonies that provide a material record of how, in the human experience, any shocking event can be lived as violent, deserving to be heard from an ethical position that allows to give rise to the elaborations that each subject makes of a given event. Experiences that, no matter how harmful they may seem, can lead to subjective positions and claims in which the unexpected can be inscribed. On the other hand, the need to elaborate proposals for the benefit of a broader dimension, such as that which involves public health, makes it necessary to differentiate such experiences from some forms of violence proper. Acts that demand an openly political positioning on the part of psychologists and social actors who, by considering themselves agents of change, should not disregard the legitimate exercise of aggressiveness as an element of social bonding.

Introducción

No hay que tener miedo de las paradojas

Slavoj Žižek

Cuando se habla de la violencia en un contexto tan sobrecogedor como el que caracteriza a algunos pueblos latinoamericanos, el tema suele acompañarse de una inminente condena expresada por el discurso oficial para cualquiera de sus manifestaciones. Las asociaciones en lucha por los derechos humanos, la participación de la psicología en los programas de atención a víctimas, la proliferación de los estudios de género y distintas iniciativas de ley, hoy tratan de reivindicar la condición humana anteponiendo el enunciado de la *no violencia.* Las redes denuncian agravios de diversos tipos: violencia racial, violencia familiar, violencia laboral, violencia simbólica, violencia sistemática y otras modalidades que se han venido señalando en las últimas décadas. Paradójicamente, estas mismas expresiones de violencia se han convertido en objetos de divulgación, consumo, sátira, e incluso, en ejemplos plausibles de una pretendida justicia que en su trama contradice las posturas oficiales.

Estas contradicciones resultan evidentes en México, país reconocido internacionalmente por su riqueza cultural e histórica disposición para dar asilo a exiliados de otros países (UNESCO, 2017), pero también señalado como uno de los territorios con mayor número de homicidios dolosos en el mundo (UNODC, 2019), siendo la población de jóvenes entre 15 y 29 años la más afectada en ese rubro según Instituto para la Economía y la Paz (2019). Mexicanos que nacen, crecen y devienen adultos en medio de esta gran contrariedad: mientras un importante sector de la población condena la violencia, el narcotráfico, los asesinatos, actos de racismo, acoso escolar y disputas entre grupos armados; otros encuentran riqueza, posibilidades laborales, entretenimiento, poder y expectativas que provocan una mezcla de asombro, espanto, consternación y goce.

El estado de Michoacán ilustra la continuidad de esta condición, ya que ha sido cuna histórica de personajes independentistas que año con año reciben honores de manera pública. Su principal hazaña habría sido transgredir el régimen de su época, pero ¿Pudo tal hazaña haber sido posible sin el ejercicio de la violencia? En años recientes, el levantamiento armado de los llamados *grupos de autodefensas* reabrió el debate sobre la legitimidad de los crímenes cometidos por quienes durante muchos años han sido víctimas del crimen organizado y la desigualdad social (Aristegui, 2014). Discusión en la que más de alguno, ha celebrado la toma de armas y justicia en propia mano realizada por los habitantes en contra de quienes son señalados como sus verdugos haciendo surgir la pregunta ¿Es entonces válido el ejercicio de la violencia en estos casos?

La estructuración de la subjetividad humana se configura en esa encrucijada eminentemente conflictiva entre lo individual, lo social, la ley que intenta regular los intercambios y los deseos singulares que de allí se desprenden sin una visión necesariamente objetiva de la realidad. Estudios sobre la percepción de la violencia muestran cómo los jóvenes mexicanos que rondan los 15 años de edad no perciben dicha problemática como algo preocupante (OECD, 2017), revelando esa cualidad de los sujetos para soslayar algunos hechos evidentes y valorar su realidad a través de determinaciones íntimamente vinculadas con la estructura familiar. Los dramáticos tiroteos, agresiones, desapariciones y otros tantos actos atribuidos al crimen organizado a lo largo del territorio nacional no habrían sido suficientes para consternar a un sector de la población que participa junto con niños y adultos en la reproducción de ideales ligados a esa misma violencia mediante su música, bromas, series, videojuegos y distribución de contenido explícito a través de Internet. Algo nos indican los jóvenes sobre su agresividad y la nuestra a partir de estos registros materiales del discurso donde, mientras unos denuncian y asocian con la violencia, otros reproducen y sin observar en ello forma alguna de su expresión.

En este contexto particularmente contradictorio se planteó la investigación cuyas generalidades a continuación se presentan:

Problema de investigación: ¿Qué expresiones de la agresividad humana se presentan en la escritura de acontecimientos relacionados con la violencia por jóvenes de educación media superior?

Objetivo general: analizar distintas expresiones de la agresividad que se presentan en la escritura de acontecimientos relacionados con la violencia.

Objetivo específico: distinguir algunas expresiones legítimas de la agresividad respecto a otras que suponen formas de violencia propiamente dicha.

Método: se implementó el método de Análisis Lacaniano de Discurso al escudriñar los textos dando preeminencia a la materialidad significante de los testimonios. Se destacan algunas cualidades formales del texto, las contradicciones, los puntos muertos de perspectiva, rupturas de sentido y equívocos que se escriben literalmente en los relatos. Se reconoce el papel que juega el saber en algunos posicionamientos subjetivos, además de algunas implicaciones que los sujetos tuvieron en lo ocurrido: ya bien en acto, en rebelión, en pasiva inercia o sirviéndose de los diversos costados que ofrece la estructura simbólica.

El estudio fue planteando la necesidad de distinguir entre algunas formas de violencia propiamente dicha con respecto de aquellas experiencias estructurantes o meramente circunstanciales que, no por serlo, eliminan la posibilidad de ser percibidas como “violentas” dados los inminentes choques, encuentros y desencuentros que tienen los seres humanos sin devenir necesariamente *víctimas a atender*. Prejuicio con el que es preciso disentir, dado que su presunta determinación tiende a ignorar, o al menos desestimar, la implicación activa que suele tener el sujeto en algunos acontecimientos, así como las posibilidades de reposicionamiento y reelaboración que guarda cada experiencia.

Es conveniente aclarar que, por *expresiones de la agresividad*, se hace referencia a distintas manifestaciones que los seres humanos son capaces de observar

o experimentar desde posicionamientos que no siempre pasan por su voluntad. Términos que han sido utilizados por Jacques Lacan (1948/2005) en su escrito sobre *La agresividad en psicoanálisis,* para ilustrar cómo esta puede ejercerse en el marco de construcciones reales evidentes, o bien, por la vía de la expresividad dejando como ejemplo esta última: “un padre severo intimida por su sola presencia y la imagen del castigador apenas necesita enarbolarse para que el niño la forme.” (p. 97). Se analizan así expresiones que no siempre resultan evidentes, atribuibles o abiertamente reconocidas por parte de los sujetos; aquellas en las que los sujetos pueden agredir, ser agredidos por otros, o hacerlo sobre sí mismos, sin precisamente percatarse del papel que juegan en esta inclinación humana que pugna satisfacer un goce íntimamente vinculado al cuerpo y su representación.

Abordar los diversos costados de la agresividad humana en su cotidiana representación como violencia, apunta a erosionar la *sobredeterminación* que hoy guarda, así como los consecuentes efectos producidos desde su poder simbólico. La impotencia imaginaria, la angustia y el desvalimiento que su espectro imaginario suele producir, le convierten en una figura aparentemente omnipotente y ajena a nosotros. Así es como lo reseña Pavón-Cuéllar (2014b) al retomar una frase del cuento titulado *El león mata mirando*:

> El león es fuerte porque los otros animales son débiles. La sucesión causal no puede ser más clara: es *porque* somos débiles que el amo es fuerte. Su fortaleza es efecto de nuestra debilidad. Nuestra impotencia imaginaria es causa de su poder simbólico. El amo hace lo que hace porque se lo permitimos: el león come la carne de otros porque los otros se dejan comer. (p. 183)

El trabajo de análisis ha mostrado justamente cómo esta enorme bestia de la violencia no es tan ajena al sujeto que dice padecerla: su terrible mirada es precedida por la condena y el temor que se posan sobre nuestra propia agresividad, destructividad e inexorable inclinación a la muerte. Una tendencia de la que han dado cuenta los participantes en esta investigación al relatar peleas entre hermanos, agresiones entre

padres, autolesiones, autorreproches, suicidios o abiertas demandas para que alguna figura de autoridad intervenga y establezca una noción de orden, sin que el estremecimiento o la violencia que pudieran representar tales experiencias configuren por sí mismas la determinante de una fatalidad.

Para su presentación este documento se ha dividido en cinco capítulos, en los que se muestra paso a paso el proceso que se ha transitado y reelaborado continuamente en forma de espiral. En el primero, se presenta un breve estado del arte sobre la cuestión de la agresividad partiendo de Sigmund Freud y Jacques Lacan como principales representantes del psicoanálisis. En el segundo capítulo, se describe detalladamente el método y las técnicas empleadas para la recolección de los testimonios analizados durante la investigación, así como algunas características de los participantes que compartieron sus experiencias de vida.

Dada la relevancia que otorga el Análisis Lacaniano de Discurso a la materialidad simbólica del texto, en el tercer capítulo se presenta una transcripción de los testimonios escritos por los jóvenes participantes. De modo que los lectores puedan tener una perspectiva más completa de los elementos significantes, equívocos y las rupturas de sentido que revelan acontecimientos en el mismo acto de su escritura. En el capítulo cuatro, se realiza la lectura de fragmentos que han sido transcritos y analizados tomando algunas coordenadas que destacan por su reiteración en varios de los mismos. Ejercicio que ha requerido de diversas miradas y constante referencia a la literalidad del discurso para evitar, en la medida de lo posible, caer en el imaginario de sobreponer un sentido completamente ajeno a la continua irrupción que convoca el ejercicio de la enunciación en cualquiera de sus modalidades.

En el capítulo de conclusiones, se sintetizan hallazgos que ilustran cómo la agresividad y la violencia se enlazan continuamente en los diversos escenarios de la experiencia humana. La agresividad se presenta como una tendencia que, por ser inherente a la constitución subjetiva, constantemente encuentra diferentes formas de expresión o montos de tensión que caracterizan las relaciones humanas

independientemente de su filiación. Se describe a la familia como entramado estructural donde se experimentan las primeras rupturas y agresiones que han marcado la vida de los participantes. Además de acontecimientos estremecedores, comúnmente descritos como violentos, pero que no son consecuencia de algún agravio o transgresión ejercidas deliberadamente en perjuicio de otros sujetos. Situación que nos ha llevado a diferenciar formas de *violencia propiamente dichas* con respecto algunas otras formas que estremecen la subjetividad y suelen formar parte de las experiencias vitales que integran la civilización misma. Una diferenciación que permitirá ir erosionando ese sentido determinante y victimizante que se le suele atribuir a lo que recurrentemente es calificado como violento. Proponiendo así a los psicólogos y profesionistas de la salud un posicionamiento más claro y radical ante actos de *violencia propiamente dicha* que, atendiendo siempre a su contexto, resultan verdaderamente inaceptables.

Finalmente, se destaca la importancia que tendría para los seres humanos reconocer los atributos que guarda la agresividad humana, así como algunas expresiones legítimas que de allí se desprenden. Reconocer cierto costado violento que el deseo humano supone también con su ejercicio, además del filo que también conlleva la estructura simbólica bajo los efectos de sentido que coloca sobre el mundo; sin que ello guarda necesariamente y de manera exclusiva, ese sentido perjudicial y opresivo que hoy se suele atribuir las nociones de orden. Los testimonios muestran que, incluso ante las experiencias más agravadas, los sujetos cuentan con la posibilidad de sobreponerse y reposicionarse frente a los otros. Condición acontecimental que se muestra claramente en el ejercicio testimonial de la escritura como uno de los dispositivos en los que el sujeto puede contar, reelaborar y abrir un espacio para lo inédito es la particular posibilidad de reconocimiento que ofrece el ser leído por otros.

Capítulo I: Agresividad y violencia en teoría psicoanalítica

Es cierto, en lo que llaman amor humano hay una parte de agresividad sin la cual no habría más que impotencia

Jacques Lacan

De un modo similar a lo que ocurre en la cotidianidad, no existe consenso ni armonía en la literatura científica respecto al uso que se da al término de *agresividad*. Estudios en el campo de la salud mental la relacionan con conductas delictivas como el robo, uso de armas, violencia física, asalto sexual e incluso crueldad animal (Hamerlynck, Doreleijers, Vermeiren, Lucres & Cohen-Kettenis, 2008). Abordajes psiquiátricos colocan a la agresión como un acto que transgrede la ley; mientras que, ciertas perspectivas de la psicología han optado por describirlo como un acto de defensa ligada íntimamente al plano de la sobrevivencia y la convención social señalando que "el acto agresivo, de cualquier naturaleza, surge porque es un tipo de conducta que se ha interiorizado como válido dentro de la interacción social de los sujetos" (Castellano-Durán, y Castellano-González, 2012. p. 690).

En psicoanálisis, por otro lado, la cuestión no resulta menos difusa. La agresividad ha sido comúnmente definida como una tendencia a expresar "conductas reales o fantasmáticas, dirigidas a dañar a otro, a destruirlo, a contrariarlo, a humillarlo, etc." (Laplanche y Pontalis, 1997, p. 13). Dado que dicha inclinación pulsional busca ser satisfecha, el sacudimiento o estremecimiento provocado por el ejercicio real o fantasmático de dicha agresividad, guardando así la posibilidad de ser interpretado por otros como violencia, independientemente de su intencionalidad, sus condiciones o incluso su legitimidad. El ímpetu, la fuerza, la intensidad o la irracionalidad con que llega a expresarse la agresividad humana, hacen que fácilmente se asocie con intenciones dañinas o totalmente indeseables, provocando que incontables trabajos científicos lleguen incluso a utilizar los términos de agresión y violencia de forma indistinta.

No resulta casual que, desde su etimología, la palabra violencia provenga de la raíz *vis,* que significa fuerza, y *lensus,* que tiene valor de abundancia, (Etimologías de Chile, 2016). Un exceso que es capaz de transgredir o transformar su entorno en formas tan destructivas como creativas en diferentes matices. Tales atributos comunes han provocado una constante ida y vuelta entre ambos términos; ir y venir de los que Sigmund Freud y Jacques Lacan también fueron emisarios. Ambos conciben la agresividad como algo constitutivo, inherente al sujeto y a la vida misma; mientras que utilizan en diferentes momentos *lo violento* como adjetivo atribuible a espasmos, sacudimientos, irrupciones o agitaciones dadas en diversos escenarios sin preocuparse demasiado por determinar su intencionalidad.

Es en este escenario que a continuación se presenta un breve recorrido con algunas nociones de agresividad en la teoría psicoanalítica que resultan pertinentes al estudio, así como a su recurrente vinculación con la violencia bajo la que numerosas asociaciones internacionales, programas y autores contemporáneos abordan la cuestión. Concordancias y diferencias sobre las que se van figurando bases y puntos de referencia en los que se apuntala la discusión posterior.

I.I.-Agresividad y la pulsión de muerte en la obra de Sigmund Freud

El ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad.
Sigmund Freud

Un cuidadoso rastreo de los momentos en los que Sigmund Freud (1930/2006) trata el tema de la agresividad, permite vislumbrar una noción que se contrapuso a la lógica conservadora de su época, al referir que “la inclinación agresiva es una disposición pulsional autónoma, originaria, del ser humano” (p. 117). Un elemento constitutivo que se manifestaría desde las conductas más primitivas, hasta expresiones más civilizadas y reconocidas por la cultura. Desde las reminiscencias agresivas del instinto vinculado a la sobrevivencia y reproducción sexual, hasta los momentos en que el hombre trata de defender y procurarse un vasto campo para el quehacer artístico desplegando en ello “una enérgica agresividad hacia los demás” (Freud, 1910/2006, p. 64).

Desde sus más tempranos *Estudios sobre la histeria,* Breuer y Freud (1893/2006) destacaban la presencia de cierto instinto agresivo vinculado a la sexualidad, que aligeraba las operaciones motrices e incrementaba la peligrosidad incluso en los animales más pacíficos. Monto de agresividad que Breuer vislumbra en los seres humanos como uno de los efectos producidos por las representaciones y sensaciones sexuales que se vislumbran claramente en los jóvenes durante la pubertad. Bajo tales efectos, las mujeres mostrarían una actitud defensiva ante la angustia y el miedo que supone lo desconocido; mientras que los varones, por otro lado, presentarían una movilización agresiva “sin mezcla” (p. 255). La agresividad humana estaría, por lo tanto, vinculada a una posición defensiva ante la percepción de lo sexual y lo desconocido en el propio cuerpo, además de la movilización o activación que suscita la búsqueda de su satisfacción.

En un texto subsecuente e influido aún por las ideas de Breuer, su primer mentor, Freud (1886/2006) colocaría a la agresión en la etiología misma de las neurosis señalando que la histeria y la neurosis obsesiva serían efecto de una agresión sexual, sufrida pasivamente en el caso de la primera, o ejecutadas activa y excesivamente como producto del deseo en la segunda. Para ambos, la agresión sexual durante la infancia contendría el germen de la neurosis posteriormente manifestada; ya fuera por haber experimentado pasivamente una vivencia de seducción; o por haber participado en este goce anticipado de las relaciones sexuales. Pero más allá de actividad o pasividad con que se habría vivido tal experiencia sexual, Freud vislumbraba la existencia de una seducción anterior como provocadora del deseo; un momento mítico e indeterminado, en que no sólo se ponía en entredicho la primacía de deseo proveniente desde el exterior, sino también, la preeminencia misma de la relación agresor-agredido, en fantasías que no precisamente estarían vinculadas a la realidad fáctica.

Bajo el efecto de dichas fantasías, las agresiones que los propios neuróticos son capaces de ejercer sobre otros aparecen como expresiones que sólo ejecutarían de manera reactiva; es decir, agredirían al otro como efecto de haber sido previamente agredidos. El reconocimiento del deseo o la satisfacción experimentados en aquel goce anticipado, traerían como consecuencia sanciones o acciones-autorreproche, que formarían ya en sí mismos una defensa contra los excesos del placer obtenido. Sin embargo, el origen de tales formas de la agresividad, no resultan claramente discernible: los “ataques” han venido de fuera, como generalmente se exterioriza en el caso de la histeria; o provienen del sí mismo como se manifiesta particularmente en la neurosis obsesiva. Ir y venir constante que va del interior al exterior y enlaza los aparentes opuestos en la neurosis, sin líneas divisorias claramente identificables.

En su texto titulado *La interpretación de los sueños*, Freud (1900/2006) brinda numerosos ejemplos sobre la manera en que el inconsciente y sus diferentes manifestaciones, particularmente en los sueños, evidencian esta constante mudanza, inversión y vuelco en lo contrario del que la propia agresividad no está exenta:

> En la constitución sexual de un gran número de hombres existe un componente masoquista que ha nacido del trastorno hacia lo contrario *{Verkebrung]* del componente agresivo y sádico. Denominamos a tales hombres masoquistas «ideales» cuando no buscan el placer en el dolor corporal que se infligen sino en la humillación y la mortificación psíquica. Es evidente sin más que estas personas pueden tener sueños de deseo contrario y de displacer que para ellos, empero, no son sino cumplimientos de deseo, satisfacción de sus inclinaciones masoquistas. (p. 176)

Ya que nuestra realidad psíquica obedece algunos mecanismos similares a los que se vislumbran en los sueños, la experiencia de ser agredido, así como la experiencia de ser amado, no depende únicamente de agente externo; existen inclinaciones previamente configuradas que colocan al sujeto en ese lugar de agredido o de amado, brindándole un cierto monto de satisfacción libidinal a inclinaciones que no siempre son reconocidas por la consciencia. Es decir, el exceso de goce provocado por una vivencia previamente experimentada, o incluso fantaseada, es capaz de encontrar satisfacción en experiencias y posicionamientos opuestos bajo la condición de ese trastorno hacia lo contrario.

El sadismo, como forma de placer encontrado en experiencias de dolor ejercidas sobre otros, por ejemplo, es reconocido por Freud (1905b/2006) como un componente agresivo de la pulsión sexual, fácilmente reconocible en varones al momento de romper las resistencias que eleva el objeto amado durante el cortejo. Un componente sádico, autónomo y exagerado que fluctúa desde “una actitud meramente activa, o aun violenta, hacia el objeto sexual, hasta el sometimiento y el maltrato infligidos a este último como condición exclusiva de la satisfacción” (pp. 143-144). Sadismo y masoquismo son presentados por Freud como componentes de la pulsión, que se muestran en una constante vuelta hacia el sí mismo como objeto sexual.

Dicho componente agresivo de la libido, energía pulsional con la que invisten los objetos en los que se deposita el afecto, da cuenta de esta inclinación sádico-

masoquista que actualiza ciertos apetitos caníbales y de apoderamiento en que los seres humanos son capaces de obtener una sensación placentera. Apetitos humanos que este autor pudo observar revelados en otras de las manifestaciones tan cotidianas como prototípicas del inconsciente: el chiste. Elaboraciones mediante las cuales se expresa agresión, sátira o incluso defensa contra ciertos objetos depositarios de la libido. Enunciaciones sexualmente excitadoras, que burlan las inhibiciones sociales obteniendo una sensación placentera; goce del habla que hoy puede reconocerse fácilmente en los albures o juegos de palabras donde se busca hacer patente la primacía sexual sobre otro, dando predominancia a lo activo sobre lo pasivo:

> El chiste nos permitirá aprovechar costados risibles de nuestro enemigo, costados que a causa de los obstáculos que se interponen no podríamos exponer de manera expresa o consiente; por tanto, también aquí *sorteará limitaciones y abrirá fuentes de placer que se han vuelto inasequibles.* Además, sobornará al oyente, con su ganancia de placer, a tomar partido por nosotros sin riguroso examen, como nosotros mismos, en otras ocasiones, sobornados por el chiste inocente, solemos sobrestimar la sustancia de la oración expresada como chiste. (Freud, 1905c/2006, p. 97)

El chiste tendencioso que se deriva del juego de palabras, tal como el que supone la actividad del albur previamente descrita, no se produce generalmente en un plano dual de quien hace el chiste y aquel que se toma como objeto de la hostilidad ejercida mediante la elaboración graciosa; requiere de un tercero al que se le pueda producir placer o inserte un marco de camaradería que permita expresar lo que de otro podría ser considerado una ofensa: “no es quien hace el chiste, sino el oyente inactivo, quien ríe a causa de él, o sea, goza de su efecto placentero” (1905c/2006, p. 94). Nuestro autor encuentra, entonces, que el tercero funciona como mediador de sentido e incluso intérprete de este; cuestión que puede resultar útil para entender diferentes expresiones de la agresividad bajo el sentido intrusivo, perjudicial, irrelevante o incluso cómico que adquieren ante la mirada de otro.

El emisor del chiste se sirve de diversos recursos y técnicas para mutar en cómicas las tendencias hostiles y agresivas dirigidas al otro sirviéndose de “la imitación, el disfraz, el desenmascaramiento, la caricatura, la parodia, el travestismo” (Freud, 1905c, p. 183). Expresiones que al ser extraídas de su contexto y bajo una particular perspectiva de género, inclinación política, un análisis crítico, o incluso desde una visión particular, pueden ser fácilmente denunciados como violencia. Resulta interesante descubrir esta analogía, ya que tanto el chiste como la violencia, necesitan generalmente de un tercero que medie la manera en que se inscribe su experiencia. Cuestión que se desarrollará un poco más adelante en este trabajo.

Apenas un año más tarde, mediante el análisis de *El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen,* Freud (1907/2006) vuelve a sugerir la imbricación entre agresividad masculina y el cortejo bajo lo que él consideraba un “infaltable deber del varón en el juego del amor” (p. 32). Unión de ternura y agresión, que se atestigua claramente en la vida infantil y los efectos que se siguen exteriorizando de manera un poco más velada en la vida adulta bajo su inserción en la cultura; inducción que supone una pérdida de cierto poder y patrimonio, en cuanto a las propias inclinaciones sexuales, agresivas y vindicativas se refiere; teniendo así que recurrir a sofocamientos, rodeos o rituales para su expresión.

Como ejemplo de este sofocamiento y trastorno hacia lo contrario que sufren las pulsiones; Freud (1909a/2006) avistaría en el particular análisis del caso Hans, un sentido de compasión que vendría a ser producto de una sofocación o mutación de “inclinaciones crueles y violentas de la naturaleza humana” (p. 92). Un caso donde las inclinaciones hostiles y sádicas dirigidas a sus padres habrían sido transformadas en fobia en un intento por sofocarlas; sugiriendo así, la primacía de inclinaciones agresivas que suelen tornarse síntomas y malestares al no expresarse de manera directa o en subrogados simbólicos disponibles.

En su estrecha vinculación con la sexualidad, la agresividad tiende a encontrar satisfacción desde el momento mismo en que el ser humano emprende una búsqueda

de objeto; es capaz de encontrar satisfacciones parciales en la propia excitación corporal provocada por el deseo. El ser humano se moviliza hasta el momento en que se da la descarga de tensión o la satisfacción, sin que ello se logre de manera definitiva. Es decir, la tensión sexual y la búsqueda de nuevas formas para satisfacerla, configuran un constante carácter esforzante que supone es “una propiedad universal de las pulsiones, y aun su esencia misma” (Freud, 1915a/2006, p. 117).

Freud (1915a/2006) entiende las pulsiones como “un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma” (p. 108). Inclinaciones humanas que conllevan una fuente, un empuje, un objeto y una meta que no precisamente se corresponden con las necesidades biológicas o tendencias instintivas, sino que conforman la “expresión de una inercia o elasticidad de lo orgánico” (Freud, 1923a, p. 254). Elasticidad vinculada al lenguaje u otras convenciones humanas que sustraen al neonato de mundo biológico, reconfiguran los alcances de algunos de sus vestigios instintivos y le ofrecen subrogados en los que podrá encontrar satisfacción, al menos parcial, de pulsiones que no terminan por satisfacerse del todo.

En lo concerniente a esta pulsión de agresión que estaría subsumida en las pulsiones sexuales, se puede observar que su empuje lleva a los seres humanos a apoderarse, defenderse o incluso destruirse unos a otros en nombre de los más elevados ideales de la cultura (el amor, la patria, la religión). De modo que las tendencias destructivas del sujeto se anudan con aquellas destinadas a procurar la vida. Condición ejemplificada por Freud en el análisis un hecho histórico tan significativo como el representado por la Primera Guerra Mundial.

I.I.I.-La inclinación a la muerte y su vinculación con la vida

Quién sabe, puede que la vida sea la muerte, y la muerte, la vida
Eurípides

El acontecimiento bélico que sacudió al mundo de 1914 a 1919, tuvo gran impacto en el médico vienés que, fiel a su profesión, había enfocado una buena parte de sus esfuerzos en vislumbrar mecanismos inconscientes y fantasías humanas que, aun siendo dolorosas para los individuos, podían procurarle cierto monto de placer. Justo cuando la crueldad humana ya era objeto de sus reflexiones, una charla entre Lou Andreas-Salomé y Rainer María Rilke le llevaron a reflexionar sobre las posibles consecuencias que traería esa lucha entre naciones, aparentemente civilizadas, cuyo futuro no parecía ser alentador:

> No sólo destruyó la hermosura de las comarcas que la tuvieron por teatro y las obras de arte que rozó en su camino; quebrantó también el orgullo que sentíamos por los logros de nuestra cultura, nuestro respeto hacia tantos pensadores y artistas, nuestra esperanza en que finalmente superaríamos las diferencias entre pueblos y razas. Ensució la majestuosa imparcialidad de nuestra ciencia, puso al descubierto nuestra vida pulsional en su desnudez, desencadenó en nuestro interior los malos espíritus que creíamos sojuzgados duraderamente por la educación que durante siglos nos impartieron los más nobles de nosotros. (Freud, 1916/2006, p. 311)

Pero concluye más adelante:

> Sabemos que el duelo, por doloroso que pueda ser, expira de manera espontánea. Cuando acaba de renunciar a todo lo perdido, se ha devorado también a sí mismo, y entonces nuestra libido queda de nuevo libre para, si todavía somos jóvenes y capaces de vida, sustituirnos los objetos perdidos por otros nuevos que sean, en lo posible, tanto o más apreciables. Cabe esperar que con las pérdidas de esta

> guerra no suceda de otro modo. Con sólo que se supere el duelo, se probará que nuestro alto aprecio por los bienes de la cultura no ha sufrido menoscabo por la experiencia de su fragilidad. Lo construiremos todo de nuevo, todo lo que la guerra ha destruido, y quizá sobre un fundamento más sólido y más duraderamente que antes. (Freud, 1916/2006, p. 311)

Las consecuencias de la guerra no sólo habrían dejado consternada a la población europea y al propio creador del psicoanálisis; el cuestionamiento de los altos valores humanos que se derrumbaron junto con algunos de los edificios más emblemáticos llevó a Freud a desplazar el placer y la satisfacción sexual como foco de sus elaboraciones teóricas. En *Más allá del principio del placer* (1920/2006) explicaría: "si nos es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones *internas,* no podemos decir otra cosa que esto: *la meta de toda vida es la muerte*; y retrospectivamente: *lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo.*" (p. 311).

Tal aseveración le aleja definitivamente de una noción biologicista del ser humano como organismo tendiente a procurar la vida, el equilibrio y el placer; para reconocer puntualmente en éste una marcada inclinación hacia la muerte. Incluso las pulsiones sexuales, eróticas, de autoconservación y otras pulsiones parciales dirigidas aparentemente a procurar la vida, tendrían también un componente destructivo o tendencia mortífera. El amor (ternura) y el odio (agresividad) por tanto, modalidades del afecto entre las que coloquialmente se dice que "*sólo hay un paso",* serían una ilustración de la continuidad existente entre sexualidad y agresividad bajo el reconocimiento de "un componente sádico en la pulsión sexual" (Freud, 1920/2006, p. 52). A*mbivalencia* de afectos que el sujeto tiende a dirigir a otros incluso en los vínculos más íntimos; tendencia a la agresividad cuyo origen preciso es particularmente desconocido, pero que tiene a su vez "un carácter elemental" (Freud, 1921, p. 97) en la vida anímica de los seres humanos. Constituyendo así los celos, la rivalidad y los reproches dirigidos al objeto amado algunos claros ejemplos de ello.

Para 1923, Freud reconocerá en la identificación uno de los mecanismos que permiten en el sujeto la mutación de mociones hostiles en tiernas y viceversa. Mecanismo caníbal por el que se introyectan rasgos o cualidades del otro, llegando incluso a prescindir del objeto internalizado, junto con la respectiva carga tierna y agresiva que su erotización conlleva. Una situación que el propio autor considera riesgosa, ya que en esa mezcla de componentes eróticos que preferentemente derivarían hacia afuera, su lucha y severidad prosiguen en el interior. Resulta asombroso que el ser humano, "mientras más limita su agresión hacia afuera, tanto más severo —y por ende más agresivo— se torna en su ideal del yo [...] mientras más un ser humano sujete su agresión, tanto más aumentará la inclinación de su ideal a agredir a su yo" (p. 55).

Bajo esta redirección que es capaz de experimentar la pulsión de agresión, Freud (1923b/2006) delinea el engendramiento de un superyó, ligada la identificación con algunos ideales del arquetipo paterno; instancia psíquica que generalmente "tiene el carácter de dura restricción, de prohibición cruel" (p. 55). Límite que, aun proviniendo de restricciones morales que enarbolan los más profundos valores, puede tomar además como tales algunos elementos del ello en sus inclinaciones más primitivas. La conciencia moral entonces, como la llamará por momentos, puede ser percibida como una instancia que no sólo interrumpe o restringe la agresividad, también tratar de restringir el componente erótico que le es inmanente. Cuando en su internalización es demasiado severo, basta con liberar algunas restricciones para que el sujeto sea capaz de lastimar, herir o castigar irrefrenablemente a otros, o a sí mismo, escenificando una lucha contra la libido que "lo expone al peligro del maltrato y de la muerte" (p. 57).

Como lo señalará Freud (1924/2006) en su texto paradigmático titulado *El problema económico del masoquismo*, una de las tareas de la libido objetal consiste en volver inocua esa pulsión destructora, llevándola en buena parte hacia a objetos del mundo exterior, recibiendo, entonces, "el nombre de pulsión de destrucción, pulsión de apoderamiento, voluntad de poder" (p. 169). De allí que un monto de dicha agresividad encuentre su expresión en la sexualidad, donde el sujeto encuentra las condiciones

óptimas para ejercer una operación fundamental en su descarga: “el sadismo propiamente dicho” (p. 169).[1] Un sadismo que obedecería al masoquismo erógeno de la primera forma de vinculación con el otro y no deja de guardar sus relictos en las autoagresiones que suele suponer la propia instancia del superyó en el masoquismo moral que suponen las mortificaciones psíquicas provocadas por sus imperativos. Es por lo anterior que “no debemos contar con una pulsión de muerte y una pulsión de vida puras, sino solo con contaminaciones de ellas, de valencias diferentes en cada caso” (p. 170).

Bajo tal mezcla de inclinaciones masoquistas, existe cierto peligro en el sujeto que dirige un monto importante de su libido al sí mismo en lugar de colocarla en otros objetos. Situación que es ejemplificada por Freud (1926/2006) en su texto de *Inhibición, síntoma y angustia* con casos como el de Hans o el Hombre de los lobos. Sujetos que habrían trastornado su genuina hostilidad, agresividad e incluso deseos de venganza dirigidas a su padre, redirigiéndola hacia su propia persona, o bien, a un objeto fóbico que normalmente vela los componentes tiernos y eróticos que también contiene. Así que, sin importar los destinos que encuentra la agresividad; esta no está desligada de los compontes tiernos y eróticos que se desplazan mediante ese sofocamiento cultural de las pulsiones, que contribuirá a delimitar otras formas del masoquismo original. Una conciencia moral que “se vuelve tanto más severa y susceptible cuanto más se abstenga la persona de agredir a los demás” (Freud, 1924/2009, p. 176). Autoagresión que desciende de la pulsión de muerte, pero “tiene el valor psíquico (*Bedeutung*) de un componente erótico” (p. 176).

Sigmund Freud (1926/2006) señala que las mociones agresivas sofocadas o inhibidas durante la infancia, tienden a despertar nuevamente al inicio de la pubertad

[1] El psicoanalista mexicano Mario Orozco Guzmán (2012) dirá más tarde al respecto “la violencia en la cama matrimonial constituye algo que no se puede soslayar” (p. 42).

bajo la forma de propósitos destructivos o un mero contenido de pensamiento agresivo. Dichas inclinaciones, disfrazan sus intensas aspiraciones eróticas bajo la severidad de un superyó que tiende a luchar contra el arremetimiento de las pulsiones, enarbolando banderas éticas en las que dichas inclinaciones no siempre se muestran de manera evidente. A pesar de ello, “la represión no ha roído el contenido de la moción pulsional agresiva, ha eliminado en cambio el carácter afectivo que la acompañaba” (p. 111).

En algunas de sus manifestaciones, la agresividad se activa como defensa ante un objeto provocador de angustia; prepara al sujeto para la huida, al considerar que no ha adquirido la fuerza suficiente para enfrentar dicho peligro por medio de una agresión. La huida del objeto fóbico toma, entonces, una forma de lucha por la vida, que en cualquier momento puede convertirse en confrontación; forma de sobrevivencia para la que alguien difícilmente se habilita ante un objeto fóbico o atemorizante.

En su emblemático texto sobre *El malestar en la cultura*, Freud (1930/2006) presenta un amplio tratado sobre las condiciones de malestar y descontento que perciben los seres humanos desde el mismo momento en que se adscriben a una vida en sociedad. Aunado a esta insatisfacción que es capaz de producir la cultura, existen también dificultades que derivan de vínculos eróticos dados los componentes sádicos que le son propios, así como la frecuencia con la cual dichos objetos desembocan en una agresión. Consecuencia potencial y latente al considerar que el otro, no sólo es un posible objeto sexual o auxiliar para satisfacer mociones tiernas, “sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo (p. 108).

Por supuesto que la agresión directa no es la única forma de satisfacer dicha inclinación, la tendencia a la agresión puede alcanzar parcialmente su meta bajo métodos más benignos y subrogados dispuestos por la cultura, como puede ser la competencia, los deportes, el arte, la ciencia, etc. Sin embargo, cuando esta inclinación no encuentra fuerzas contrarias capaces de inhibirla, pueden terminar por

desenmascarar a los seres humanos como “bestias salvajes que ni siquiera respetan a los miembros de su propia especie” (Freud, 1930/2006, p. 108). Para este momento de su obra, la inclinación agresiva es colocada como un elemento que perturba los vínculos entre los seres humanos, dada la hostilidad primaria que les es recíproca y les coloca bajo una permanente amenaza de disolución.

Así, la propia entrada a la cultura dista de ser pacífica, conlleva malestar y una lucha constante del sujeto por satisfacer sus pulsiones como tendencias inherentes a la sustancia viva. Para evitar su disolución, la cultura debe hacer un gasto de energía en un esfuerzo por limitar o regular algunas de estas inclinaciones, recurriendo incluso al ejercicio mismo de la violencia sobre aquellos que transgreden su ley, con la salvedad de que esta última:

> No alcanza a las exteriorizaciones más cautelosas y refinadas de la agresividad humana [...] sería injusto reprochar a la cultura su propósito de excluir la lucha y la competencia del quehacer humano. Ellas son sin duda indispensables, pero la condición de oponente no coincide necesariamente con la de enemigo; sólo deviene tal cuando se la toma como pretexto y se hace abuso de ella. (Freud, 1930/2006, p. 109)

En una idea que desarrollará más adelante, (Freud, 1930/2006) vislumbraría cómo la violencia y la ley tienen una relación tan estrecha que no se puede pensar la una sin la otra. La cultura es una instancia reguladora del goce que debe “movilizarlo todo para poner límites a las pulsiones agresivas los seres humanos, para sofrenar mediante formaciones psíquicas reactivas sus exteriorizaciones” (p. 109). Algo que resulta necesario, pero no está exento de provocar descontento en sus miembros por sentirse limitados en algunas de sus inclinaciones más primitivas viéndose en la necesidad de buscar y crear alternativas para su ejercicio, como esa que suponen la rivalidad y hostilidad hacia lo extraño:

> No debe menospreciarse la ventaja que brinda un círculo cultural más pequeño: ofrecer un escape a la pulsión en la hostilización a los extraños. Siempre es posible ligar en el amor a una multitud mayor de seres humanos, con tal que otros queden fuera para manifestarles la agresión. (p. 110)

Más que un elemento externo o provocador de displacer, el extraño y el enemigo se presentan como alteridades frente las cuales, la más mínima provocación o rasgo inesperado suele convertirles en auxiliares. Objetos de hostilidad capaces de proveer al sujeto un monto de satisfacción a partir de la descarga de tensión agresiva que su intervención figura, sugiere o abiertamente realiza. Placer ilustrado por Freud (1930/2006) con un pasaje poético que es preciso recuperar en su totalidad:

> Un gran poeta puede permitirse expresar, al menos en broma, verdades psicológicas muy mal vistas. Así, Heine confiesa: «Yo tengo las intenciones más pacíficas. Mis deseos son: una modesta choza con techo de paja, pero un buen lecho, buena comida, leche y pan muy frescos; frente a la ventana, flores, y algunos hermosos árboles a mi puerta; y si el buen Dios quiere hacerme completamente dichoso, que me dé la alegría de que de esos árboles cuelguen seis o siete de mis enemigos. De todo corazón les perdonaré, muertos, todas las iniquidades que me hicieron en vida... Sí: uno debe perdonar a sus enemigos, pero no antes de que sean ahorcados. (p. 109)

Ese ejercicio de la agresión al otro, al menos de la manera simbólica, da cuenta de la necesidad de expresión hacia la que tiende nuestra agresividad humana. Una liberación de carga y tensión que el sujeto parece acumular constantemente bajo los preceptos e influjos de la cultura, aunado a la novela que ha figurado para sí. De allí la aguda crítica que llegó a dirigir Freud (1930/2006) hacia cierto sistema comunista, en su pretensión de luchar contra la propiedad privada como una forma de eliminar la violencia y el sometimiento entre los integrantes de una cultura. Si bien dicha idea eliminaría uno de sus instrumentos de los que se sirve la agresividad para su descarga, tal inclinación no es consecuencia de la propiedad privada, sino algo que se advierte

en épocas mucho más primitivas de los seres humanos. Aun si se lograra, no modificaría las desigualdades de poder e influencia que ejercen unos sobre otros, ya que la agresividad “constituye el trasfondo de todos los vínculos de amor y ternura entre los seres humanos” (p. 101).

Para Freud (1930/2006) “siempre es posible ligar en el amor a una multitud mayor de seres humanos, con tal que otros queden fuera para manifestarles la agresión” (p. 110). Las luchas establecidas entre los pueblos dan cuenta de cómo los juegos de identificación y sentidos de pertenencia tienden a cohesionar o unir libidinalmente a los miembros de un grupo; sin embargo, también los llevan a rivalizar y agredir a miembros de otros grupos bajo el efecto de lo que denominó narcisismo de las pequeñas diferencias. Los valores e identificaciones que unen filialmente a los miembros de una comunidad son los mismos que detonan rivalidad e incluso hostilidad contra aquello que supone alteridad.

La agresividad no solamente se dirige al exterior: el masoquismo y el sadismo son un buen ejemplo de la bipolaridad originaria que se encuentra incluso en el amor, donde se puede vislumbrar esta unión casi indiferenciable entre las aspiraciones de vida y las aspiraciones de muerte. “La inclinación agresiva es una disposición pulsional autónoma, originaria, del ser humano” (Freud, 1930/2006, p. 117), aun cuando nuestra tendencia al mal, a la destrucción y a la crueldad sean inclinaciones que no les gusta oír a algunos; sen ponen en evidencia desde el momento en que el yo intenta apoderarse, dominar, arrancar la vida a otros y a la propia naturaleza con el argumento de que sólo está tratando de satisfacer sus necesidades vitales.

Al considerar la agresión como uno de los principales obstáculos de la cultura, la instauración de la conciencia moral y el sentimiento de culpa son por excelencia los mecanismos con los que se combaten estas potenciales agresiones. La introyección o interiorización de una autoridad externa, logra que la tendencia agresiva dé un vuelco hacia el sí mismo, con la severidad que dicha vuelta al punto de partida puede significar. “Cada fragmento de agresión de cuya satisfacción nos abstenemos es asumido por el

superyó y acrecienta su agresión (contra el yo)" (Freud, 1930/2006, p. 125). Del modo como se ha podido observar hasta ahora, la economía de la agresión no tiene pérdidas, conlleva un ejercicio de fuerza capaz de agredir al yo que no siempre proviene del exterior, aunque es bien sabido que primordialmente la cultura "yugula el peligroso gusto agresivo del individuo debilitándolo, desarmándolo, y vigilándolo mediante una instancia situada en su interior, como si fuera una guarnición militar en la ciudad conquistada (Freud, 1930/2006, p. 120).

Freud (1933a/2006) se pregunta si el desarrollo cultural podrá algún día dominar finalmente las perturbaciones provenientes de esta inclinación a la agresión o al autoaniquilamiento. Si bien dicha pregunta no obtiene una respuesta en ese momento, en una conferencia brindada con el título *Angustia y vida pulsional,* se pregunta por qué él mismo había tardado tanto en figurar una pulsión de agresión o destructividad en los seres humanos como elementos inherentes a la vida. Ante el cambio de pregunta, se fortalece el reconocimiento de una pulsión agresiva o pulsión de muerte, sin importar que contradiga varias premisas morales y religiosas de la época. Advierte que, ocultar al joven el papel que la sexualidad cumplirá en su vida, es como mandarlo al polo con ropas de verano y mapa de otras coordenadas geográficas. Es preciso retomar su analogía para comenzar a figurar desde ahora la necesidad de mostrar también a los jóvenes el papel que la agresividad jugará en su configuración psíquica, más allá de hacerles creer que dicha inclinación los haría malignos sobre algunos otros que aparecerían como seres virtuosos.

Resulta preciso reconocer en el masoquismo y el sadismo dos formas paradigmáticas que son el Eros y la agresión; sin embargo, es preciso aclarar que "todas las mociones pulsionales que podemos estudiar consisten en tales mezclas o aleaciones de las dos variedades de pulsión" (Freud, 1933a/2006, p. 97). Y continúa:

> Admitimos dos pulsiones básicas, y dejamos a cada una su propia meta. Averiguar cómo se mezclan ambas en el proceso vital, cómo la pulsión de muerte es puesta al servicio de los propósitos de Eros, sobre todo en su vuelta hacia

afuera en calidad de agresión, he ahí unas tareas reservadas a la investigación futura. (p. 100)

Al comparar a los seres humanos con algunos animales que hacen uso de la agresividad para fines de reproducción y de supervivencia, Freud (1933b/2006) elucida cómo dicha inclinación no es exclusivamente destructiva. El supuesto de la agresividad como atributo masculino es desmontado en su conferencia sobre *La feminidad* al reconocer que, en el reino animal, varias hembras son más fuertes y agresivas que los machos. Las funciones de crianza, generalmente atribuidas a las hembras, son compartidas e incluso desarrolladas por los miembros del sexo masculino en especies adelantadas. Sin embargo, el modo en que se erotiza la agresión en la especie humana no encuentra paragón.

Bajo la influencia de la cultura, a muchas mujeres se les prescribe sofocar su agresividad con la consecuencia de que gran parte de sus inclinaciones destructivas y eróticas sean vueltas hacia adentro. Pero esto es algo que se lograría únicamente a medida que avanza su crianza, ya que “el análisis del juego infantil ha mostrado a nuestras analistas mujeres que los impulsos agresivos de las niñas no dejan nada que desear en materia de diversidad y violencia” (Freud, 1933b/2006, p. 109). La niña pequeña es como un pequeño varón, sentencia. Y, en el amor que dirigen hacia sus padres, por ejemplo, los infantes darían cuenta de que “junto al amor intenso está siempre presente una intensa inclinación agresiva, y cuanto más apasionadamente ame el niño a su objeto, tanto más sensible se volverá para los desengaños y denegaciones de su parte” (Freud, 1933b/2006, p. 115).

También en el acto de comer, destruir, devorar para sobrevivir, así como el propio acto sexual se ilustran otras formas en que la destructividad se anuda y pone al servicio de Eros. Pocas son las experiencias de la vida anímica que no implican dicha inclinación y cada una de ellas apunta a la existencia en la vida anímica de un poder inmanente o inclinación que Freud (1937/2009) denominó como pulsión de muerte. Una tendencia propia de la materia animada que tiene igual o incluso mayor fuerza que

aquello que nos dirige a la vida. Sin embargo, no debe ser vista de manera aislada ya “sólo la acción eficaz conjugada y contraria de las dos pulsiones primordiales, eros y pulsión de muerte, explica la variedad de los fenómenos vitales, nunca una sola de ellas” (p, 245).

Una vez realizado este seguimiento del desarrollo que hace Freud con respecto al tema de la agresividad humana y su vinculación con la sexualidad, se puede coincidir con éste, reconociendo en ello una tendencia que es inherente a los seres humanos. No es una inclinación que se pueda erradicar, pero sí regular para que ésta no desemboque en la destrucción de unos con otros. Escenario maravillosamente descrito en la novela de William Golding (2011) titulada *El señor de las moscas*; donde se plantea un posible desenlace de las inclinaciones destructivas que presentan los seres humanos ante la ausencia de leyes o acuerdos simbólicos que sus miembros estén dispuestos a respetar.

Al entender que nuestra inclinación hacia la muerte y la destructividad configuran una tendencia que encuentra su expresión de una manera u otra, Freud (1913a/2006) retoma incluso la idea del banquete totémico sugerida por Robertson Smith, para señalar que en algunas sociedades que se rigen por leyes ligadas a un animal o símbolo particular, requieren al menos un momento en el cual anule la prohibición o transgresión a la ley que es legitimada bajo una satisfacción común, no aislada, de las inclinaciones caníbales de los sujetos. Por supuesto que, este rompimiento de la ley o destrucción del símbolo totémico no está libre de la culpa y el duelo que conlleva la destrucción de venerado, pero dicha culpa no se vuelve carga de individuos aislados, sino que se mitiga con el júbilo de quienes participan, revaloran e incluso interiorizan como propia la reificación de la ley. Misma que han decidido romper sin que por ello tengan que recibir la condena que comúnmente conlleva el ejercicio de la violencia.

Siguiendo esta línea de pensamiento, la sofocación cultural de las pulsiones se constituye como una necesidad estructurante para la cultura, pero también, requiere de momentos y excepciones en los que tales restricciones se levanten. La severidad de

las prohibiciones puede provocar que lo reprimido retorne aun con mayor fuerza. Una cuestión de la que pueden dar buena cuenta los adolescentes, al mostrar un empuje libidinal que retorna con gran intensidad durante la pubertad ante el desarrollo de caracteres sexuales secundarios, y el arremetimiento pulsional que ello conlleva.

I.I.II.-La crueldad infantil y su retorno durante la pubertad

Un monstruo me domina y yo soy ese monstruo
Xavier Velazco

Tal como se ha venido señalando en apartados anteriores, la tendencia de los seres humanos a la agresión que se puede observar plenamente en los niños es sólo una muestra del dominio narcisista que pretenden ejercer sobre el mundo. La agresividad se manifiesta desde los primeros años, bajo la pulsión de apoderamiento con que el neonato se adjudica como propio el pecho de la madre, sus manos, su rostro, así como los objetos que se encuentran a su alcance. Los pellizcos, las mordidas y los apretujones con que trata el pecho como primer objeto de satisfacción, constituyen signos relacionados con los componentes agresivos que los sujetos presentan, incluso ante las necesidades más básicas. Dichos elementos sádicos, encontrados en la pulsión desde sus más tempranas manifestaciones, permiten pensar que “la crueldad es cosa enteramente natural en el carácter infantil” (Freud, 1905b/2006, p. 175); mientras que su inhibición ante el dolor del otro es algo que se desarrolla relativamente tarde.

La crueldad precede a la bondad en los infantes durante los primeros años de vida; su destructividad aún no se topa con los límites que le impidan morder objetos, arrojarlos, destruirlos o incluso devorarlos sin importar que estén vivos o muertos. Ya sean animales que no duda en maltratar o el objeto valorado que decora la mesa, *su majestad el bebé,* tal como lo llamaba Freud de modo sarcástico, se apodera del lugar y los objetos de los que todavía no se diferencia, incluso antes de guardar otros fines

para ellos. Estas y otras observaciones sugieren una aparición pregenital de la destructividad, esto es, una moción cruel que “proviene de la pulsión de apoderamiento y emerge en la vida sexual en una época en que los genitales no han asumido aún el papel que desempeñarán después” (Freud, 1905b/2006, p. 175).

La ausencia de una barrera que se interponga a esta crueldad infantil trae consigo el riesgo de que más tarde anude las tendencias crueles con las erógenas, sin encontrar un techo simbólico para el ejercicio de las primeras. La intervención de la figura del padre tendrá sus efectos en esta inclinación pulsional que, poco a poco, se irá desplazando a otros objetos e irá forjando el carácter del niño a través de las inhibiciones y permisividades delineadas por los padres durante el complejo de Edipo. Mito griego al que recurre el creador del psicoanálisis para explica ese complejo nuclear por el que transitan los seres humanos entre los tres y cinco años. Momento en que se limita la inclinación sexual que toma como efecto de amor a la madre entrando en rivalidad con el padre del sexo opuesto. Figura que enarbola sus insignias impidiendo a madre e hijo que se fragüe dicho acto imponiéndoles la ley de prohibición del incesto, misma que permitirá la posterior inserción del infante a los intercambios simbólicos que habilita la cultura.

Al mostrarse como poseedor de los favores de la madre, ostentar su fuerza e imponer su presencia con respecto del hijo, el padre establecería los diques anímicos e inhibiciones sobre el constante empuje de las pulsiones sexuales y agresivas del hijo logrando que éste ceda en su intento por poseer a la madre. La amenaza de castración o corte, que figura la intervención del padre, habría puesto en peligro la conservación de sus genitales, por lo que no parece quedarle otro remedio, que entrar en fase de latencia con respecto a la expresión de su sexualidad dentro del núcleo familiar o acceder a la búsqueda de subrogados a un encuentro que ahora se plantearía imposible. Con este límite, mecanismos como la rivalidad, la identificación, los celos y la compasión, toman lugar en los niños con respecto a los otros; mociones agresivas, eróticas, ambivalentes, tiernas y hostiles que componen la pulsión sexual, figuran en

nuevos objetos la posibilidad de conseguir satisfacción, al menos hasta la violenta arremetida del empuje sexual que supone la pubertad (Kristeva, 2005).

Además de la maduración genésica que permite su reproducción y la remarcable cuota de atención que prestan los familiares por la misma razón; varios de los cambios padecidos por los adolescentes son descritos por Freud (1905b/2006) en uno de sus *Tres ensayos de teoría sexual*. Los jóvenes se desplazan del marcado autoerotismo que les caracterizó durante las fases previas de la organización psicosexual, y la pulsión se enfoca ahora en el primado de las zonas genitales, toma nuevos caminos anímicos y somáticos que se van evidenciando. La tensión sexual se vuelve una constante que busca aminorar, mediante la descarga, ya sea por vía del encuentro sexual con otros, o bien, mediante el onanismo de tal modo que:

> los vemos concentrarse en objetos, fijarse a ellos o bien abandonarlos, pasar de unos a otros y, a partir de estas posiciones, guiar el quehacer sexual del individuo, el cual lleva a la satisfacción, o sea, a la extinción parcial y temporaria de la libido. (p. 198)

Las diferencias entre hombres y mujeres se vuelven evidentes en un devenir que no siempre llega con las condiciones deseadas por los propios individuos que las padecen. Si bien es cierto que “el desarrollo de las inhibiciones de la sexualidad (vergüenza, asco, compasión) se cumple en la niña pequeña antes y con menores resistencias que en el varón; en general, parece mayor en ella la inclinación a la represión sexual” (Freud, 1905b/2006, p. 200). Dado que este despertar de la sexualidad ya tiene vivencias anteriores que le han dejado ciertas huellas, el encuentro con los nuevos objetos de amor será *propiamente un reencuentro.*

Dado que, la posición sexualmente activa del joven, había tenido que ser mantenida en latencia por algún momento de su historia, al propio adolescente le resulta complejo retomar de nuevo esa posición sin el juicio, la vergüenza o el posible distanciamiento con los padres. Tal posición intermedia entre niños y adultos produce

algunas incertidumbres sobre el camino que se quiere tomar ante los otros. Dado que no siempre se tiene una actitud favorable ante estos cambios, el joven puede sentir una culpabilidad severa e incluso duelo por la condición perdida.

"El complejo de Edipo demuestra ser la fuente de nuestra eticidad individual" (Freud, 1924, p. 173), las barreras y limitaciones que son elevadas por los propios padres y cuidadoras del infante ante la madurez sexual del hijo, no está exenta de conflictos en un intento por regular esa amplia gama de mociones que acompañan su metamorfosis, los incontrolables cambios físicos y violentos acrecentamientos en los niveles de excitación sexual. Montos libidinales hasta ese momento desconocidos para el púber, los transforman en seres colmados de energía, pero también contrariantes, ya que "no poseen con más abundancia que otras personas la capacidad para el juicio prudente" (Freud y Breuer, 1893/2006, p. 250).

Resulta importante rescatar que, cualquier intento de censura por parte de los padres, puede detonar en un conato violento contra ellos, o en otro de los casos, constreñirse hacia sí mismo con gran severidad en forma de autorreproches. Los escenarios de acción que hasta ese momento habían estado delimitados y comandados por los padres o cuidadores adultos, tendrán que reconfigurar su forma de vinculación, dadas las satisfacciones y posicionamientos a los que para algunos padres y adultos parece difícil renunciar. La agresividad, que inicialmente podría ser dirigida a otros objetos, podría ahora experimentar tal censura, que el joven pudiera sentirse culpable, creyendo que él o ella no cumplen con lo esperado. Situación imaginaria, que no deja de ser un acicate para configurar nuevos parámetros con los que se va a dirigir a los demás.

Entre las variadas memorias e *imagos* que conserva de la infancia; esas marcas que el padre, la madre, los hermanos y otras figuras encargadas de la crianza, han dejado en el infante durante la primera infancia, señalando la índole y el tono afectivo que tendrán su devenir en relaciones posteriores. *Imagos* de las que sobresale esa que vincula al sujeto con las leyes de la cultura durante la adolescencia, ya que, dicho en

palabra de Freud (1914/2006): “ninguna es más sustantiva para el adolescente y para el varón maduro que la de su padre” (p. 249). El niño suele amar al padre, admirarle como el más fuerte y sabio, pero también se le dirige un sentimiento opuesto por el que se busca eliminarle y reemplazarle. Agente que puede ser tan hiperpotente como perturbador de la propia vida pulsional, apareciendo por momentos como un padre violento que hace coexistir mociones tiernas y hostiles propias de la ambivalencia. Oscilación afectiva que se pone de manifiesto particularmente en la adolescencia, momento en que el sujeto empieza a discernir el desengaño, que suscita la eventual caída de esa condición ideal que habría guardado el padre, dada su propia condición de falta ante la cultura y la ley.

I.I.III.-Del espasmo de *lo violento* a la relación de la violencia con la ley

El primer humano que insultó a su enemigo en vez de tirarle una piedra fue el fundador de la civilización
Sigmund Freud

Al abordar primordialmente la agresividad humana, Freud no presenta ni delimita alguna noción de violencia que nos permita marcar una diferencia clara con la primera. Para su primera mención del término en su texto *Observación de un caso severo de hemianestesia en un varón histérico*, Freud (1886/2006) califica de violentos los espasmos y temblores de un paciente que diagnostica justamente como histérico, dados los padecimientos corporales asociados a recuerdos. Dolor violento, violentas convulsiones, excitaciones violentas, violenta oposición, terror violento, entre otras; son algunas de las expresiones con que el autor hizo referencia al sacudimiento del cuerpo, sin que ello implicara connotación trasgresora alguna.

Los afectos violentos dirigidos hacia *otro* fueron sólo vislumbrados por Freud (1890/2006) al hablar de las posibilidades que el *Tratamiento psíquico, tratamiento del alma* podría traer a los pacientes. Adjetivación cuyo sentido recrudecería en una de las cartas dirigidas a su amigo médico Wilhelm Fliess sugiriendo la fantasía de "desfloración violenta" (1899/2006, p. 319) presente en ambos sexos, ya como perpetradores o como víctimas; los sueños asociados con la sexualidad y la aparición de reproches expresados generalmente hacia los padres, así como su trastorno en síntomas. Una experiencia de esta índole fue descrita por Freud (1893/2006) en el caso Emmy Von N, vislumbrando en el síntoma una violencia dirigida hacia la madre; señora caracterizada como poseedora de una naturaleza violenta capaz de desencadenar en cualquier momento sus pasiones. Alguien muy apasionado que estaría, por tanto, tendiente a detonar su violencia.

En esta misma obra, Freud hablaría de violencia traumática; experiencia asociadas a recuerdos relacionados con el despertar sexual en el caso de Katharina. Una violencia a la que Freud (1893/2006) habría atendido en una ocasión, sin remediar del todo sus síntomas y malestares, luego de referir a una experiencia de este tipo. Caso similar al presentado con Rosalía H, quien tendía a dirigir violencia hacia sí misma ante el recuerdo de las lecciones de música que tomaba con un familiar, experimentando "violentas escenas hogareñas" (p. 184) que le habrían dejado una huella, y no retornaban desde el exterior, sino del propio recuerdo las experiencias vividas. La violencia a la que hace referencia el autor se transmutaría entonces, en una experiencia dirigida a una parte del cuerpo en particular. La necesidad de abreaccionar, abrir o descargar tales traumas psíquicos, sería una de las sugerencias dadas por Freud y Breuer para tramitar eso que de otro modo podría devenir a manera de síntoma.

La propia idea de la contradicción entre generaciones se llegaría a presentar como una acción violenta, siendo las objeciones dispuestas de una generación a otra, las blasfemias y el propio erotismo una de sus tantas contrariedades. En *La interpretación de los sueños,* Freud (1900/2006) describe cómo en la trama edípica, es común encontrar un deseo violento hacia el padre, que se va alimentando con la idea

de que existe un comercio sexual de ese tipo entre sus progenitores. Varios llegarían a soñarse, incluso a sí mismos, ejerciendo tal violencia de poseer sexualmente a alguien, aun contra su voluntad (*violate*, en su expresión latina*)*, dando cuenta del componente sádico que guarda la pulsión sexual.

Freud (1900a/2006) comienza aquí a relacionar la violencia con una violación o transgresión del cuerpo del otro, haciendo uso de la fuerza y acercándose a la noción más difundida de la misma hoy en día. La fantasía de violencia y riña durante el comercio sexual que elabora el infante se convertirá más adelante en una de las fantasías encontradas en algunos jóvenes sobre la figura del padre: “un padre duro, de mal genio, que vivía en querella con la madre y cuyo recurso pedagógico eran las amenazas” (p. 606). Con esta concepción sádica del coito, la sexualidad es vinculada a un acto de transgresión que el padre realiza sobre la madre; situación que suele configurar una fantasía sobre la que algunos niños y jóvenes intentan tomar el mítico papel de vengador o justiciero, tal como Zeus en algún momento hizo con su padre Cronos.

Las querellas entre padres como una manifestación de la violencia vuelven a ser mencionadas por Freud (1901/2006) en *Psicopatología de la vida cotidiana*; texto donde localiza e ilustra algunas manifestaciones del inconsciente durante la experiencia cotidiana. Dicha situación del día a día en la que éstas se presentan, permiten cuestionar algunas manifestaciones de violencia que están relacionadas con las peleas entre padres ¿Realmente lo atestigua el sujeto en lo cotidiano? o bien ¿Se trata de un drama imaginario ligado a presupuestos ya existentes?

El violento sentimiento de culpa; los violentos ascos de la joven Dora, las excitaciones violentas provistas por la realidad e, incluso, la experiencia de llegar bajo un violento temporal, descrito por Freud (1905a/2006) en su *Fragmento de análisis de un caso de histeria,* vuelven a dar cuenta de que, *lo violento,* se presenta como un atributo que puede ser aplicable a una gran variedad de experiencias, sin que ello signifique una actividad hecha intención de destruir, ni tampoco que los implicados en

ello devengan con algún tipo de daño. La cualidad de *lo violento* con que describe Freud estas vivencias no implica la posición activa que sí tomaría alguno de los niños implicados en ciertos juegos violentos, desencadenando una particular orientación sexual; o bien, el trasfondo de una violencia ligada a la ley que el autor presenta hacia sus últimos escritos.

El complejo de Edipo en el sujeto revela una estructuración psíquica que lleva a la agresividad como componente ineludiblemente ligado a la otredad que supone la ley del padre; agente con el que rivaliza y, simultáneamente, se identifica ante la fantasía de una amenaza que provendría desde dicho lugar. Figura paterna, a la que se le atribuyen insignias y una fuerza mayor con respecto al infante, que no tiene aún los atributos físicos para enfrentarle, viéndose así impelido a ceder en su deseo incestuoso por su madre. El padre como garante de ley, hace gala de un costado violento que resulta inmanente a toda demarcación simbólica; pero a su vez, establece los límites que permitirán su entrada a la estructura social y a la satisfacción parcial que permite la cultura.

Esta vinculación entre el lenguaje, la violencia y la ley toma una forma clara en *El chiste y su relación con el inconsciente:* texto en el que Freud (1905c/2006) se vale de una analogía maravillosa para explicar la manera en que la palabra va tomando el lugar de la agresión y la hostilidad infantil: “aquello por lo que hoy decimos «Disculpe usted», antes nos valía una bofetada. La hostilidad activa y violenta, prohibida por la ley, ha sido relevada por la invectiva de palabra” (p. 97). Al saber que la violación directa del otro no está permitida, el ser humano se vale del insulto y otras expresiones ligadas al lenguaje como recurso de combate para denostar al otro: “nos procuramos a través de un rodeo el goce de vencerlo empequeñeciéndolo, denigrándolo, despreciándolo, volviéndolo cómico” (p. 97). La comicidad puede resultar una manera de ejercer cierta hostilidad que, de otro modo, pudiera ser acusada como violencia.

La violencia no es universal; algunos actos que pueden ser concebidos como violencia al ser perpetrados por un adulto, pueden no serlo para niños que raramente

son sometidos a un proceso judicial, aun habiendo cometido “las inclinaciones crueles y violentas de la naturaleza humana” (Freud, 1909a/2006, p. 92). Los padres, por supuesto, están generalmente sujetos a leyes que, aun estipuladas, no dejan libre de dudas la legitimidad de acciones que implementan al educar a sus hijos en términos de disciplina y vigilancia; incertidumbre legal que puede ser transmitida a los hijos en casos como del llamado Hombre de las ratas descrito por Freud (1909b/2006) al escribir *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*:

> Se sustraía de mi proximidad por angustia de que yo le pegara. Si permanecía sentado, se comportaba como uno que, presa de una angustia desesperada, quiere protegerse de una azotaina desmesurada; se tomaba la cabeza entre las manos, cubría su rostro con los brazos, escapaba de pronto con el rostro crispado por el dolor, etc. Recordaba que su padre había sido colérico y en su violencia muchas veces ya no sabía hasta dónde era lícito llegar. (p. 164)

La relación con la ley, vinculada comúnmente al padre biológico, suele apuntalarse en esa persona que se interpone en la relación del niño con la madre. La ley del padre es asociada además con las sanciones que se le pudieran implementar por desobedecer o incumplir ciertas encomiendas, aunado a las fantasías de castigo y ultraje a distintos miembros de la familia que ello es capaz de despertar. Cabe señalar incluso que la violenta angustia que Freud (1913a/2006) describe en varios momentos de su obra, está directa o indirectamente ligada a esta figura mítica de un padre primitivo: “padre violento, celoso, que se reserva todas las hembras para sí y expulsa a los hijos varones cuando crecen… el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos” (p. 143). Padre totalitario que tuvo que ser asesinado por estos, para para tener acceso a lo prohibido por el primero, sólo que delimitados, ahora, por la creación de una ley simbólica establecida para evitar su futura ocurrencia.

La paradoja de crear una ley que rememora un crimen, con el fin de evitar otro, descrito en *Tótem y tabú,* abre la puerta para pensar la ley y el símbolo, en su relación

con aquello que sustituye o incluso reprime, y está generalmente elaborado en términos de placer, de gozo o de simple y llana prohibición. Leyes simbólicas que van desligando la sexualidad, y vida humana en general de sus determinaciones aparentemente biológicas, para inducirlo en el plano de cultura, cuya inserción no se da de manera pacífica y de una sola vez, ya que la ley, de hecho, “se introduce con violencia en la unidad de la economía individual sólo mediante un complicado desarrollo, rico en restricciones” (Freud, 1913b/2006, p. 184).

Freud (1915a/2006) hace referencia constante al sadismo de la pulsión sexual, entendiéndolo como “una acción violenta, en una afirmación de poder dirigida a otra persona como objeto” (p. 123). Posición activa que no sólo es capaz de producir satisfacción en su ejercicio, sino también en su inversión al ser objeto de un poder similar cuando se toma una posición masoquista por identificación. Como ejemplo de ello, el autor describiría más adelante este mecanismo al señalar:

> Cuando el niño co-presencia en la escuela cómo otros niños son azotados por el maestro, esa violencia vuelve a convocar aquellas fantasías que se habían adormecido, las refuerza si aún persistían, y modifica de manera apreciable su contenido. A partir de entonces «muchos niños», en número indeterminado, son azotados. (1919/2006, p. 177)

Una constante alteridad de posicionamientos sadomasoquistas, que no se da exclusivamente en el campo de la sexualidad, sino que atraviesa diversos planos de la actividad humana, haciéndose aún más evidente en tiempos de guerra, donde se exterioriza todavía más claramente esta inclinación.

En *De guerra y muerte; temas de actualidad*, Freud (1915d/2006) describe cómo el Estado, institución que representa y rige la vida de los pueblos, se atribuye la facultad de ejercer de manera legítima la misma violencia a la que sus individuos son instados a renunciar. En este sentido, el ejercicio brutal de la violencia no es erradicado, sino monopolizado, de tal modo que su ejercicio sobre la población puede entrar en escena

ante cualquier alteración denunciada, ya sea provocada por algunos de sus integrantes, o por agentes externos que pueden ser incluso miembros de otras comunidades, que parecieran ponerla en peligro. De modo que la violencia que supondría la guerra es inevitable, aunque no siempre tiene el mismo desenlace de la muerte, sino que también puede culminar en derechos o acuerdo simbólicos que Freud (1932a/2006) en un brillante diálogo epistolar sostenido con Albert Einstein intentando responder *¿Porque la guerra?*:

> Los conflictos de intereses entre los hombres se zanjan en principio mediante la violencia. Así es en todo el reino animal, del que el hombre no debiera excluirse; en su caso se suman todavía conflictos de opiniones, que alcanzan hasta el máximo grado de la abstracción y parecen requerir de otra técnica para resolverse. Pero esa es una complicación tardía. Al comienzo, en una pequeña horda' de seres humanos, era la fuerza muscular la que decidía a quién pertenecía algo o de quién debía hacerse la voluntad. La fuerza muscular se vio pronto aumentada y sustituida por el uso de instrumentos: vence quien tiene las mejores armas o las emplea con más destreza. Al introducirse las armas, ya la superioridad mental empieza a ocupar el lugar de la fuerza muscular bruta; el propósito último de la lucha sigue siendo el mismo: una de las partes, por el daño que reciba o por la paralización de sus fuerzas, será constreñida a deponer su reclamo o su antagonismo. (p. 188)

De este modo, la violencia no se ejerce únicamente al momento de aniquilar al adversario; también toma su lugar al momento mismo de someterlo, desarmarlo o vencerlo en un juego de especulación que le lleva a aceptar un acuerdo *“pacífico”* que no siempre tiene que recurrir a la agresión directa. El vencedor puede contentarse con someter a su enemigo en lugar de matarlo, con la salvedad de que tendrá que cargar con el subsecuente *afán de venganza* que impulsará al vencido.

Los acuerdos históricamente establecidos entre vencedores y vencidos, se transformaron en leyes o derechos en los que no está excluida la violencia, sino que

constituye su trasfondo. El imperio del poder físico y brutal es resignado para apoyarse ahora en la nueva lógica que establecería la ley simbólica:

> Vemos que el derecho es el poder de una comunidad. Sigue siendo una violencia pronta a dirigirse contra cualquier individuo que le haga frente; trabaja con los mismos medios, persigue los mismos fines; la diferencia sólo reside, real y efectivamente, en que ya no es la violencia de un individuo la que se impone, sino la de la comunidad. Ahora bien, para que se consume ese paso de la violencia al nuevo derecho es preciso que se cumpla una condición psicológica. La unión de los muchos tiene que ser permanente, duradera (Freud, 1932a/2006, p. 189).

Las leyes establecidas a partir de este principio de acuerdo entre varios que conforman una comunidad les impelen a que renuncien a su libertad de aplicar su fuerza como violencia, para permitir una convivencia relativamente segura. Acuerdo que, sin embargo, no elimina las desigualdades de poder entre vencedores y vencidos, hombres y mujeres, adultos y niños, amos y esclavos que aun ante dicho acuerdo, emprenderán una nueva lucha para tratar de imponer la voluntad o el deseo que por cierto tiempo ha tenido que ser depuesto. La historia de la humanidad da cuenta de cómo en el establecimiento de pacto simbólicos siguen presentes las expresiones de poder que ejercen unos y otros; sin embargo, el empeño de los que han quedado en desventaja no dejará de pugnar por recuperar sus posibilidades de ejercer ciertas formas de poder a las que han tenido que renunciar (Freud, 1932a/2006).

Se puede observar, entonces, cómo aun en el campo del derecho sigue expresándose y tramitándose la violencia. No resulte extraño que, de las propias leyes, emanen nuevos conflictos y confrontaciones que devengan en expresiones de la violencia que por un periodo han tenido que ser sofocadas. En las comunidades humanas se presenta, entonces, por un lado, la constante compulsión a la lucha y la violencia que caracteriza a sus miembros; por el otro, las ligazones de sentimiento o

identificaciones por las que se llega a deponer su ejercicio en nombre de un bien común, que constantemente muestra su insuficiencia.

Tal como concluye Freud (1932a/2006), y junto con él, este seguimiento a las nociones de agresividad y violencia que se figuran en su obra: “se yerra en la cuenta si no se considera que el derecho fue en su origen violencia bruta y todavía no puede prescindir de apoyarse en la violencia” (p. 192). El campo del derecho, del acuerdo simbólico y de la palabra misma, conlleva un componente violento que racionalmente es preferible a la violencia pura y llana, sin embargo, ello no exenta a las comunidades y sujetos de futuras detonaciones violentas que pueden poner en vilo a la cultura. La innegable tendencia a la agresión que guardan los seres humanos, al igual que su empuje sexual, buscará eventualmente su satisfacción; por lo que resulta necesario, sublimar, ritualizar y facilitar su expresión en dispositivos preferentemente regulados y mediados con los otros. Dispositivos culturales que permitan construir un espacio para el establecimiento de lazos y expresiones vitales, a partir de nuestra innegable destructividad. *Construir destruyendo,* dar lugar a nuestra inclinación hacia la muerte para transformarla en vida, como una de las tantas funciones que guarda la cultura, dando espacio a la paradoja y la contradicción como parte de la condición humana.

I.II.- Jacques Lacan y la cuestión de la agresividad

Quienes prefieren los cuentos de hadas hacen oídos sordos cuando se les habla de la tendencia nativa del hombre a la maldad, a la agresión, a la destrucción y también, por ende, a la crueldad
Jacques Lacan

Para el psicoanalista francés Jacques Lacan, uno de los representantes más influyentes del psicoanálisis luego de la muerte de Sigmund Freud, el tema de la agresividad tiene absoluta relevancia, dado que la localiza en el núcleo mismo de la estructuración psíquica. Sus referencias a dicho término son constantes entre los años 1932 y 1952, en un periodo que él mismo denominaría como *antecedentes*, dado que es previo al inicio de sus conocidos seminarios. Durante este periodo, se pueden encontrar obras relevantes que van desde su tesis doctoral de 1932, pasando por escrito sobre *La familia* en 1938 y su destacado esfuerzo por formalizar algunas elucidaciones específicas sobre el tema, en el texto que lleva justamente por título *La agresividad en psicoanálisis* (1948/2005); donde propone elevar la jerarquía del término *agresividad* a "un concepto tal que pueda aspirar a un uso científico" (p. 94).

Al igual que Freud, fueron pocas las ocasiones en que Lacan se refirió a la violencia en su forma sustantiva; en lugar de ello, adjetivó expresiones como prohibición violenta, escena violenta, juegos violentos, pasión violenta, deseo violento y otras locuciones que ilustran la preponderancia que tenía para él la agresividad sobre el concepto de violencia, que hoy en día goza de un mayor interés para las ciencias humanas y sociales. La relación eminentemente agresiva que el sujeto establece con otros y consigo mismo ocupa buena parte de sus reflexiones sobre el tema. Mientras que, en un panorama contrario, la ambigüedad de sus referencias a la violencia ha hecho necesario rastrear, clarificar y delimitar los posibles alcances de ambos términos, de tal modo que se puedan subrayar algunas diferencias en una discusión posterior.

I.II.I.-La agresividad y su apuntalamiento en el complejo familiar

Vi con mis propios ojos y conocí bien a un pequeño presa de los celos. No hablaba todavía y ya contemplaba, todo pálido y con una mirada envenenada, a su hermano de leche.

San Agustín

El pronunciado interés de Lacan (1932/1979) por la cuestión de la agresividad, se muestra desde la escritura de la tesis con que obtuvo grado de Doctor en 1932, publicada más tarde bajo el título *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad.* Tesis en la que presenta ya algunos esbozos de sus posteriores desarrollos en torno al tema de agresividad; referencias al autocastigo, las pulsiones agresivas y el acto como forma de resolución para las mismas, son algunas de las nociones que más tarde habrá de presentar de una manera más elaborada. Al abordar a Aimée (cuyo nombre en realidad era Marguerite Anzieu), caso clínico en el que basó sus reflexiones, permitiéndose teorizar sobre la psicosis paranoica, analizaría a una mujer francesa que en 1931 agredió con un cuchillo a una connotada actriz de la época, por lo que fue llevada a la cárcel y luego a un hospital psiquiátrico donde se le confirmó un diagnóstico de paranoia.

Desde las primeras páginas, Lacan (1932/1979) retoma algunas de las autoridades médicas de su época, encontrando la agresividad y la megalomanía como dos componentes elementales de la constitución paranoica. Describe cómo las agresiones delirantes y los sentimientos agresivos de quienes presentarían dicho cuadro, son generalmente proyectados en otros, sin que ello desemboque precisamente en un acto de agresión. La sola presencia de delirios limitaría la posibilidad de agredir a otros, dado que dichas construcciones suelen emplear dos mecanismos evasivos: alejarse de personas u objetos en los cuales colocan tales inclinaciones; o bien, desplazar y colocar mociones agresivas en una persona tan inalcanzable como aparentemente poderosa. Con este segundo mecanismo, el objeto que originalmente habría provocado o despertado la hostilidad (generalmente un

familiar), es sustituido por otro que provoca “que tiene la ventaja de estar fuera del alcance de su agresión” (p. 213). Una condición que no se habría cumplido del todo en Aimée, dado que, constantemente, buscaba confrontar a sus presuntos perseguidores, tal como lo hizo con a aquella actriz.

Esa no sería la primera vez que Aimée había presentado delirios paranoides; estos ya habían advenido diez años antes, con un primer embarazo, denunciando que varias personas querían hacerle daño. Su primera hija nació muerta y, en un segundo embarazo, habiendo dado a luz a su primer hijo, las ideas de persecución persistían y el miedo de que alguien pudiera hacerle daño a su hijo se agudizaba a momentos. Aimée intentaba irse del país, o simplemente alejarse de su marido en quien, por algunos momentos, había cristalizado su hostilidad, expresando “quiero divorciarme y quedarme con el niño, estoy dispuesta a todo. Si no, lo mataré” (Lacan, 1932/1979, p. 156). Lacan destaca que el esposo tenía atributos que lo hacían un hombre particularmente tranquilo y con una orientación bastante positiva en sus pensamientos, sin embargo, su origen natal y el acento meridional parecían otorgarle un *carácter agresivo* que no en pocas ocasiones la harían sentirse lastimada; situación que da cuenta de cómo en la experiencia paranoide, prácticamente cualquier signo puede interpretarse como intento de ataque. Para quienes presentan delirios, alejarse de los objetos o desplazar dichas representaciones hostiles a figuras prácticamente inalcanzables, no significa que las pulsiones agresivas se eliminen; tales inclinaciones encuentran su lugar en el delirio mismo deteriorando la vida del sujeto, derivando de allí el nombre de “paranoia de autocastigo” (p. 349).

Aunque muchos agresores de este tipo presentaban cierto alivio después de cometida la agresión, la perpetradora no se había liberado aún de aquella hostilidad hacia la presunta perseguidora; seguía mostrándose agresiva y “expresando su odio contra su víctima” (Lacan, 1932/1979, p. 156). Convencía a sus compañeras reclusas con relatos de todo el daño que aquella persona había cometido, siendo hasta aproximadamente 20 días después que habría podido entender algo que, en cierto modo, derrumbó el deliro:

> A la hora en que todo el mundo estaba acostado, hacia las siete de la tarde, me puse a sollozar y a decir que esa actriz no tenía nada contra mí, que yo no hubiera debido asustarla, mis vecinas quedaron tan sorprendidas que no querían creerlo y me hicieron repetir: ¡pero ayer todavía usted estaba diciendo horrores de ella! y se quedaron aturdidas. Fueron a decírselo a la Superiora de las religiosas que quería a toda costa mandarme a la enfermería. (p. 157)

Al ser trasladada al hospital de Sainte-Anne, tuvo el primer contacto con el joven Lacan, quien siguiendo algunas líneas sugeridas ya por Freud, vislumbraría en el caso una tendencia agresiva redireccionada hacia al autocastigo. En casos como el de Aimée, señalaría Lacan (1932/1979), su "estructura está dominada por la misma intención punitiva, es decir, por una pulsión agresiva socializada, pero que su economía energética está invertida, debido esto únicamente a las contingencias de la historia afectiva" (p. 305). Una observación que el autor hace en torno al caso, pero que puede también ser trasladado a otras estructuras, haciéndose evidente en los sentimientos de culpabilidad y autopuniciones vinculados a la instancia del superyó.

Ocupado de la agresión ejercida por Marguerite, y siguiendo también a Paul Guiraud en sus elaboraciones respecto al delirio, Lacan señala que, aun existiendo una intención homicida en casos como éste, las agresiones raramente llegan a ser mortales. Se trata más bien de agresiones simbólicas con las que algunos sujetos tratarían de eliminar "el mal" (p. 75), los representantes de dicho mal pueden ser cualquiera; incluso la persona de médico, quien durante el tratamiento enfrenta resistencias capaces de provocar una "reacción agresiva" (p. 275). Varios de estos rasgos paranoides son resumidos por el autor con el término psiquiátrico de *querulancia agresiva,* inclinación encontrada en el sujeto, que señala la necesidad imperante de hacer justicia o acabar con ese mal que le pone en peligro, no sólo a sí mismo, sino también a otros; una agresión cuyo fin estaría justificando los medios con tal de salvaguardar algo aún más trascendente. Elemento último que, sin duda, puede ser encontrado, al menos de manera parcial, en sujetos neuróticos que pretenden atacar en defensa de algo que tendría una relevancia fundamental, justificando así dicho ataque.

Las pulsiones agresivas, incluso homicidas que Lacan (1932/1979) observa en este caso, cuyo abordaje psicoanalítico apuntará como necesario en una de sus conclusiones, son elementos que redirigen la discusión hacia el tema de la responsabilidad que guarda el sujeto en su ejercicio ¿Qué tan responsable es el sujeto de la agresión que ha cometido? Dicha responsabilidad parecería variar si se ejecuta bajo el cobijo de un delirio, es en defensa propia, en búsqueda de la justicia o ejercida en nombre de un ideal. Sin embargo, ninguno de esos razonamientos está exento de anudarse a figuraciones paranoides. Para Lacan, la pulsión agresiva está en la base de la psicosis paranoide y el juego de tensiones sociales, cuyo equilibro o ruptura definen la personalidad de los sujetos. A dicha inclinación se le puede llamar inconsciente, ya que su intención es encubierta y no suele manifestarse sin cierto compromiso con las exigencias integradas por el sujeto. Esta pulsión agresiva:

> Está teñida a su vez de relatividad social: tiene siempre la intencionalidad de un crimen, casi constantemente la de una venganza, a menudo el sentido de un castigo, es decir de una sanción emanada de los ideales sociales, y a veces, finalmente, se identifica con el acto acabado de la moralidad, tiene el alcance de una expiación (autocastigo). Los caracteres objetivos del asesinato, su electividad en cuanto a la víctima, su eficacia homicida, sus modos de explosión y de ejecución varían de manera continua con esos grados de la significación humana de la pulsión fundamental. Son esos mismos grados los que gobiernan la reacción de la sociedad frente al crimen paranoico, reacción ambivalente, de doble forma, que determina el contagio emocional de este crimen y las exigencias punitivas de la opinión (p. 341).

La relatividad social y nuestra *ambivalencia* con respecto a la agresión, ya sea delirante o no, es uno de los tantos argumentos a rescatar de esta tesis sobre Marguerite Anzieu para pensar otras estructuras. No resulta vano el señalamiento con el que Lacan (1949/2005) consigna que “los sufrimientos de la neurosis y de la psicosis son para nosotros la escuela de las pasiones del alma” (p. 92). En este, como en otros casos, el sadismo de la pulsión es evidenciado, y el placer obtenido en su ejercicio nos

revela cómo es que, de un modo u otro, dicha tendencia busca su satisfacción omitiendo si es en otros objetos o en sí mismo. La inclinación agresiva como una pulsión fundamental, nos muestra un correlato de lo que Freud apuntaba sobre la pulsión de muerte y el importante papel que toma la cultura desde sus diferentes instancias en un intento por sofocarla.

El masoquismo, la hostilidad, la rivalidad y las caníbales identificaciones que se motivan en los sujetos desde la propia constitución, son mayormente precisadas en el texto sobre *La familia.* Lacan (1938/1987) describe los complejos que suelen tomar lugar en el seno de ese grupo de individuos que comparten una generación y ambiente determinados; condiciones y contingencias históricas que "postulan el desarrollo de los jóvenes" (p. 13), sujetos bajo el amparo de progenitores adultos que cumplen o no algunas funciones delimitadas por factores culturales y fases biológicas eventualmente representadas como formas particulares de lucha por la vida. Coexistencia de elementos que el autor integrará más adelante al considerar "indudable que un ritmo biológico rige algunos trastornos afectivos llamados ciclotímicos, sin que pueda separarse su manifestación de inherente expresividad de derrota y de triunfo" (p. 135). Anudamiento plasmado en su noción de complejo, considerado como una organización estructural y estructurante que "reemplaza una insuficiencia vital a través de la regulación de una función social" (1938/1987, p. 40).

El complejo del destete, el complejo de intrusión, complejo de Edipo y el complejo de castración, comprenden reestructuraciones que se apuntalan en cierta objetivación, incluso biológica de un momento histórico, pero que no precisamente coincide con su representación psíquica: el momento de dejar la lactancia, la llegada de algún hermano, la privación de la madre como objeto sexual e, incluso, la propia maduración sexual que adviene con la metamorfosis de la pubertad, representan momentos y experiencias que condensan el drama subjetivo:

> Lo que define al complejo es el hecho de que reproduce una cierta realidad del ambiente; y lo hace en forma doble. 1.° Su forma representa esta realidad en lo

> que tiene como objetivamente distinto en una etapa dada del desarrollo psíquico: esta etapa especifica su génesis. *2°* Su actividad repite en lo vivido la realidad así fijada en toda oportunidad en la que se producen algunas experiencias que exigirían una objetivación superior de esta realidad. (Lacan, 1938/1987, p. 26)

El complejo supone una escisión, así como una alteración de lugares y funciones comúnmente delegadas en los miembros de la estructura familiar; un cambio de posición e, incluso, de configuración especular que el sujeto va integrando como propia. Cortes y separación, que se instalan como huella y demarcan hendiduras en las que se sobrescribirán las experiencias y pérdidas futuras, que vendrán a reactivar una pérdida fundamental: la separación de esa unidad complementaria con la madre. Primera causal de angustia que sólo es capaz de mitigar la presencia de un otro que le procure la vida, que ha sido capaz de librarle de la muerte, elaborando una mítica unión original que fundamenta el narcisismo primordial.

Considerar la vinculación entre narcisismo primordial y la agresividad es fundamental para entender la relevancia que guardan los complejos en la estructuración psíquica. Si bien, Lacan (1938/1987) ya colocaba a la agresividad en la base de la psicosis paranoide, en este escrito sobre *La familia* sitúa tal componente en la constitución misma de yo. Eludiendo la división originalmente sugerida por Freud (1914a/2006) entre narcicismo primario*,* que consistiría en una carga libidinal con que se inviste el neonato previo a la configuración del yo-otro; y el narcisismo secundario, que supondría un intento de regresión al autoerotismo primordial luego de la identificación con un otro idealizado. El narcisismo es entendido como “la forma psíquica en la que se compensa la insuficiencia específica de la vitalidad humana” (Lacan, 1938/1987, p. 135). Así como el neonato integra una configuración narcisista a partir los primeros cuidados que le libran de la angustia original, un joven tiende a resguardarse en ideales e identificaciones que le procuran una satisfacción similar. La inicial lucha por la vida que supondrían los instintos es reconfigurada y extendida en sus límites por el deseo de otro (madre); quien a su vez tiene que alejarse, se apoya y

suele nombrar otros agentes capaces de irrumpir despertando las más diversas variaciones de la agresividad que inaugura la frustración.

Esta agresividad despertada por el otro en su marcada diferencia, quien puede ser, incluso la propia madre, resulta entonces “en todos los casos y al mismo tiempo, soportada y actuada, es decir, subtendida por una identificación con el otro, objeto de la violencia” (Lacan, 1938/1987, p. 50). Lacan indica una coexistencia de la identificación y la agresividad; también indica que esta última “se muestra como secundaria a la identificación, sobre todo en la situación fraterna primitiva (p. 49). ¿Simultaneidad o secuencialidad? Una incertidumbre que el autor habría reconocido en la propia doctrina freudiana; algo que sería posible clarificar, siempre y cuando se piense al narcisismo primordial como una forma larvaria de la identificación que, estrictamente hablando, requiere de un otro. La cuestión es que sí lo hay, al retomar la noción freudiana de narcisismo primario como constitutiva del yo ideal, el *otro madre* se hace presente aun cuando en su vinculación no se ha instaurado propiamente la presencia de un tercero objetal. Pero la madre es otro en sí misma, otro que viene a hacerse cargo de la insuficiencia vital que supone el nacimiento vinculado al complejo del destete. Momento de desvalimiento y separación original sobre el cual se vendrán a sobreponer las rupturas posteriores; de modo que las mordeduras y rasgaduras que el neonato inflige en el pecho materno, tienen lugar como correlato de la inadecuación original que inaugura la agresividad.

Posteriores inadecuaciones y expresiones de la agresividad se despertarán ante el reconocimiento del semejante (otro, en sentido estricto), en el llamado Complejo de intrusión; con ello, variantes de la agresividad como el masoquismo, la rivalidad, la hostilidad e, incluso, la agresión misma, serán capaces de producir placer, atravesando los límites de la presunta lucha por la vida. El reconocimiento de otro que irrumpe en el escenario en su completud brinda al infante la imagen de otro que confundirá consigo mismo. El júbilo de reconocerse en esa imagen, que le libra de su propia fragmentación sensorial, que le produce la incoordinación motriz, desencadena de modo inminente la agresividad al tener que compartir el interés de la madre. El intruso convoca una

oscilación de hostilidad y júbilo que se muestra claramente en el juego de los infantes. Los niños juegan junto a otros y se divierten en actividades que no sólo implican su reconocimiento mutuo, sino también, su desaparición. Obtienen cierta dosis de satisfacción al poder ejercer su voluntad sobre los objetos de sus semejantes, o sobre los semejantes mismos; su posición activa en la desaparición, destrucción o eliminación del otro en el juego simboliza en la manera en que un intruso cede a las condiciones de una aparente unicidad original.

El complejo de Edipo*,* por otro lado, localizado alrededor de los 4 años y descrito por Lacan como una especie de adolescencia psíquica, es caracterizado como el momento en que las pulsiones sexuales del niño, dirigidas históricamente hacia el objeto de amor primordial que es la madre, rivaliza y sufre una intromisión del padre que le priva de dicho objeto. Padre que se interpone, no desde una condición de semejante divisada en el complejo de intrusión, sino desde las ventajas físicas e imaginaras, que le permitirán establecer las prohibiciones pertinentes a partir de sus insignias simbólicas. El complejo de castración entra en juego ante amenaza de que algo en el infante sea *cortado o* mutilado por el padre. Una fuerte oleada de represiones inauguradas por la presencia de la ley, instan a que el infante decline en su intención original de reunirse con la madre. Posición ideal que, en el más conveniente de los casos, le lleva a identificarse con el padre y encubrir parcialmente “la ambivalencia agresiva inmanente a la primordial relación con el semejante“ (Lacan, 1938/1987, p. 121).

El infante suele entrar así en una fase de latencia, las inclinaciones agresivas y aspiraciones sexuales son parcialmente sublimadas, encubiertas o, simplemente, desplazadas a nuevas actividades, generalmente educativas, que le permiten sobrellevar su drama familiar. Una renuncia que le permitirá encontrar otras actividades e, incluso, personas en las cuales dirigir sus pulsiones y aspiraciones sexuales fuera de su seno original. La búsqueda de la satisfacción directa tiende a sofocarse o simbolizarse por un periodo considerable, hasta que una nueva arremetida sexual trate de hacer valer sus consabidas exigencias.

La reorganización libidinal de la pubertad y la adolescencia como su correlato, supone una nueva distribución de lugares comúnmente ocupados por los miembros de la familia. Las pulsiones sexuales comienzan a buscar satisfacción en objetos más aptos para ello, dada la importancia que retoman las zonas genitales. Este nuevo despertar sexual reactiva, a su vez, también las rivalidades, hostilidades y otras tendencias agresivas dirigidas tanto a los semejantes como a los propios padres. Las relaciones que los jóvenes establecen dentro y fuera del núcleo familiar, se erigen como las principales causas de conflicto, echando a andar un gasto psíquico necesario, dada la reconfiguración de ideales y rivalidades que se irán disolviendo a afianzando en el transcurso de la vida adulta.

I.II.II.- Cinco tesis sobre la agresividad

Te amo, pero como veo en ti algo más que tú, te mutilo.
Jacques Lacan

La agresividad es inmanente a la estructuración pulsional y está presente en cada uno de los complejos descritos. Así como Freud daba preponderancia a las inclinaciones sexuales y el drama edípico en sus diferentes escenarios; en el pensamiento de Lacan (1948/2005) no se pueden pensar tales tentativas sin la participación de la agresividad. Su particular interés y fundamentación, fue sintetizado en su conocido texto sobre *La agresividad en psicoanálisis,* obra que bien pudo haber llevado por título "la identificación", dado que desarrolla y alterna la correlación de ambos elementos a manera de banda de Moebius. Interrelación que aborda en cada una de las tesis que se retoman a continuación, puntualizando algunas de sus principales ideas.

Tesis 1.-La agresividad se manifiesta en una experiencia que es subjetiva por su constitución misma. Para Lacan (1948/2005), "solo un sujeto puede comprender un sentido, todo fenómeno de sentido implica un sujeto" (p. 95). Dicho sentido requiere al

menos dos, e incluso ser retomado o negado por un tercero para tener sus efectos. Cuestión que lleva a pensar la percepción de la bipolaridad como efecto de un tercero que retoma la experiencia, ya que, en términos edípicos de la relación madre-hijo, la separación biológica de estos requiere también la intervención de un otro que permita delimitar la diferencia entre ambos. Una alteridad que resulta ser alivio y agresividad a un mismo tiempo en la experiencia subjetiva del viviente. Sentido que supone la participación de un sujeto que ya se diferencia y antepone a otros igualmente constituidos. La sola intención expresada por el sujeto en términos de demanda, deseo o impedimento para el otro, le colocan en una posición que vislumbra su agresividad. La reivindicación subjetiva que supone el uso de la palabra permite que sobresalga en el flujo de los acontecimientos, dado que los objetiva y trata de insertarlos en un orden particular, que suele contraponerse a otros ya existentes.

Tesis 2.-La agresividad, en la experiencia, nos es dada como intención de agresión y como imagen de dislocación corporal, es bajo tales modos como se demuestra eficiente. Las violencias propiamente dichas, son bastante raras entre seres humanos; reconoce Lacan. Aunque la intención agresiva se comprueba en la relación del sujeto con aquellos otros de los cuales depende, se entiende el impacto que puede provocar una agresión intencional dado que “roe, mina, disgrega, castra; conduce a la muerte” (Lacan, 1948/2005, p. 97). *Kakon*[2] del sujeto que suele percibirse como ajeno al sujeto mismo, y pocas ocasiones le llevan a reconocerse como agente activo de la misma. La intención de agresión es percibida como proveniente de otro, que amenaza con dañar y hacer retornar en el sujeto la condición originaria de incoordinación motriz,

[2] Término retomado utilizado por Lacan (1948/2005) en la tesis aludida, pero originalmente acuñada por el neurólogo suizo Constantin Von Monakaw para referir un componente maligno o malestar agravado de los que el sujeto trataría de liberarse durante las agitaciones motrices que suponen algunas crisis; expresión seguida de la ganancia de placer que proveen dichos espasmos.

que permanece como huella y es producto de las excitaciones inconexas que inauguraron su llegada al mundo.

La reactivación de sensaciones y fantasías de desmembramiento que han permanecido como huella de su desvalimiento original, le otorgan cierta realidad concreta en su representación. Fenómenos mentales que, en su expresión, dan cuenta de ciertos vectores electivos con respecto a intenciones agresivas, cuya eficacia retorna en imágenes de mutilación, desmembramiento, dislocación, destripamiento, decoración y otras fantasías agrupadas “bajo la rúbrica que bien parece ser estructural de *imagos del cuerpo fragmentado*” (Lacan, 1948/2005, p. 97). Inclinaciones que se revelan inherentes al sujeto y se expresan cotidianamente en niños que desarman, arrancan o rompen sus juguetes, por no contar las veces en que su compañero de juegos sufre un destino similar. Mientras en la vida adulta, dicha tendencia puede observarse en ritos y prácticas sociales en las que se involucran sacrificios animales, grabado de tatuajes, mutilaciones corporales como la circuncisión e incluso las cirugías plásticas, realizadas bajo el arbitrario y cambiante imperativo de la moda.

Múltiples son las imágenes agresivas y recuerdos de esta índole que atormentan a los hombres. La configuración narcisista y las fijaciones fantasmáticas que se encarnan como producto de su relación con los símbolos traen consigo la percepción de que, tal intención agresividad, proviene desde fuera, aun siendo una tendencia o componente del yo. Tal amenaza de ser agredido y llevado por el otro a una condición primitiva, incluso prehistórica, se suele expresar en frases que dan cuenta de la manera en que dicha inclinación suele adquirir su representación en la configuración yoica: *¡Él empezó! ¿Qué te traes? ¡Me vio feo!* Expresiones coloquiales que evidencian el *transitivismo* característico de las intenciones agresivas, cuya primacía es atribuible al semejante, “el niño que pega dice haber sido pegado, el que ve caer llora” (Lacan, 1948/2005, pp. 105-106), configuración eminentemente narcisista de la instancia imaginaria del yo, en su inherente identificación con el otro.

Tesis 3.-Los resortes de la agresividad deciden las razones que motivan la técnica del análisis. Pensada desde la práctica clínica, la tercera propuesta de Lacan (1948/2005), localiza la agresividad en la base misma de relación analítica. Si durante mucho tiempo se creyó que el diálogo establecido entre dos sujetos haría declinar su correspondiente agresividad dando espacio a la razón, la experiencia demuestra cómo "el fracaso de la dialéctica verbal no ha hecho sino demostrarse con harta frecuencia" (p. 99). Una relación dual resulta justamente uno de los dispositivos inaugurales de la agresividad; de allí la recomendación de que el analista deba abstenerse, en la medida de lo posible, de expresar algo capaz de hacer que condense este esquema de sentido. Se trata de evitar la emboscada que tiende el paciente a la persona del médico al buscar su simpatía, aun cuando esta falta de la reacción esperada pueda ser un estímulo para el advenimiento de la agresividad, inclinación que es aceptada por el analista, a condición de su puesta en palabras.

En la relación con el otro incluso las expresiones de filantropía y caridad pueden ser percibidas como una ofensa, la pretendida bondad o el asistencialismo no representan ninguna actitud ética, ni mucho menos un elemento técnico en el trabajo clínico. Así mismo, la subordinación o dependencia momentánea del médico podría suspender temporalmente esa dosis de agresividad, que resulta necesaria para el trabajo analítico ¿Se impediría con ello, entonces, la expresión de la agresividad? Tal vez momentáneamente, pero ninguna respuesta del sujeto está garantizada de antemano a este respecto, ya que constituye una tendencia fundamental y "puede verse que el más azaroso pretexto basta para provocar la intención agresiva" (Lacan, 1948/2005, p. 100). Inclinación que no es del todo desfavorable; la instancia del yo se configura en ese núcleo compuesto por "ambigüedades que, de la complacencia a la fe, estructuran en el sujeto humano lo vivido pasional" (p. 101). Apasionamiento mismo que no puede pensarse sin el componente agresivo que el sujeto encarna, y va desplazando a lo largo de su vida, de un modo similar a lo que ocurre durante el proceso de análisis.

Tesis 4.-La agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista y que determina la estructura formal del yo del hombre y del registro de entidades característico del mundo. La identificación narcisista, que estructura al sujeto, lleva a la agresividad como su anverso. No se trata únicamente de una intención agresiva que transcurre o se obstruye en su tránsito por la conciencia, se trata de una inclinación que suele eludir el propio plano de la voluntad humana. Esta tendencia agresiva "se revela fundamental en cierta serie de estados significativos de la personalidad, que son las psicosis paranoides y paranoicas" (Lacan, 1948/2005 p. 103); también en ideas paranoides e imputaciones de nocividad localizables en estructuras neuróticas tales como el maleficio, la intrusión física, el espionaje, la intimidación, la explotación y otros pensamientos que responden a organizaciones particulares de la constitución yo-objeto y son "vividos como acontecimientos en una perspectiva de espejismo" (p. 103).

Para este autor, el yo es configurado como instancia resultante del estadio del espejo, representación psíquica que se apuntala en la imagen de unidad y coordinación motriz observada en el otro, pero que el sujeto integra para sí a partir de los seis meses de vida. Imagen de completud que le refleja simbólica e imaginariamente ciertas coordenadas que le enajenan y apasionan. Con la impresión de dicho imago, la organización yoica se constituye y sobrepone a las sensaciones de descoordinación motriz originalmente percibidas; sin embargo, debido a la manera como se constituye el sujeto, no alcanza a eludir plenamente la confusión con ese *otro* que, por momentos, figura ser él mismo. El otro como distinto a sí mismo se introduce en la vida del sujeto en medio de conflicto inaugural; y como bien lo describirá Lacan (1960-61/2007) más adelante en su seminario sobre *La transferencia*, "es quizás ciertamente en un momento de agresión que se sitúa la diferenciación, sino de todo objeto, al menos de un objeto altamente significativo" (p. 388). Diferenciación que inaugura preguntas y conflictos fundamentales en el psiquismo humano ¿Quién es eso otro que no soy yo? ¿Quién soy yo?

Con tales cuestionamientos, aparece como imperativo en el sujeto el mandato de integrar y defender su imagen ante cualquier amenaza venida del exterior, o incluso, de sí mismo. Como se puede observar, las posibles hiancias, estancamientos de la libido, sentimiento de extrañeza, irrupción de lo indeseable e ideas de persecución no son exclusivas de la estructura psicótica; dichas manifestaciones tienen su fundamento en el yo desde su propia constitución. Tensión conflictual que habita, cuestiona y a un mismo tiempo, posibilita el surgimiento del deseo en el sujeto, en la estructura tripartita prójimo, yo y objeto; resorte mismo de la competencia agresiva que suporta el deseo:

> Por eso se confunden los dos momentos en que el sujeto se niega a sí mismo y en que hace cargo al otro, y se descubre ahí esa estructura paranoica de yo que encuentra su análogo en las relaciones fundamentales puestas en valor Freud en los tres delirios de celos, de erotomanía y de interpretación. Es el deliro mismo de la bella alma misántropa, arrojando sobre el mundo el desorden que hace su ser (Lacan, 1948/2005, pp. 106-107).

Sujeto que se niega y afirma a sí mismo en su relación con el otro de manera paradójica; hilo de pensamiento que el propio autor reseñará más adelante en uno de sus seminarios:

> El deseo del sujeto sólo puede confirmarse en una competencia, en una rivalidad absoluta con el otro por el objeto hacia el cual tiende. Cada vez que nos aproximamos, en un sujeto, a esta alienación primordial, se genera la agresividad más radical: el deseo de la desaparición del otro, en tanto el otro soporta el deseo del sujeto (Lacan, 1953-54/1981, p. 254)

Lacan (1932/1979) ya había colocado a la rivalidad y los celos como el arquetipo de los sentimientos sociales, al señalar que “la agresividad domina la economía afectiva” (p. 50). En esta ocasión, describe cómo es justamente en la sutura de la relación yo-otro, donde se observan las coordenadas psíquicas demarcadas por la absorción especular, la agresividad ambivalente y la identificación original. Tendencia

agresiva que aparece como coexistencia de objetos internos buenos y malos, en la propuesta de Melanie Klein, pero que Lacan (1948/2005) describe como una “incidencia fragmentadora de la identificación original” (p. 108). División que se reactiva y actualiza en la culpabilidad, los remordimientos, resentimientos y retaliaciones, que advienen con la formación del superyó y los imperativos de la conciencia moral.

Además de esta configuración ambivalente fundada en la relación con el otro, la vida del hombre depende considerablemente de la manera en que integra el desaliento orgánico, *dehiscencia vital*, la discordia que precede a la armonía y no cuenta con medios preformados para su elaboración llamada pulsión de muerte. El hombre, la agresividad de toda intencionalidad y su relación con el mundo, hacen recordar que “imprimir en la realidad su imagen es el fundamento oscuro de las mediaciones racionales de la voluntad” (Lacan, 1948/2005, p. 109). Moción que encuentra su descarga en situaciones dispuestas por lo cotidiano, produciendo una serie de reacciones dirigidas a controlar las irregularidades, los accidentes, las atipias que el mundo va actualizando en su devenir: “el peligro viene entonces del interior y es preciso elegir: reprimir o volver a poner todo en cuestión” (Lacan, 1953, p. 8)

La pulsión de apoderamiento, el canibalismo y la propia erotomanía, guardan en su fundamento la agresividad que constituye al sujeto, haciéndolo rivalizar con otros y consigo mismo. La propia resolución edípica, el surgimiento de los ideales y la identificación con estos, ponen en juego esta tendencia humana puesta ahora al servicio de la cultura, sin librarse del malestar que supone ver frustradas algunas de sus inclinaciones fundamentales. Arrebatos libidinales y retorsiones agresivas que se subliman o se canalizan en pulsiones parciales e intentos de aprensión del prójimo; expresiones de la agresividad que algunos reconocerán como formas inequívocas de la violencia; mientras otros, como simples y llanas manifestaciones del amor.

Tesis 5.-Semejante noción de la agresividad como de una de las coordenadas intencionales de yo humano, y especialmente relativa a la categoría del espacio, hace concebir su papel en la neurosis moderna y en el malestar de la civilización. Desde su

particular interés y admiración por la cultura oriental, es en esta quinta tesis que Lacan examina algunos elementos de orden social que rodean a la cuestión que aquí le ocupa:

> La preeminencia de la agresividad en nuestra civilización quedaría ya suficientemente demostrada por el hecho de que se la confunde habitualmente en la moral media con la virtud de la fortaleza. Entendida con toda justicia como significativa de un desarrollo del yo, se le considera de un uso social indispensable y tan comúnmente acepada en las costumbres que es necesario, para medir su particularidad cultural, compenetrarse del sentido y de las virtudes eficaces de una práctica como la del *yang* en la moral pública y privada de los chinos (Lacan, 1948/2005, p. 113).

La agresividad humana es confundida con la virtud de la fortaleza, que el propio Darwin estaría promoviendo como elemento indisociable a la selección natural de las especies; tal convicción habría justificado la predación social, que se enarbolaría durante la época victoriana y la sociedad capitalista en la que Freud produjo el psicoanálisis. Hegel habría encontrado una relación histórica más que natural de la agresividad bajo las relaciones existentes entre el amo y el esclavo; una tendencia histórica que se fortalece con las ideas utilitaristas e individualistas, que colocan al hombre en un aislamiento emparentado con el abandono original.

La organización caleidoscópica que integra la subjetividad del ser humano es donde se estructura la imaginería del yo que se vincula con el otro figurando el espacio objetivo de su realidad. Organización actual donde la competencia humana toma lugar en espacios cada vez más reñidos, dado que la guerra y la privatización se muestran cotidianamente como elementos inherentes al progreso social. Es preciso preguntar si dicha inclinación ¿Es producto de nuestra necesidad o de nuestra identificación con una imagen producida y asumida en un plano más amplio? Difícilmente se pueden encontrar sujetos neutros cuando el yo tiende a flaquear ante el miedo a la muerte, una posible vuelta a su desgarramiento original y el “temor narcisista de la lesión del propio cuerpo" (Lacan, 1948/2005, p. 115).

Las tendencias mortíferas que acompañan al hombre junto con las inclinaciones vitales señaladas por Freud se anudan en la idea de un hombre dividido por una cuarteadura que se manifiesta de manera sintomática, ya sea en el autocastigo y la inhibición funcional, o en las consecuencias sociales de fracaso y crimen donde el sujeto tiende a parecer como víctima conmovedora reducida a la nada. Lacan (1948/2005) propone como tarea necesaria para el psicoanálisis y su práctica clínica: "abrir de nuevo la vía de su sentido en una fraternidad discreta por cuyo rasero somos demasiado desiguales" (p. 116), sin siquiera serlo en realidad. Es preciso desmontar las dicotomías absolutas y reconocer las imbricaciones de la agresividad en la vitalidad humana. Tal como el yin y el yang de la cultura china, fuerzas de luz-oscuridad, actividad-pasividad, absorción-penetración y otras variantes cuya contradicción es meramente nominal ya que interactúan y transcurren empujados por un soplo vital que no cesa de oscilar.

I.II.III.-La noción de agresividad en el transcurso de los seminarios

> En efecto, la agresividad en cuestión es del tipo de las que entran en juego en la relación especular, cuyo mecanismo fundamental es siempre o yo *o el otro.*
>
> *Jacques Lacan*

Los seminarios de Lacan fueron cursos sobre varias temáticas y elaboraciones teóricas, que abarcan desde 1952 hasta 1979, enarbolando el estandarte de un necesario retorno a Freud. Los matices y reelaboraciones presentados a lo largo de casi tres décadas permitieron al autor hacer algunas propuestas en torno a la agresividad y la violencia, que aquí serán retomadas y revisadas a la luz de las tesis presentadas hasta ahora. Será fácil identificar en estas elaboraciones, cómo el componente agresivo de la estructuración narcisista sigue siendo una constante, al reiterar que las relaciones objetales "son esencialmente agresivas" (Lacan, 1952-53, p. 9). No se trata de un instinto primitivo de agresión en los seres humanos, se trata de una tendencia que se instaura ante el reconocimiento de otro, en esa "aprehensión muy profunda de su

relación con el personaje fraterno, con ese amigo-enemigo, que afirma es un personaje absolutamente fundamental en su existencia" (Lacan, 1953-54/1981, p. 231). Ese otro que "sería esencialmente aquel que frustra al ser humano, no sólo en su objeto, sino en la forma misma de su deseo" (p. 262).

Desde las primeras sesiones de su primer seminario sobre *Los escritos técnicos de Freud,* Lacan (1953-54/1981) señala una diferencia entre la agresividad y la agresión, proponiendo a la segunda como límite que resuelve la primera; es decir, así como la energía potencial encuentra su límite al momento en que el objeto comienza a desplegar su liberación y trasformación en energía cinética, así la agresividad deja de ser sólo una tendencia en el momento en que se trasforma en agresión. Un acto agresivo que, sugiere el autor, no estaría determinado por un instinto similar al que se encuentra en el mundo animal y su reconocida lucha por la vida, sino que consiste en un "acto existencial vinculado a una relación imaginaria" (p. 263).

Bajo este precepto se puede observar cómo el amor, arquetipo de las relaciones imaginarias, conlleva un componente agresivo capaz de llevar al sujeto a dar muerte a otro en nombre de su realización ideal. Una relación caníbal que se sugiere a niveles de fantasía; pero que ha llevado a algunos a realizarla en actos que van más allá del sentido metafórico llevando a su literalidad ese enunciado que dicta: "cuando la alacena está vacía, se embucha uno a su semejante" (Lacan, 1954-55/2008, p. 347). Lacan menciona una agresividad interna pensada desde la dialéctica freudiana, "vida de la que estamos cautivos, vida esencialmente alienada, ex-sistente, vida en el otro, está como tal unida a la muerte, retorna siempre a la muerte, y sólo es llevada hacia circuitos cada vez más amplios y apartados" (p. 348). Una forma larvaria de la identificación, que guarda ciertas analogías con la observada por Konrad Lorenz (2005), en los gansos y otras especies animales; con la particularidad que, en el imaginario humano, dichos límites son extendidos e, incluso, trastornados como consecuencia de su anudamiento con el mundo simbólico. Elemento que reconfigura el plano de las impresiones humanas a las que el sujeto tiende a tratar de retornar; llegando a entrar en una lógica

mortífera, de la que hay que sacarle para que alcance un ritmo que lo coloque en cierta concordancia con el mundo.

Dada la ligazón de esta agresividad interna con la raíz vital donde se encuentra con la muerte, se le considera una agresividad no libidinal, y previa a las relaciones objetales, pero en la que sin duda hay otro que le sobra en su estructuración narcisista, que será el soporte de posteriores identificaciones. Posteriormente, la identificación y la relación eminentemente agresiva que se establece con el objeto constituye un pasaje fundador del yo; alteridad que constituye el conflicto al interior del propio sujeto, dando como resultado una tensión agresiva "integrada absolutamente a todo tipo de funcionamiento imaginario en el hombre" (Lacan, 1955-56/2009, p. 138).

Incluso la configuración del ideal que supone la intervención de la *imago paterna* y su respectiva ley simbólica durante el complejo de Edipo, hace que la integración del infante al mundo de lo simbólico se logre en medio de un conflicto imaginario. No resulta extraño, por lo tanto, que el infante se muestre agresivo con el padre, que se establezca una identificación sublimando parcialmente dicha tendencia, o se experimente una vuelta de la tendencia agresiva hacia el sujeto mismo dadas las condiciones de desventaja e integración de ideales por los que la tendencia agresiva suele ser reprimida. La relación con el padre detona una serie de fantasías, que proyectan ese componente agresivo en la propia relación de los padres; incluyendo la idea sádica del coito que se representa como una "escena primitiva percibida como cruel, agresiva, violenta, incluso asesina" (Lacan, 1956-1957/2008, p. 162). Así, el infante proyecta como intención agresiva algo que parte de sus propias tendencias a la agresión. Temor a la castración, rivalidad, la idealización y otras elaboraciones imaginarias dan cuenta del "vaivén tensional, profundamente agresivo, entre el sujeto y el otro, que irán recubriendo, a medida que cristalizan, las capas sucesivas de lo que constituirá el yo" (p. 179).

Esta noción de agresividad en relación con el padre, mismo que no siempre es el padre biológico, sino que también puede ser otro que ocupe dicho lugar en el

complejo, es ilustrada en el seminario sobre *Las formaciones del inconsciente* al tratar el conocido texto de Freud (1919/2006) denominado *Pegan a un niño.* Lacan aborda una fantasía comúnmente encontrada en jóvenes que relatan, aun sin haberlo experimentado, la vivencia de haber sido pegados, encontrando una constante: “el personaje que pega es, considerándolo en su conjunto, de la estirpe de quienes tienen la autoridad. No es el padre, es a veces un maestro, un hombre poderoso, un rey, un tirano, es a veces una figura muy novelada” (Lacan, 1957-58/2008, p. 244). La experiencia clínica indica que estas personas detentoras del poder y del goce erótico son, no sin cierta verdad, a su vez también portadoras del látigo, elemento sancionador que permanece e insiste en ser un modelo de relación con el Otro de la cultura, y los portadores de sus insignias.

Es en este mismo seminario, Lacan (1957-58/2008) plantea que la violencia “es ciertamente lo esencial en la agresión, al menos en lo humano. No es la palabra, incluso es exactamente lo contrario, lo que puede producirse en una relación interhumana es o la violencia o la palabra” (p. 468). A pesar de que vincula a la agresión con la violencia, allí mismo plantea la necesidad de pensar las violencias propiamente dichas, que se distingan del uso que se hace de la palabra agresividad. Una violencia que, según él, se aleja del significante. Pero en la experiencia humana, no se puede pensar en una agresión sin la violencia o estremecimiento que supone, aunque sí se puede pensar en la violencia como lo contrario a lo simbólico. Y, aunque Lacan trata aquí de separar y diferenciar ambos términos, termina por señalar una importante vinculación. La tensión agresiva, que se agudiza en la relación de los sujetos con la alteridad, puede desembocar en autoagresiones, expresiones simbólicas o agresiones directas; lo cual no significa que se sofoque por completo, ya que la agresividad, como tendencia humana, seguirá expresándose y demandando un lugar.

La tendencia mortífera, que encarnan en los mandatos superyoicos, ilustra lo anterior. Imperativos ligados a la ley arbitraria instituida por significantes, algunas veces vacíos de sentido, con los que es necesario cumplir. Mandatos y prohibiciones categóricas que se articulan con el lenguaje, produciendo exigencias capaces de llevar

al sujeto a su desaparición. Tendencia mortífera que parte del sujeto, pero se proyecta en elementos localizados en el continente de la realidad fáctica. El sujeto establece relación con el pene agresivo, la madre agresiva, el padre agresivo y diversos elementos de esta índole, una relación conflictiva, recurrentemente organizada en palabras que se integran como provenientes de éstos. Agresividad presente en la relación con la madre, sin limitarse a ésta, ya que configura una demanda de muerte que "ya está presente en la generación anterior al sujeto" (Lacan, 1957-58/2008, p. 531)

Siguiendo por la línea del lenguaje, el autor muestra a partir de Hamlet, cómo se puede encontrar una agresión cruel en el sarcasmo, así como en cada una de las manifestaciones que tienden hacia la absorción imaginaria: "punto manifiesto de la agresividad, combatimos a quien más admiramos. Quien es el yo ideal es también aquel a quien, según la fórmula hegeliana de la imposibilidad de coexistencia, debemos matar." (Lacan, 1958-59/2015. p. 365). Un señuelo que se presenta en el plano de la competencia sin importar su índole. El ideal colocado en el otro juega también el papel de ese objeto especular con el cual se trata de realizar un corte, convirtiéndolo en el símbolo mismo del rechazo. Otro semejante que rememora la llegada del rival a la familia y los deseos de muerte que con ello suscita:

> Por más inconsciente que lo supongamos, es algo que se articula *¡Que se muera!,* y esto se concibe sólo en el registro de la articulación, es decir, allí donde los significantes existen. El semejante rival es agredido en términos significantes articulados, por más primitivos que los supongamos, mientras que el animal, cuando con sus pequeños semejantes se entrega a las agresiones, los mordisquea, los empuja, incluso los aparta del recinto en donde podrían acceder al alimento. (Lacan, 1958-59/2015. p. 527).

¡Que se muera! Anhelo de muerte que puede recubrirse con expresiones como ¡Qué lindo es! ¡Lo amo! misma que se sobrepone al deseo de muerte original dirigido al rival, siendo entre esos dos niveles donde oscila el deseo del sujeto. La agresividad nace con el objeto, inclinación que encuentra uno de sus cruces en la relación del

infante con el propio cuerpo de la madre donde “la tendencia agresiva, transgresiva, más primordial, las agresiones primitivas y las agresiones retaliativas, se manifiestan en primer término en relación a él” (p. 131).

Cuando la tendencia agresiva no encuentra su descarga en objeto externo, refuerza la figura del superyó; instancia que “proviene del hecho de que el sujeto vuelva contra sí mismo su agresividad” (Lacan, 1959-60/2007, p. 235). Vía que, de continuarse, engendraría agresiones cada vez más intensas contra el yo, en un interdicto que resulta en sí mismo conflictual. Agresión sadomasoquista que configura una fuente de goce para un Otro anónimo, que ha sido interiorizado como imperativo. La sensación constante de un ojo que mira desde la función virulenta del deseo con que el sujeto fue mirado; ojo cuya vigilancia masoquista consiste en mantenerse presente “como elemento siempre activo, en el mantenimiento de la defensa” (Lacan, 1966-67, p. 92). Defensa de un yo ideal que resiste los embates de la diferencia con tal ahínco, que es sería incluso capaz de llevar al sujeto hacia el suicidio.

De allí que Marcela Negro, lectora y seguidora del Lacan, designaría al superyó como el nombre de la violencia alojada en el sujeto. Significantes que aparecen en la relación establecida del sujeto con el lenguaje y con la ley guardando al menos dos costados: “una cara benéfica, el baño de lenguaje que humaniza, y una cara siniestra que es la de la irrupción por parte del lenguaje en el viviente: su carácter de invasión, de desgarro, de violencia e imposición” (Negro, 2010, p. 3).

Tomando las palabras de Lacan (1957-58/2009) en torno al superyó y sobre la manera en que el lenguaje se posa sobre el hombre: “significación en cuanto expresamente engendrada por las condiciones impuestas al organismo vivo convertido en soporte, presa, incluso víctima de la palabra, llamado el hombre” (p. 502). Vinculación que nos interesa rescatar ya que, en algún momento hacia el final de su obra, Lacan hace un guiño sobre la violencia encontrada en el propio lenguaje, así como la posible aportación que los psicoanalistas podrían tener al abordar esta cuestión.

I.II.IIII.- Algunas referencias a la violencia en la obra de Jacques Lacan

Se podría decir que si hay algo que induzca al hombre a la violencia,
es el superyó.
Marcela Negro

Tal y como fue expresado desde el inicio de este apartado, no existe una noción conceptual o consistente de violencia en la obra de Lacan. Violencia de la novedad, violencia pasional, violencia afectiva, violencia del tono de voz, son algunas de las expresiones que dan cuenta del uso comúnmente atributivo y poco delimitado que Lacan hizo del término *violencia*. Llama la atención su breve intento por delimitar las violencias propiamente dichas, que no terminó por aterrizar, dado que optaba por contraponerlo al uso del lenguaje y la palabra, elementos prácticamente indisociables de la constitución pulsional. En su texto sobre *La agresividad en psicoanálisis,* señala lo extraño que resultaría pensar en ello, al sugerir que "las violencias propiamente dichas son tan raras como lo implica la coyuntura de emergencia que ha llevado al enfermo al médico" (Lacan, 1948/2005, p. 96). Idea que matizará más adelante en su seminario 5 sobre *Las formaciones del inconsciente,* señalando que "la violencia es lo esencial de la agresión, al menos en el plano humano, No es la palabra, incluso es exactamente lo contrario" (Lacan, 1957-58/2009, p. 468). Pensándolo de este modo, el componente violento atribuido a las agresiones hace pensar que es menos extraña de lo sugerido en un inicio.

Tal como lo sugiere Lacan (1948/2005), las violencias propiamente dichas en su expresión serían algo extraño, aunque también algo identificable en el dispositivo analítico donde tal violencia es reconocida y aceptada, a condición de entrar en una convención de dialogo con el analista. Ahora bien, si la violencia es puesta en diálogo transformaría su estatuto, ya que, sería lo contrario a la palabra tal como lo propone una década más tarde. Si la violencia es realmente lo esencial de la agresión, pero cambia su estatuto al momento de ponerse en diálogo o en palabra, entonces cuestiones como acoso verbal (en cualquiera de sus variaciones), los narcomensajes o

incluso las ofensas emitidas usando el lenguaje como medio, serían formas de violencia casi inusitada en contextos como el mexicano. Condición que contrasta con la realidad efectiva. Las agresiones son una constante en los grupos humanos, y gran parte de éstas se dan usando el lenguaje como medio para su ejercicio; situaciones que hoy día son percibidas y reconocidas como modalidades de violencia que es preciso considerar e, incluso, formular.

Ya en su texto dedicado a abordar los complejos que toman lugar en *La familia* durante la constitución psíquica del sujeto, Lacan (1938/1987) apuntaba a la relación del infante con el semejante como alteridad, que sería “en todos los casos y al mismo tiempo, soportada y actuada, es decir, subtendida por una identificación con el otro, objeto de la violencia” (p. 50). Si algo caracteriza la propuesta del autor en dicho texto, es la agresividad localizada en el fundamento de relaciones que se inauguran en el seno familiar; la relación entre hermanos, la relación entre padres, las relaciones entre padres e hijos están colmadas de expresiones soportadas en el campo de la constitución pulsional vinculada al lenguaje.

Casi tres décadas más tarde y siguiendo las elaboraciones de Sigmund Freud sobre el masoquismo, Lacan (1964/2001) relacionaría la violencia con el componente sádico-masoquista encontrado en el hombre; una tendencia cuyos resortes no responden a cierto dolor infligido con anterioridad, sino a una moción propia de la pulsión. Lo que anteriormente había presentado en términos de autoagresión, aquí nombra como “violencia que el sujeto ejerce sobre sí mismo; en aras del ejercicio de un dominio” (p. 190); camino y retorsión de la agresividad que, por momentos, sería “la única forma de transgresión permitida al sujeto con respecto al principio del placer” (p. 190). La pulsión es descrita como un elemento de atributos violentos, con que los sujetos se ven empujados a transgredir los principios conscientes del placer y otros límites en los que se resguardan los hombres. Transgresión presente en algunas de las concepciones más difundidas de la violencia, en los imperativos con los que la conciencia punitiva del superyó en toma por objeto al yo, e incluso en los impulsos que transgreden el principio del placer hasta encumbrarse en el goce.

La violencia del superyó es un tema ampliamente estudiado por la psicoanalista argentina Ana Marcela Negro (2010, 2013, 2015); autora que caracteriza a esta instancia como un agente punitivo que ejerce violencia en el propio sujeto. Siguiéndole la pista a las elaboraciones de Lacan, sugiere que el superyó, más allá de ser introducido por una figura paterna garante de la conciencia moral como lo sugería Freud, lo es por el lenguaje mismo que atraviesa el cuerpo del viviente desde el momento en que nace. Un componente humano que tiene dos caras: por un lado, una cara que estructura y humaniza; por el otro, un carácter siniestro que coarta y se impone al sujeto. Un viviente capturado, torturado, presa e incluso víctima de un lenguaje que habla a través de él:

> El superyó es simultáneamente la ley y su destrucción. En esto es la palabra misma, el mandamiento de la ley, puesto que sólo queda su raíz. La totalidad de la ley se reduce a algo que ni siquiera puede expresarse, como el *Tú debes*, que es una palabra privada de todo sentido. (Lacan, 1953-54/1981, p. 161)

Y más adelante:

> El superyó es una escisión análoga que se produce en el sistema simbólico integrado por el sujeto. Ese mundo simbólico no se limita al sujeto, ya que se realiza en una lengua, lengua compartida, sistema simbólico universal, al menos en la medida en que establece un imperio sobre una comunidad determinada, a la que pertenece el sujeto. El superyó es esta escisión en tanto que ella se produce para el sujeto -pero no únicamente para él- en sus relaciones con lo que llamaremos la ley. (Lacan, 1953-54/1981, p. 290)

Ana Marcela Negro (2010) concluye, en uno de sus textos, que el superyó tiene su origen en el funcionamiento mismo del lenguaje. Se constituye además con algunos significantes que se petrifican sin hacerse palabra, es decir, no se integran a la cadena significante ni permiten el intercambio con los otros violentando con sus imperativos al sujeto ya escindido. Así resume:

a) El superyó se define por la irrupción del lenguaje sobre el hombre con la consecuente imposición a escuchar.
b) El superyó es un significante vinculado a la ley de la palabra que no puede funcionar de acuerdo con la estructura de la vertiente de la palabra.
c) El significante del superyó no entra en la vertiente de la palabra, funciona a la manera de objeto pulsional.

El superyó, como instancia punitiva que ejerce sus imperativos sobre el yo, no es algo que sea descrito por Lacan como violencia. Tales efectos punitivos, hostiles e incluso persecutorios, son descritos por este último como un retorno de la pulsión agresiva que originalmente toma a algún otro por objeto. Lo destacable es la localización de un componente violento que, más allá de poder ser localizado en el superyó, encuentra su expresión en el propio lenguaje. Una violencia que el propio Lacan (1976/1977) reconoce en el ejercicio mismo de la escritura poética, destacando los efectos que se puede lograr al momento de separar el significante de su significado, en un efecto estético capaz de estremecer: “la poesía resulta de una violencia hecha a este uso, de la que tenemos algunas pruebas — si evoqué la vez pasada a Dante y la poesía amorosa, es precisamente para marcar esta violencia” (p. 35)

Esta violencia localizada en el lenguaje, en sus hiancias y, particularmente, en la función de ley vinculada al súper yo, supone una de las contadas referencias que Lacan hace del término hacia el final de su obra. Dada esta condición, resulta preciso entonces rescatar dos textos que fueron escritos más de dos décadas atrás, pero que resultan relevantes en vista de que se interesan por la relación dialéctica entre el crimen y la ley. En el texto de 1950 *Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología,* así como en los comentarios que sucedieron a éste, Lacan (1950/2012) precisa que es únicamente el estado el facultado para darle a un acto criminal, su retribución, esté “será pues sometido a un juicio fundado abstractamente en criterios formales, en los que se refleja la estructura del poder establecido” (1950/2012, p. 136, p. 137). Sin embargo, también sugiere la existencia de crímenes que “solo tienen

sentido cuando están comprendidos en una estructura cerrada de la subjetividad" (1950/2012, p. 136). Siendo justamente allí donde el psicoanálisis puede tener efectos.

La relación que Lacan establece entre la ley y el crimen mismo, guarda algunas similitudes en su intención con la carta dirigía a Albert Einstein donde Freud (1932a/2006) respondía *¿Porque la guerra?* Sólo que, en lugar de interesarse en explicar la relación paradójica que guarda la ley simbólica con la pulsión de muerte y la violencia, como lo hizo el padre del psicoanálisis, Lacan se encarga de abordar principalmente la responsabilidad que el sujeto es capaz o no de tomar sobre su acto, incluyendo el castigo que ello podría suponer. ¿Qué tan responsable es el sujeto que comente un acto bajo condiciones siempre particulares? Lacan se deslinda un poco de elaborar algo en el plano de la sanción, al señalar que "el psicoanálisis del criminal tiene límites que son exactamente aquellos en los cuales comienza la acción policial en cuyo campo debe rehusar entrar" (1950/2005, p. 139). Empero, cumplir como mediadores con una función de conciliación entre la responsabilidad del presunto criminal y la aplicación de la ley, es una tarea con la que se puede trabajar, ya que pare él no es la violencia la que subyace al derecho, como lo planteaba Freud, sino la agresividad misma.

Cabe plantear entonces la pregunta ¿Puede el psicoanálisis implicarse en la elaboración de leyes que regulen el crimen y la violencia, dados los diferentes registros de la experiencia humana que es capaz de observar? Parecería evidente que la práctica psicoanalítica convoca una cuestión eminentemente ética y no tanto legal; sin embargo, no podemos ser ajenos a las vicisitudes de una época, donde los imperativos de goce han tomado por asalto esa estructura simbólica que conformó buena parte de la subjetividad humana. Resulta, por lo tanto, necesario tomar un posicionamiento al respecto y escuchar a algunos autores contemporáneos que, de forma directa o indirecta, han venido planteando una cuestión similar.

Capítulo II: Método

II.I.- La investigación psicosocial

En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social

Sigmund Freud

Esta investigación se adhiere a los fundamentos encontrados en los estudios psicosociales, que se han abierto un lugar durante las últimas dos décadas en el plano de la constelación psi: psicología, psicoanálisis, psiquiatría etc. Tradición investigativa que surge en Inglaterra como una alternativa crítica a la hegemonía de la psicología empírica, las neurociencias y terapias cognitivo-conductuales. Enfoques que insisten en abordar al ser humano desde su costado biológico y presuntamente individual en su aspiración por adherirse a las ciencias naturales; aun cuando ello implique desestimar las estructuras y determinación que vinculan lo psíquico con lo social en el sujeto (Frosh, 2003).

En su preocupación por el individuo como entidad social, los estudios psicosociales tratan de restituir al ser humano como sujeto psico-social y transindividual que, más allá de sus presuntas determinaciones orgánicas, está formado en buena medida por un discurso que lo conforma y transforma, sin configurarle de manera definitiva. Un sujeto del lenguaje que enuncia porque ha sido enunciado y, así “circula en el discurso como uno de sus elementos, siendo sujetado en doble sentido: atrapado, pero también soportado y sustentado por éste” (Negro, 2013, p. 121). Desde esta misma postura crítica, los estudios psicosociales tratan de restituir una noción de sujeto capaz de integrar lo que en ella se implica “el poder, las estructuras, el psiquismo y la subjetividad misma” (Pavón-Cuéllar y Orozco, 2017, p. 149).

Caracterizados por un pluralismo teórico y metodológico, tal como lo evidencia Frosh (2003), los estudios psicosociales tienden a integrar orientaciones teóricas provenientes del psicoanálisis, la psicología, la filosofía, la literatura, el trabajo social y otros campos del saber que le permiten abordar diversas cuestiones de *lo humano* que han llegado, incluso, a considerarse marginales, pero no por ello menos pertinentes. De-construyendo, incluso, el propio campo de la psicología del que suelen partir, las investigaciones psicosociales suelen poner énfasis en cuestiones tales como: la compenetración entre lo psíquico y lo social; las deficiencias en perspectivas psicológicas modernas o la posible incidencia que ha tenido esta ciencia en el mantenimiento de la estructura social.

Partiendo de estas premisas, el investigador psicosocial no puede ser neutral ni estar separado de aquello que investiga. No pretende la separación sujeto-objeto a la que aspira la ciencia positivista; en su lugar, reconoce que al indagar se posiciona, produce efectos y está advertido sobre la existencia de vasos comunicantes entre los diversos implicados en una investigación. Situación que ilustran perfectamente algunos análisis críticos, donde no sólo investigadores e investigados van transfigurando sus límites; también método y teoría experimentan un proceso similar, permitiendo abordar a un mismo tiempo “la implicación histórica en el fenómeno estudiado; la o las teorías que guiarán la investigación y la subjetividad del investigador, es decir la posición subjetiva desde la cual el fenómeno es analizado” (González-Castro, 2015, p. 52).

II.II.- El Análisis Lacaniano de Discurso como método de investigación

Análisis de Discurso (AD) es el nombre con el que se designa “una constelación heterogénea y transdisciplinaria de concepciones metodológicas, ejecuciones prácticas y suposiciones teóricas, más o menos explicitas y sistematizadas cuyo único denominador común es el estudio analítico de las manifestaciones discursivas del lenguaje” (Pavón-Cuéllar, 2013, p. 12). El AD cuenta con diferentes tradiciones, que llevan su ejercicio a diversas disciplinas sociales y humanas desde mediados del siglo pasado. En el campo de la psicología destacan: el análisis de contenido, el análisis

conversacional y la psicología discursiva como algunas de las perspectivas de mayor relevancia. Sin embargo, las posturas críticas de las últimas décadas han revitalizado su práctica, convirtiendo al análisis del discurso en una herramienta que, más allá de otorgar un sentido a lo enunciado, permite cuestionar, denunciar, transformar y revalorar las posibilidades que brinda su emergencia.

En esta investigación se ha empleado el Análisis Lacaniano de Discurso (ALD en adelante). Método que, tal como su nombre lo indica, guarda sus fundamentos en las elaboraciones teóricas de Jacques Lacan (1956/2005). Aunque este autor no propuso de manera expresa un método de análisis del discurso, y él mismo no sería un analista del discurso en el sentido estricto del término (Neill, 2013), sí construyó nociones sobre el lenguaje y fundamentos que han sido retomadas por Ian Parker (2010) y David Pavón-Cuéllar (2014a) para configurar un método que aquí se retoma.

Para este enfoque, el discurso es una producción que se forma en el entrecruzamiento de condiciones materiales, lenguajes y sujetos que terminan expresándose en puntos particulares del entramado. Como lo señala Parker (1996), es tanto producto de nuestra creación como objeto que existen independientemente de nosotros; el sujeto es capaz de enunciar y ser enunciado, borde ilustrativo de una paradoja que coloca su interioridad en la exterioridad y viceversa. Una manifestación viva en la que “recurriendo a la estructura anónima de la lengua, el sujeto se forma y se transforma en el discurso que comunica al otro” (Kristeva, 1988, p.12).

Al abordar el discurso en su materialidad viva, el ALD se caracteriza por una lectura situada, contextualizada e inmanentemente crítica, donde la teoría no es diferente de la práctica, dado que los acontecimientos se escriben siempre en términos del lenguaje y con ese mismo lenguaje se analizan. Se trata de analizar lo que se dice, la manera en que se dice y el porqué de cómo se dice, no lo que presuntamente se quiso decir o se pretende comprender. Su práctica propone una lectura apegada al texto en su literalidad; abriéndolo y desplegándolo, sin tratar de ocultar lo contradictorio, lo sintomático, o la propia imposibilidad de decirlo todo en términos de lenguaje.

El ALD opta por detenerse y concentrarse en la realidad misma del discurso, evitando imaginar lo que hay más allá de ésta. Intenta abrir espacio al sujeto real de la enunciación y las posibilidades de irrupción o acontecimiento que éste guarda en sus propias determinaciones discursivas. De allí que sea considerado a un mismo tiempo un método y una estrategia que se adhiere a un proyecto político (Pavón-Cuéllar, 2017). No se trata de exhumar aquello que se encuentra debajo de la superficie, sino de mostrar cómo la propia superficie del texto constituye ciertos objetos, sujetos, relaciones entre ellos, y cómo los recubre al mismo tiempo a manera de banda de Moebius.

ILUSTRACIÓN 1: BANDA DE MOEBIUS

Esta representación de la materialidad que tiene preponderancia en los sujetos permite superar esa visión dualista del mundo que sugiere su división en dos superficies separadas: cuerpo-alma; masculino-femenino; sujeto-objeto, bueno-malo; víctima-victimario. La banda de Moebius ilustra cómo estos aparentes contrarios están intrincados sin que exista una división precisa entre los mismos, encontrando en los sueños, lapsus, chistes, síntomas, deslices de la escritura y otras manifestaciones del inconsciente algunas muestras de ello.

Aunque no existe una metodología prescriptiva para realizar un ALD, este trabajo retoma la guía obtenida bajo una minuciosa revisión bibliográfica del método, misma

que ha sido publicada recientemente como producción colateral de esta investigación (Ávalos y Orozco, 2019). Siguiendo dicha línea, este trabajo se ha dado a la tarea de:

1) Recopilar y seleccionar los testimonios a analizar.
2) Contextualizar las condiciones en que se han producido.
3) Fundamentar el método que se utilizará para el análisis.
4) Presentar el texto a analizar en su literalidad.
5) Posicionarse expresamente en y respecto del discurso analizado.
6) Dar preeminencia a la materialidad concreta del discurso: literalidad, equívocos, negaciones y contradicciones.
7) Introducir cuidadosamente algunos cortes, construcciones y nociones que permiten desplegar el texto sin colonizarlo.

Dentro de las nociones teóricas que permiten desplegar el texto en el ALD, destaca el caleidoscopio de tres registros anudados y dispuestos entres sí a manera de nudo borromeo sugerido por Lacan (1974-75/2006): lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario.

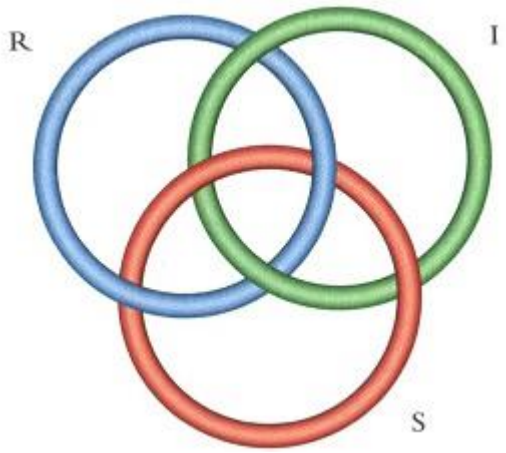

ILUSTRACIÓN 2: NUDO BORROMEO

Al configurar un esquema de tres registros que demarcan las experiencias humanas, estos no pueden ser aislados o encontrados de manera separada. Sin

embargo, hay elementos atribuibles a cada uno de los registros que resulta preciso tratar de distinguir. Lo Imaginario es caracterizado por la ilusión de la imagen unificada y la identificación de dos o más elementos. Registro en el cual se precipita la identificación con la idea de completud, comprensión y la aparente coincidencia de lo real con la realidad ficcional. Una aparente consistencia que se impone como realidad incuestionable bajo el crisol de las ideas que dominan un momento histórico.

Por supuesto que este registro se anuda con los otros dos, configurando un continuo. La conciencia del yo, por ejemplo, aun en esta figuración de completud en el espejo tautológico de la mismidad y la individualidad, se integraría "al menos en cierto sentido, al sistema simbólico del inconsciente" (Pavón-Cuéllar, 2014b, p.289). Lo simbólico es el registro compuesto por el conjunto de significantes, acuerdos o contratos establecidos entre dos o más personas, tomando como referencia una ley. Materialidad significante que configura un universo lógico con el que se intenta delimitar y contener lo real inabarcable. Lo simbólico es, en la metáfora utilizada por Pavón-Cuéllar (2014b) "la calle circundando todo el Palacio, los representados cuya ausencia es todo el contexto de los representantes" (p. 38). De este modo, lo simbólico circunda lo real, lo representa en lenguaje a expensas de su pérdida:

> Al saber lo perdido, lo simbolizamos, y al simbolizarlo, tan sólo sabemos lo simbólico, pero volvemos a ignorar lo real e ignorarlo es perderlo. De hecho, si lo real está perdido, es por haber sido simbolizado, y por ende ignorado como lo real que es, al haber sido sabido. En el saber, lo simbólico es lo que ganamos, o lo que sabemos, al apostar y perder lo real. Es apostando y perdiendo lo real, perdiéndolo y así condenándonos a ignorarlo, que salimos de la ignorancia y de la prehistoria, entramos al juego de la historia, creemos al fin saber algo y así ganamos el sistema simbólico de la cultura. (Pavón-Cuéllar, 2014b, p. 70)

Lo real, por tanto, comprende lo imposible, lo irrepresentable, lo inefable y, por lo tanto, excluido del mundo simbólico. Real que permanece fuera de la comprensión y del que sólo se puede dar cuenta a condición de ser degradado por lo simbólico; pero

real que insiste y se desliza entre las grietas dejadas por la estructura al momento de su ensamble. Grietas de lo simbólico que dan pasó al acontecimiento como ruptura inesperada del que el ALD permite dar cuenta:

> Se puede concebir como algo ciertamente irreductible a la estructura disruptiva que analiza el AD, pero simultáneamente ocurriendo en la "escena" de esta estructura significante y siendo "producido" por el mismo "significante", el cual, de hecho, también determinará retroactivamente "la aparición del trauma" como algo que se constituye después del acontecimiento (Pavón-Cuéllar, 2013, p. 18).

Así, al abordar el acontecimiento dándole un lugar, el método se enfoca en "el abordaje de la irregularidad, la indeterminación, lo impredecible, lo imprevisto, lo imprevisible, de lo eventualmente subversivo y disruptivo" (Pavón-Cuéllar. 2013. p. 17). No se trata entonces de reabsorber el acontecimiento a la estructura, dándole un sentido, sino desensamblar, cuestionar y desorganizar las ideas imaginarias ligadas a ellas, permitiendo que se revelen algunas de las funciones que allí trabajan hasta abrir espacio a lo real mismo como potencia creadora.

II.III.- Participantes

Los participantes en esta investigación fueron 49 jóvenes de entre 15 y 18 años. 31 hombres y 18 mujeres inscritos en un programa escolarizado de educación media superior en el estado Michoacán. Una institución que brinda este servicio a población urbana de clase media baja y nos permitió el acceso a dos grupos de primer semestre elegidos de manera no probabilística. Jóvenes que, por su rango de edad, están a la salida de la pubertad con la metamorfosis física que dicho tránsito supone. Sujetos que, tal como lo describe Julia Kristeva (1995): presentan una *estructura abierta* a la escritura de su ficción novelesca, una portentosa *onda de idealizaciones* que les ha dejado el Edipo, así como condiciones de *encuentro con lo real* que hace de los jóvenes una fuente inmejorable para describir los efectos del discurso.

II.IV.-Producción escrita de los testimonios

Auxiliado por el departamento de orientación educativa de la institución, fui presentado ante ambos grupos de estudiantes como psicólogo e investigador interesado en recopilar historias de vida. Una vez expuestas algunas generalidades de la investigación, se les pidió que escribieran una historia pronunciando una consigna previamente elaborada bajo la noción de acontecimiento entendido como un hecho que "aparece de pronto e interrumpe el curso normal de las cosas; algo que surge como de la nada, sin causas discernibles, una apariencia que no tiene algo sólido en su fundamento" (Žižek, 2014. p. 4). Con base en ello se les mencionó lo siguiente:

> *Escribe una experiencia que consideres que marcó un antes y un después en tu vida. Un evento, una vivencia o incluso anécdota que venga inmediatamente a tu mente, dejando a un lado el juicio de si es buena, mala, si te dar orgullo o pena contarla en otro contexto. No hay un límite de tiempo o extensión establecida, por lo que te pedimos que describas tu experiencia de la manera más honesta y detallada posible, mencionando dónde y cuándo ocurrió, cómo participaste tú de lo ocurrido, si otras personas también participaron y de qué manera. Tu escrito será totalmente confidencial, no es necesario que escribas tu nombre completo, sino únicamente las iniciales de tu nombre y apellidos para que sirvan como una referencia para la investigación.*

Cada uno de los participantes brindó su testimonio de manera voluntaria obteniendo un total de 49 textos. Aunque para el final de ejercicio, solo diez de los participantes señalaron una relación entre su relato y la agresividad o la violencia.

II.V.-Consideraciones éticas

Al entregar su escrito, se les pidió que leyeran el consentimiento informado de manera individual y asentaran su firma (**anexo**). Documento que debía ser entregado junto con

sus respuestas a una breve encuesta donde se les hicieron tres preguntas y se incluyó la posibilidad de brindarles apoyo en sesiones de psicología si así lo solicitaban:

1.- ¿El relato que escribiste tiene alguna relación con la agresividad o la violencia? Si No

2.-En caso de haber respondido afirmativamente, explica ¿De qué manera? _____

3.- ¿Estas interesado en retomar lo que escribiste en sesiones de psicología que permitan reflexionar sobre lo relatado? SI NO

4.- En caso de ser afirmativa su respuesta: tiene algún número de teléfono y/o correo electrónico para contactarte_____

II.VI.- Clasificación y selección de los testimonios

Con un criterio de selección por el cual se analizarían únicamente aquellos testimonios cuyos autores respondieran afirmativamente a la pregunta sobre la existencia de una relación entre su experiencia relatada y la agresividad o la violencia, únicamente diez de los 49 textos obtenidos cumplieron tal condición: cuatro textos escritos por mujeres y seis escritos por hombres. Un criterio que excluyó diversos testimonios donde se relatan golpes, robos en la vía pública e incluso agresiones en las aulas educativas. Vivencias que suponen violencia bajo cierto marco discursivo; sin embargo, el análisis de tales textos fue dejado de lado debido a que dicha asociación no apareció expresamente en la palabra de estos jóvenes cuya palabra nos propusimos atender en su literalidad.

Capitulo III.- Acontecimientos relacionados con la agresividad o la violencia

La autobiografía no es posible, lo que uno hace más bien es hurgar en la memoria e inventarse un pasado. No quiere decir que lo narrado no haya sucedido, pero sucedió al lado de muchos otros acontecimientos ¿Por qué eliges unos en vez de otros? Nadie sabe.

Guillermo Fadanelli

En esta sección se integran los diez testimonios que fueron seleccionados para su análisis por ser explícitamente relacionados con la agresividad o la violencia por sus autores. Durante el proceso de transcripción se trató de mantener un apego a la escritura original de los jóvenes, agregando solo algunos acentos y signos para facilitar su lectura, poniendo cuidado en no alterar el orden originalmente descrito. Se intentó rescatar particularmente la escritura de elementos analizables como lo son: las palabras escritas en mayúsculas, algunos errores ortográficos, espacios entre letras de algunas palabras y deslices de la escritura cuyo equívoco es objeto de trabajo el siguiente apartado. Así mismo, se reproduce la respuesta brindada por los participantes ante pregunta expresa por la manera en la que relacionaron su testimonio con la violencia o la agresividad.

Testimonio A. (Mujer): *"Las dos familias se odian y no se pueden ni ver"*

"*Mi vida ha cambiado mucho. Son muchos problemas, las dos familias se odian y no se pueden ver ni nada. Cuando voy con una de las dos familias, me insultan y me dicen que soy igual a la otra familia en las dos familias es igual. Cuando era niña, recuerdo que mi abuelita trataba de envenenarme y me decía -que yo no era hija de mi padre, todos me maltatabas (sic). Sufría como bullying en las dos familias. Mi padre siempre regala mis cosas y me grita siempre son gritos y regaños. Nunca en mi vida he sentido lo que es amor de familia. Ahora que soy un poco más grande y que tengo un poco más de palabra, suelo parame y decir las cosas de buena manera pero aun así siguen saliendo problemas más graves.*

Una vez mi mamá y yo nos peleamos a golpes y en mí sé que no está bien. Muchas veces he tratado de quitarme la vida, pero soy muy cobarde para ello. Me he cortado y he tomado cosas venenosas. La vida no tiene sentido alguno si siempre me encuentro encerrada ¡Odio mi vida! Pero mi otro yo me dice que luche por como quiero que sea mi vida y que no me rinda. Pero los problemas me afectan. Soy […] y quiero decir que ME AFECTA LOS PROBLEMAS EN MIS ESTUDIOS (sic) *No tengo dinero para asesorías, no tengo internet ni nada en mi casa. Porque mi papá quiere que iniciemos desde abajo y ahora me afecta bastante, mi padre se deja guiar por lo que dice su mamá tienen preferencia por mi hermano. Sé que necesito un psicólogo urgente!!! (sic) Pero no tengo dinero y no me quieren llevar con uno. Yo quisiera encontrar ayuda pero…..No puedo! (sic) Quisiera contarle a alguien de todo porque sé que no estoy bien y ahora quiero salir adelante. Mi vida ha cambiado no lo dudo pero son problemas muy graves. Quisiera escribir y escribir, pero la hoja no me alcanza. Quisiera contar mi historia."*

Respuesta: ¿El relato que escribiste tiene alguna relación con la agresividad o la violencia? SI (Opción elegida) No

En caso de haber respondido afirmativamente explique ¿De qué manera?

"Pues todo inició desde que nací y las dos familias"

Testimonio B. (Hombre): *"Es la muerte de mi hermano"*

"Esta historia es bastante personal, que solo la cuento a personas de mi confianza. Vamos a empezar… Aquí están involucrados mi familia (sic), es la muerte de mi hermano tengo escasos recuerdos, pero joder lo extraño como no tienes una idea. Recuerdo que antes como hermanos teníamos peleas, risas, apoyo, amor, él era mi único hermano varón su nombre […] él, el mejor hermano del mundo recuerdo hacerle travesuras, pero lo mejor que nunca se enojaba siempre me abrazaba y me decía te quiero. Él siempre fue un niño muy feliz

nunca se molestaba era bastante tranquilo él era mi superhéroe. Mis papás si me decían que él estaba malo y yo le decía a mi hermano cuando sea grande te voy a abrir la cabeza y te curaré. Él fue una gran parte de mí, mi mejor amigo, pero pasó la tragedia aun lo recuerdo fue en el año del 2007 yo tenía 6 años aún dormía con mis padres. Recuerdo esa noche lo que me despertó fueron las luces de la patrulla y las ambulancias, mis papás me dijeron no salgas del cuarto. Y me dejaron dormido en el cuarto pero mierda como cualquier niño tenía curiosidad así que me levanté y abrí despacio la puerta y joder como desearía no averla (sic) abierto vi a mi hermano tirado en un charco de sangre. Al principio no sabía que pasaba escuché que mi padre venía me acosté, mi papá llorando sacó dinero se hincó y comenzó a llorar. Yo no sabía que pasaba recuerdo que mis padrinos fueron por mí me cobijaron y me llevaron a otra casa. Recuerdo el funeral todos llorando y yo le dije a mi mamá no llores mi hermano solo está durmiendo lo vas a despertar mi madre entre lágrimas me abrazó. Yo no supe lo que pasó hasta que cumplí 10 años que supe lo que pasó, pasaron los años y no salía de casa lo necesité mucho. Hasta el 2015 que conocí a mi novia y me ayudó a superarlo. Solo quiero decir a quien ha perdido a alguien que no lo olviden, él nunca se fue vive en mi memoria."

***Respuesta**:* ¿El relato que escribiste tiene alguna relación con la agresividad o la violencia? SI (Opción elegida) No

2.-En caso de haber respondido afirmativamente explique ¿De qué manera?

"Después de lo sucedido hubo peleas con golpes"

Testimonio C. (Hombre): *"Muy enojado empujó a mi mamá contra la pared"*

"Cuando yo tenía 9 años de edad en una noche común en mi casa, mis papás estaban discutiendo es muy común que ellos discutan pero esa noche a mi papá estaba diciéndole a mi mamá que ojalá se muriera ella y mi mamá en ese momento se enojó con él y él le dijo ojalá que tú te mueras primero, en ese

momento mi papá muy enojado empujó a mi mamá contra la pared y cuando mi mamá estaba en el suelo mi papá le dio dos patadas, en ese momento yo era muy pequeño y no pude defender a mi mamá pero cuando vi sangrando a mi mamá si le dije que si estaba loco, yo y mis hermanos llamamos a nuestra abuelita, para que llevara a mi mamá al seguro. Mi papá estaba muy arrepentido, pero ya lo había hecho. Cuando llegó mi abuelita llevaron a mi mamá al hospital, a mi mamá la internaron toda la noche porque a ella se le había abierto la frente con el golpe conta la pared, a ella le dieron 5 puntadas. Al día siguiente por la mañana llegó mi mamá, yo estuve muy feliz porque ella estaba bien. Para finalizar, hoy en día mi mamá sigue teniendo la marca de ese accidente, pero eso quedo en mi memoria por la impotencia de no haber podido hacer nada y fue algo muy traumante (sic) para mí, al ser un niño de 9 años y no poder hacer nada."

Respuesta: ¿El relato que escribiste tiene alguna relación con la agresividad o la violencia? SI (Opción elegida) No

En caso de haber respondido afirmativamente explique ¿De qué manera?

"Maltrato sobre la mujer"

Testimonio D. (Mujer): *"Tumban la puerta de mi casa, entra una manada"*

"Siendo las 12:30 o casi dando la 1 de la mañana en […] en la colonia […] en la casa número […] siendo un 1 de mayo del 2009, encontrándonos todos descansando toda mi familia y yo, dándose el suceso en esa hora, se oye muchísimo ruido en mi calle, se levanta mi papá corriendo hacia la azotea, se da cuenda que es un convoy de ejército la calle tapada llena de ellos gritándole a él y apuntándole los soldados, ellos gritando ¡Se va a brincar! En ese momento ellos tumban la puerta de mi casa entra una manada empiezan a hurgar todo lo que ven, encuentran el césped de mi casa empiezan arrancarlo para escarbar, tumban, quiebran muchas cosas, el miedo empieza a atemorizarnos, hasta que por fin llegan a arriba empiezan a entrar a los cuartos, mi papá gritando ¡Qué

pasa jefe no les haga nada son mis hijos mi esposa de que se me acusa! Mi hermano pequeño de 3 años gritando y llorando junto con mi hermano mayor de 8 años, entonces sacan a mi mamá del cuarto la arrinconan a la pared con mis hermanos. 2 soldados custodiándolos, apuntándoles y gritándoles a mis hermanos ¡Cállense dejen de llorar! Bajan en ese momento a mi papá del pelo, lo bajan arrastrando hasta llegar a la cochera, encierran a mis hermanos en un cuarto a mi mamá la empiezan a interrogar, y heme aquí que ninguno de ellos entró a mi cuarto ni siquiera prendieron la luz, es allí donde salgo de mi cuarto completamente asustada pensando que toda mi familia había sido asesinada, pero encuentro a mi mamá recargada en la pared interrogándola el soldado. Él me encierra en el mismo cuarto que mis dos hermanos y nos pide que nos tranquilicemos, toda la casa se queda callada por un momento y solo recuerdo cuanto le pedí a Dios en ese momento, pasan los minutos y ellos deciden retirarse. Se van corremos a buscar a papá y está tirado en la cochera tapado con una sudadera. Gracias a DIOS (sic) él sigue vivo, se levanta y empieza a llamar a mis tíos, tías pastor de la iglesia, nos esperamos a que amanezca corremos a hacerle estudio a mi papá y con derechos humanos a poner denuncia, mi papá tenía golpes internos, una de las técnicas de ellos fue que los moretones no se veían porque quedaron internos gracias a DIOS se curó, los derechos humanos no hicieron nada jamás procedió. Tiempo después Jamás (sic) mi familia volvió a ser igual mi papá se volvió un padre muy frio hasta hoy en día, él ahora tiene diabetes por esa noche y por más sucesos horribles que pasaron después. Solo puedo decir que desde esa noche Jamás (sic) ni mi vida ni mi familia volvió a ser igual, dejó una gran marca que jamás olvidaré.

Madrugada del 1 de mayo de 2009"

Respuesta: ¿El relato que escribiste tiene alguna relación con la agresividad o la violencia? SI (Opción elegida) No

2.-En caso de haber respondido afirmativamente explique ¿De qué manera?

"Golpearon y amagaron a toda mi familia esa noche"

Testimonio E. (Hombre): "*Tomo el cuchillo más afilado y marco mi piel"*

"Sábado por la mañana despierto como casi siempre solo ya que casi siempre he de estar solo en mi casa, pasan las horas y no he comido nada, solo he visto videos en la computadora. De pronto suena mi celular a manera de llamada, es mi madre, contesto pregunta mi estado emocional y académico además del físico y al yo preguntarle su día a día solo me cuenta del riesgo constante al que se somete debido a su trabajo, que el día en que ya no podré ni oír su voz se acerca, primero se va para "protegerme" de los riesgos que conlleva su trabajo y ahora solo le queda decirme que no podré ni volver la (sic) a ver, bueno no me lo ha dicho, pero la probabilidad alta allí está. Cuelgo y caigo en llanto sobre mi cama. ~~pues~~ (sic) sin manera de gritar o salir corriendo sin nada que hacer para desahogarme voy a la cocina tomo el cuchillo más afilado y marco mi piel con el nombre de una canción que me recuerda a la historia que tengo con ella ("Heroine" –de la banda From First to last)."

Respuesta: ¿El relato que escribiste tiene alguna relación con la agresividad o la violencia? SI (Opción elegida) No

En caso de haber respondido afirmativamente explique ¿De qué manera?

"*Autolesión"*

Testimonio F. (Hombre): *"Mi madre siempre me mintió acerca de mi padre"*

"Mi vida siempre fue una mentira. A diferencia de otros, esta no será una simple anécdota ya que esta historia representa para mí un gran cambio en mi vida, el momento en que me di cuenta de que la vida no era un cuento de hadas y que tarde o temprano todos debemos madurar y crecer. Aunque haya cicatrices que no sanen. De niño yo solía ser una persona feliz, alegre y extrovertida, a todos quienes conocía les agradaba y ellos a mí, pero en especial había una persona a la que lejos de querer, amaba con todo mi corazón, mi madre, ella era la mujer

más adorableybonita (sic) para mí. Aunque mi padre por otro lado, lo detestaba siempre llegaba tarde a casa y golpeaba a mi madre. Pensé, que tenía motivos al principio, pero al crecer me di cuenta de que no era así, él golpeaba sin aviso, y motivo o no, esa no era la forma de solucionar las cosas. Mi madre lloraba y se lamentaba mucho, ella me decía que mi padre no la quería, que tenía otra mujer y se gastaba todo su dinero con ella. Desde allí fui agarrando un rencor intenso a mi padre por hacer tales cosas, cómo se atrevía después de que ella era tan buena persona. Ya a un par de años de entrar a la pubertad, mi madre me dijo que todos ocupamos y merecemos ser felices, entonces fue cuando me presentó a un hombre que parecía un vago sin beneficio, aunque después de conocerlo podría decir que de algún modo era buena persona. Noté inmediatamente que había un romance entre ellos, pero no me molestó quería que mi madre fuera feliz. Pasaron las semanas y ello siguieron viéndose a escondidas de mi padre, un día, este último sin aviso alguno, sin que yo me lo esperara me subió a un taxi y me llevó a la fuerza a la casa de mi abuela. Yo lloraba y gritaba, pero las personas que pasaban por la calle no hacían nada. No logré escaparme y terminé encerrado en una habitación de la casa de la abuela, yo suplicaba por regresar a mi casa con mi madre, pensé que mis súplicas serían en vano, pero, aunque pareciera cruel, ellos solo me dieron $20 y me dijeron que me regresara. Decidí hacerlo, aunque tenía mucho miedo nunca antes había tomado un autobús yo solo, y si me equivocaba, por suerte terminé llegando a mi casa. En la puerta había varios papeles, en especial recibos, a esa edad yo no sabía nada de eso, pero si hay unas cuantas cosas que entendí, mi padre vendió su carro, lo habían despedido del trabajo y había otro papel que en realidad sigo sin reconocer de que tipo es, pero tenía que ver con el hombre que veía a mi madre, ellos se veían desde hace diez años. Conclusión mi padre no hacía nada malo llegaba tarde porque trabajaba tiempo extra para pagar las deudas y mi madre… siempre me mintió, ella siempre me mintió acerca de lo de mi padre todo por estar con aquel sicario, ella se fue, pero mi vida sigue siendo mentira."

Respuesta: ¿El relato que escribiste tiene alguna relación con la agresividad o la violencia? SI (Opción elegida) No

En caso de haber respondido afirmativamente explique ¿De qué manera?

"Pues mi padre agredía a mi madre"

Testimonio G. (Hombre): *"Yo era el típico niño buliado (sic)"*

"*Unos (sic) de los momentos que cambiaron mi vida. En especial éste, es el que marca un antes y un después, es el que realmente definió mi vida entera. Yo solía ser un niño de primaria, pero no cualquier niño, yo solía ser el típico niño buliado (sic)*. *Solía ser el tipo que se juntaba con el "especial (enfermo)" y pues a él le decían cosas, y pues ami (sic) igual, pero no nos importaba, éramos felices como cualquier niño dijo (sic) yo, lo importante es que un día murió*. Yo era un niño de 2do o 3ro de primaria, realmente no comprendía, para mi era como si se cambiara de escuela. *Yo estuve solo como hasta 4to o 5to, que conseguí amigos, 3ro y 4to un p (sic) hasta un profe me buliaba (sic), diciendo cosas como princesa y "no le hablen por …" (sic), cosas como esa, lo extraño es que no puedo recordar los años que estuve solo, antes podía, ahora no. Pero me acuerdo que no fue bomito (sic). ¡Por fin! Salir de ese infierno y directo a la secundaria. Yo llegué violento, no me podía (sic) voltear a ver porque ya la estaba haciendo de pedo. Pero lo conocí un tipo cualquiera, pero él me supo enseñar que ese no era el camino, me enseñó que era especial y que podía hacer grandes cosas, no me lo dijo, pero sus acciones lo hicieron. Por él en parte comencé a tocar guitarra y sacar mi ira en ella. Yo antes quería ser soldado, matar solo por una orden sin sentido, ahora quería ser psicólogo, pero opté por computación mi verdadero sueño sería tocar guitarra (sic) en un grupo de Hevi o transss o power metal por el mundo. Tengo 5 años de tocar guitarra, toco acústica y eléctrica, bajo eléctrico y batería. Y todo porque él me enseñó que uno no tiene límites, él fue el momento que cambió mi vida"*

Respuesta: ¿El relato que escribiste tiene alguna relación con la agresividad o la violencia? SI (Opción elegida) No

En caso de haber respondido afirmativamente explique ¿De qué manera?

"En la manera de que antes solía ser agresivo por detonantes, como son ciertos insultos y acciones, pero ahora me desahogo con la música"

Testimonio H. (Mujer): *"Estábamos todos dispuestos a pelearnos"*

> *"Historia que cambió mi vida. Lo que cambió mi vida fue haber conocido a ese grupo de personas con que hasta ahora hemos vivido tantas experiencias. Los conocí en la secundaria, desde primero ya éramos nuestro grupo de 5 incluyéndome. En ocasiones molestábamos a los demás compañeros e incluso en ocasiones molestábamos a los profesores. Cuando hacíamos algo relevante o malo, no nos delatábamos y en dado caso de que nos descubrieran nos echábamos la culpa entre todos. En segundo llegó un nuevo compañero que pasó a formar parte de nuestro pequeño grupo, y se unieron otros que ya estaban, pero con lo que casi no hablábamos, ahora éramos 8. Íbamos a fiestas juntos, en los recesos igual y en clases nos sentábamos en una sola fila. Tuvimos pleitos verbales con otro grupo de la escuela, y quisieron pasar a algo más pero nunca se hizo nada, pero estábamos dispuestos a pelearnos por defendernos entre nosotros. En una fiesta había una alberca y ya estaba oscuro, un amigo echó una silla a la alberca, pero sin que nadie lo viera. Después otro amigo diferente aventó otra, pero hacia arriba y al caer hizo demasiado ruido, por lo cual el dueño se dio cuenta y fue demasiado enojado a hacerla de pleito. En cuanto vimos la actitud de dicha persona nos interpusimos para que no le hiciera algo a nuestro amigo, pero no pasó a mayores. En una ocasión sí nos peleamos con otras personas que estaban armando pleito, no estábamos todos, pero con los que estábamos nos peleamos porque mi mismo amigo de la silla lo hicieron enojar. Hemos vivido demasiadas cosas juntos e incluso no hace mucho se unió*

otra persona más que ha demostrados al igual que todos los demás, que no es necesario tener lazos para considerarnos hermanos. Pura hermandad ♡"

Respuesta: ¿El relato que escribiste tiene alguna relación con la agresividad o la violencia? SI (Opción elegida) No

En caso de haber respondido afirmativamente explique ¿De qué manera?

"Porque llegamos, mis amigos y yo, a tener problemas con otras personas"

Testimonio I. (Mujer): "*De una chica callada y tímida de todo a una chica decidida"*

"Bueno recuerdo que cuando tenía 12 años mis padres solían pelear mucho y me afectaba mucho. Pero Un día por la noche mis padres empezaron a gritarse, pero esta vez amdos (sic) se agarraron a golpes y mi hermano y yo que estábamos en su cuarto solo oíamos el romper de algunas cosas, pero de repente mi mamá empezó a gritarle a mi hermano que le ayudara y mi papá le decía que no fuera ante aquella confusión mi hermano comenzó a llorar sin saber qué decisión tomar. Y no sé qué pasó solo recuerdo que por mí corrió una sensación de odio y rencor hacia mis padres por hacerle eso a mi hermano menor así que salí de su cuarto y me paré frente a ellos gritando que dejaran de comportarse como niños pequeños, pero al ver la sangre y las cosas el valor huyó de mí y la razón me dijo que me fuera pero me quedé les dije que no era justo que nos afectaran con sus peleas sin sentido y que nos atormentaran con aquellas cosas y les dije que no me callaría, que siempre me lo callaba y que ya pararan porque solo nos afectarían a mi hermano y a mí y las piernas me temblaban y quería correr pero al oír a mis papás decir que ambos se calmarían me sentí aliviada y pude irme. Y hoy en día esa experiencia me ayudó mucho ya que logré cambiar de una chica callada y tímida a una chica decidida y valiente y feliz sin miedos, pero no solo mi actitud cambió sino también mi forma de vestir y de pensar y ahora de toda esa experiencia solo recuerdo muy claramente la frase de una compañera que decía: "Si te callas tú también eres cómplice"

Respuesta: ¿El relato que escribiste tiene alguna relación con la agresividad o la violencia? SI (Opción elegida) No

En caso de haber respondido afirmativamente explique ¿De qué manera?

"Mi papá golpeó a mi mamá"

Testimonio J. (Hombre): *"(No pude hacer nada) mi pierna se rompió"*

> *"Cuando tenía 10 años yo tenía dos amigas y un amigo, casi siempre íbamos a la unidad deportiva, esa que está por la col. […] allí dentro había un juego llamado el mundo. Aquel juego era muy divertido, solo tenías que darle vueltas a la "manivela" como tipo timón para que girara todo el mecanismo. Estábamos jugando y era divertido, pero se nos ocurrió levantarnos de los asientos al momento que se girara. Yo me descontrolé hasta que mi pie quedo atorado en el "timón", intenté hacer fuerza para que el juego se parara. Entre mis gritos de dolor, mis amigos no supieron que hacer (yo no pude hacer nada), mi pierna se rompió, me llevaron a mi casa y luego mis papás me llevaron al hospital y por consiguiente a ponerme yeso al cabo de unos meses con el yeso al fin me lo quitaron, pero ¡Algo estaba mal! No podía caminar como antes, con el paso del tiempo intento disimular esa disfunción con mi pierna derecha, aunque creo que todos ya lo descubrieron ya que ando pisando a la gente y mis pasos son algo torpes. Pero no dejaré que esto me desanime yo intentaré hacer todo lo que pueda y aun si eso significa correr mal pero feliz."*

Respuesta: ¿El relato que escribiste tiene alguna relación con la agresividad o la violencia? SI (Opción elegida) No

En caso de haber respondido afirmativamente explique ¿De qué manera?

"En cierto modo puesto que habla de una fractura. Pero fue un descuido"

Capítulo IV: Análisis de testimonios y discusión

El análisis de texto es siempre algo muy rico, pero arriesgado.
Paulo Freire

En este apartado se presenta el abordaje de los testimonios que han sido relacionados por sus autores con la agresividad o la violencia. En su análisis, cada texto ha sugerido múltiples vertientes y líneas de trabajo que apuntan a los más variados tópicos; sin embargo, se ha renunciado a la pretensión de agotar todas las líneas -lo cual es imposible- para dirigir nuestra atención a algunos ejes y expresiones de la agresividad presentes en distintos testimonios, permitiendo así delimitar algunas coordenadas que la vinculan al acontecimiento con el espasmo que produce la violencia. Elementos como la posición subjetiva que los sujetos se atribuyen en el acontecimiento, la trama que dicho posicionamiento va figurando junto con los significantes anudados en el relato, así como los efectos que estos va imprimiendo a la experiencia, son algunos de los elementos que han permitido delimitar desplazamientos de sentidos que de otro modo podrían bifurcarse de manera infinita.

Tal como lo sugiere el ALD se ha tratado de hacer una lectura lo más apegada posible a la literalidad de lo expresado por los jóvenes, confiando en que sus propias palabras proveerán los hallazgos requeridos sobre el papel que juegan los sujetos en aquello que les violenta, así como la relación que esto guarda con su respectiva "*cuota de agresividad*" (Freud, 1927/2006, p.108). Cabe señalar que, con el análisis de estos diez testimonios, se ha descartado el abordaje de algunos otros, donde se relatan peleas, golpes, robos en la vía pública e, incluso, agresiones en las aulas educativas, que parecen innegables expresiones de violencia bajo ciertas perspectivas psicológicas y de sentido común; sin embargo, tales experiencias se han dejado de lado dado que sus autores justifican su ocurrencia, o simplemente no establecen la existencia de dicha relación.

Con el fin de facilitar la lectura, resulta preciso indicar al lector que, a lo largo de este capítulo, se integran frases y extractos literalmente reproducidos de los testimonios escritos por los participantes, mismos que son presentados *“entre comillas y en letra cursiva”* tratando de conservar ciertos deslices de escritura, llamados también *lapsus calami*, que ha sido pertinente analizar. Por otro lado, se escriben en *cursiva* sin comillas*,* las reflexiones, cortes y puntualizaciones que aluden a tales fragmentos textuales desde el análisis, sus homofonías o variaciones de sentido que produce la disposición de los significantes en el entramado textual. Finalmente, las categorías de análisis que aparecen en el título de cada apartado condensan algunas tramas que se representan en varios de los textos. A través de ellos, se materializan ejes que atraviesan distintos testimonios en su estrecha vinculación con significantes que se reiteran y analizan intentando aislar en lo posible ese mínimo transmisible alguna vez sugerido por Jacques Lacan.[3]

Asimismo, cabe señalar que este ejercicio de escritura ha ofrecido a los jóvenes un espacio abierto para describir experiencias de todo tipo: logros, hazañas, heridas, peleas, defensas, rupturas, reivindicaciones o incluso resquebrajamientos de las historias que han construido a cerca de sí. El estremecimiento que suponen algunas de estas historias ha dado lugar a un componente violento sin el cual algunos de sus virajes serían prácticamente inconcebibles. Ello no quiere decir, por supuesto, que cada evento haya sido marcado por la irrupción de alguna forma de *violencia* propiamente dicha que sea preciso denunciar; por el contrario, permite reconocer también algunas expresiones de la agresividad que han resultado pertinentes volviendo entonces necesario demarcar ciertas diferencias en el *caso por caso.*

[3] “Yo no he dicho matematizar todo, sino comenzar a aislar en él un mínimo matematizable” (Lacan, 1975. p. 25).

IV.I.- Las *familias* y su relación con las primeras experiencias violentas

La familia es la primera en mordisquearte el alma
Guillermo Fadanelli

En una lógica precipitada y llena de lugares comunes, se podría pensar que las condiciones de violencia que atraviesan países como México, constituyen la principal fuente de experiencias capaces de marcar la vida de los jóvenes. Ha resultado un primer hallazgo descubrir que no ha sido en el ámbito público, sino en las propias familias donde han tenido lugar la mayoría de las agresiones y experiencias violentas que han sacudido la subjetividad de quienes compartieron aquí su testimonio. El significante *familia* tiene varias connotaciones según la estructura y experiencia desde la cual se articule, pero su relevancia en la configuración subjetiva resulta una constante. De manera genérica, la familia constituye el primer grupo social, que guarda simbólicamente la encomienda de procurar condiciones básicas para la sobrevivencia y el desarrollo de sus integrantes. Complejo conformado por miembros que, desde su posición particular, se convierten en los principales referentes para los sujetos durante la infancia: protagonistas y antagonistas que detentan una particular relación con la ley en la regulación sus pasiones. Particularmente, en lo concerniente a su sexualidad y agresividad como componentes capaces de suscitar identificaciones, reivindicaciones y sublevaciones; además de rivalidades, agresiones y rupturas inherentes al escenario de las relaciones humanas.

"Pues todo inició desde que nací y las dos familias" se expresa en el ***testimonio A*** ante la pregunta directa por la relación existente entre el acontecimiento relatado y la agresividad o la violencia. En su respuesta, se muestra una bifurcación en *"dos familias"* que desde el inicio reciben el nacimiento del sujeto. Una división instalada en el núcleo de la familia, dada la alteridad existente entre los integrantes que la componen. Se diferencian y, a un mismo tiempo, convergen con el nacimiento de un sujeto que aparece como causal de *"todo".* Significante de amplitud ilimitada que, en su dimensión imaginaria, sobredetermina la relación de "*dos familias"* que se vinculan ante el

nacimiento de un sujeto, que se coloca justo en medio de dicha *di-visión.* Dos unidades diferenciadas que, a pesar de converger ante el nacimiento de un infante, siguen guardando diferencias y problemas que terminan por tener su expresión.

¿Puede la experiencia del nacimiento ser percibida como un evento violento? Cuestionamiento que no resulta ajeno a lo que aquí concierne, ya que ha encontrado su expresión en algunos sujetos que alegan haber sido traídos al mundo sin su aprobación.[4] Acontecimiento primordial en la vida del sujeto sobre el cual sólo se tiene conocimiento a través del relato que otros pueden hacer. Una experiencia que sacude, que estremece, que corta la unidad míticamente satisfactoria con la madre como precedente de la frustración, el malestar y la angustia que un neonato puede experimentar al momento de nacer. Acontecimiento que aquí se integra bajo la narrativa de *"dos familias"* que "*se odian y no se pueden ni ver*":

> "*Mi vida ha cambiado mucho, son muchos problemas, las dos familias se odian y no se pueden ver ni nada cuando voy con una de las dos familias, me insultan y me dicen que soy igual a la otra familia en las dos familias es igual"*

El sujeto experimenta la división a través de los conflictos de las "*dos familias*". Más allá de los cambios que este sujeto ha podido presentar, *"son muchos los problemas"* que no se resuelven ni se disuelven; por el contrario, enfatizan su diferenciación con insultos en los que constantemente se compara al sujeto con *"la otra*

[4] El presunto agravio que se experimenta por el solo hecho de nacer sin su consentimiento, se manifiesta en los reclamos que algunos jóvenes suelen proferir hacia sus padres: *¡Yo no les pedí nacer! ¡Para qué me trajeron al mundo*! Cuestionamiento que ha encontrado eco en movimientos antinatalistas como el enarbolado por Raphael Samuel, joven hindú de 27 años que decidió demandar legalmente a sus padres por haberlo hecho nacer "Si nos traen al mundo sin nuestro consentimiento deberían mantenernos por el resto de nuestras vidas. Deberían pagarnos por vivir". Una cuestión que han llegado a comparar con la esclavitud (BBC, 2019).

familia". Ser *igual a la otra* se presenta como un insulto, toma un dejo negativo o, incluso, maligno que enfatiza los conflictos y el odio localizados en el sujeto mismo. "*L'enfer, c'est les autres"* [El infierno son los otros] (p. 21) escribía Jean Paul Sartre (1981) haciendo referencia a lo terrible que puede resultar la presencia de otros. Otros que, en su diferencia o su similitud, son fuente del malestar que aquí padece un sujeto al ser *"igual a la otra familia"* quedando atrapado en un sentido odioso de la otredad.

La otra familia hace las veces del semejante que es igual, pero distinto a la vez, en una y en otra se proyecta la hostilidad hacia *el doble* que Lacan (1938/1987) describió como intrusivo y estructurante a la vez dado que no puede conformarse un sujeto sin su identificación con otro, como así tampoco puede haber identificación sin la inminente agresividad que despierta dicha relación.[5] La tensión agresiva existente entre *dos familias iguales,* se muestra evidente ya que *"se odian y no se pueden ver ni nada"* encerrando al sujeto en una encrucijada que la lleva a expresar: *"Odio mi vida!"*

> *"Cuando era niña, recuerdo que mi abuelita trataba de envenenarme y me decía. Que yo no era hija de mi padre, todos me maltatabas (sic). Sufría como bullying en las dos familias. Mi padre me gritaba siempre son gritos, regaños. Nunca he sentido el amor de familia"*

La experiencia de sufrir *"como bullying en las dos familias"* ha configurado malos tratos provenientes de ambas instancias que parecían no incluirla dentro de su linaje, al grado de negar, incluso, su legitimidad como hija de un padre que no afirma su paternidad de otra manera que no sea con *gritos y regaños*. Forma de vinculación que

---

[5] El complejo de intrusión es localizado por Lacan (1938/1987) en el complejo familiar, cuyos efectos pueden observarse claramente en los hijos a la llegada de un hermano, aquí revelan su presencia en algunas familias que se muestran afectadas en su unidad imaginaria al verse vinculadas con *otras*.

encuentra su repetición en nuevas relaciones. Cuestión que se muestra en el desliz de la escritura que enuncia la expresión "*todos me maltatabas (sic)".* Sentencia que convoca a la persona del psicólogo que le ha solicitado la escritura del testimonio, adjudicándole maltrato y delatando una tendencia a experimentarlo en nuevas relaciones transfiriendo así las huellas de la tensión agresiva que tienden a actualizarse e insistir en reafirmar *"nunca he sentido nunca el amor de familia*". Enunciado expresado desde la dimensión imaginaria y totalizante del "*nunca",* posicionándose a sí misma como objeto que ameritaba haber recibido dicho amor.

Significantes como "*siempre", "nunca" o "todos"* aparecen constantemente en el texto, reiterándose en el imaginario como condiciones sin excepción y sin espacio para el acontecer de lo distinto. Situación que pareciera absorber cualquiera de los intentos por salir de los problemas y sus determinaciones: *"suelo pararme y tratar de decir las cosas de buena manera pero aun así siguen saliendo problemas más graves".* Una aparente realidad capaz de soportar cualquier intento por diferenciarse aun cuando el sujeto ha llegado a señalar "*Mi vida ha cambiado mucho, son muchos problemas".* Cambios que se inscriben en la experiencia como agravantes de sus muchos problemas, reinsertando al sujeto en un conflicto en que pareciera que *"siempre son gritos y regaños"*.

"Una vez mi mamá y yo nos peleamos a golpes y en mí sé que no está bien". En medio de tal tensión agresiva, el sujeto ha llegado a intercambiar agresiones con su madre, dando cuenta de su activa participación en la interagresividad que aquí se representa bajo la forma de dos unidades claramente identificables, pero integradas a la propia actividad anímica. Haciendo de la madre un personaje para expresar tal tensión dado que, de acuerdo con *su abuelita*, la habría engendrado con alguien distinto de su padre. Agresiones que toman lugar bajo la inmediata condena de señalar: "*en mí sé que no está bien",* juicio moral que intenta proscribir dichas agresiones ejercidas por sujeto que se coloca primordialmente como objeto de vejaciones, dado que su posición como agresora parece "*no estar bien".*

Un mensaje que retorna de manera inversa, sugiriendo que la expresión de la agresividad tal vez *podría estar bien* en otros, pero *“en mí sé que no”.* Un reconocimiento de la tendencia a la agresión que detenta del sujeto, pero que solamente ha podido presentarse bajo la forma de la negación. Una inmediata condena a su ejercicio[6] que, sin embargo, se expresa y manifiesta mostrando que las expresiones de la agresividad no son unilaterales ni exclusivas de los otros. En algunos casos como éste, el sujeto participa como agente activo de esta interagresividad que se alimenta de *dos familias,* cuyo conflicto es llevado al *sí mismo* en forma de autoagresión.

> *“Muchas veces he tratado de quitarme la vida pero soy muy cobarde para ello. Me he cortado y he tomado cosas venenosas. La vida no tiene sentido alguno si siempre me encuentro encerrada. Odio mi vida”*

El papel que ostenta el sujeto por participar de forma activa en el conflicto de estas *dos familias,* le ha sumido en una vorágine de reproches y autoagresiones, cuyo origen interior o exterior no aparece claramente discernible. Este sujeto no ha llegado a *cortarse* del todo ni *quitarse la vida,* de hecho, la ha conservado a tal grado que ha podido dar su testimonio y solicitar ayuda. Y aunque se describe a sí misma como *demasiado cobarde* para conseguirlo, finalmente sigue con vida para relatar su historia y seguir denunciando carencia que atribuye a su papá.

> *“Mi padre siempre regala mis cosas [...] no tengo dinero para asesoría, no tengo internet ni nada en mi casa porqué mi papá quiere que iniciemos desde abajo y*

---

[6] Sigmund Freud (1925/2005) describe la negación como un mecanismo en que el sujeto acepta la existencia de algo bajo la condición de ser negado; por lo tanto, la negación seria “un modo de tomar noticia de lo reprimido; en verdad, es ya una cancelación de la represión, aunque no, claro está, una aceptación de lo reprimido” (p. 257)

ahora me afecta bastante, mi padre se deja guiar por lo que dice su mamá tienen preferencia por mi hermano"

Un sujeto vivo, empero carente y aparentemente impotente para cambiar su condición de *encierro* bajo el yugo de condiciones históricas incluso más amplias, relaciones que hablan a través de un padre que pretende que sus hijos *inicien desde abajo*. Frase reiterada por un padre que "*se deja guiar por lo que dice su mamá".* Una limitante importante para salir de un lugar en el que pareciera imposible *"encontrar ayuda".* Ausencia de alternativas que le deja *bastante afectada* por el *sinsentido* y el *odio* que las condiciones familiares le han llevado a experimentar como realidad.

El significante *familia*[7] concebido imaginariamente como un todo unificado, muestra su impostura significante en las distintas experiencias analizadas, al dar cuenta de sus rupturas e inminentes conflictos establecidos por padres, madres, hermanos y otros familiares del exterior sin evitar que algunos de estos órdenes se reproduzcan al interior de la misma. Una cuestión de la que alcanza a dar cuenta el ***testimonio B*** donde un joven relata la manera en que los miembros de una familia se vieron consternados por la muerte de su *"único hermano varón".* Poco se menciona sobre la causa de su muerte, ya que la experiencia se centra en *lo violento* que resultó verlo tirado en el baño, agregando que "*después de lo sucedido hubo peleas con golpes*". Resulta relevante señalar que denominar como *"lo sucedido"* a la muerte de su hermano, muestra de lo complicado que dicha muerte le resulta incluso de nombrar.

"Aquí están involucrados mi familia (sic), es la muerte de mi hermano tengo escasos recuerdos pero joder lo extraño como no tienes una idea recuerdo que

[7] La década pasada surgió en la entidad una organización delictiva dedicada denominada *La familia michoacana.* Grupo que alegaba proteger los valores de la familia y se "encargaba" de quienes atentaban contra dicha instancia; teniendo que recurrir a "encargarse" de quienes se antepusieran a dicho ideal (Najar, 2010).

antes como hermanos teníamos peleas, risas, apoyo, amor, él era mi único hermano varón"

La pluralidad a la que se hace presente en el equívoco *"aquí están involucrados mi familia"*, da cuenta de la variedad y alteridad de miembros que no alcanzan a ser contenidos en dicho significante. Miembros sobre los que se apunta que *"después de lo sucedido hubo peleas con golpes"*; sin embargo, a lo largo del relato se describen expresiones de la agresividad que previamente habían tenido lugar: *"joder lo extraño como no tienes idea recuerdo que antes como hermanos teníamos peleas, risas, apoyo, amor, él era mi único hermano varón". Joder-lo* es algo que el sujeto extraña*, joder-lo* en esas "*peleas de hermanos"* que lejos de ser asociadas a expresiones condenables de violencia, son inmediatamente vinculadas a las *risas, el apoyo y el amor* como oscilaciones propias de aquella relación con su *"único hermano varón"*. Alguien que, bajo dicha condición unívoca, era capaz de reunir varias expresiones del afecto, incluyendo algunas relacionadas con la agresividad que también aquí se recuerdan.

Las diferencias que revelan las *peleas como hermanos* respecto de las *peleas con la madre* relatadas en el **testimonio A** resultan evidentes. Aún con ello, ambas experiencias dan cuenta de la ambivalencia que toma lugar en la relación con algunos objetos ideales. Mixturas del afecto que experimentan los sujetos al relacionarse con otros desde su alteridad incluyendo miembros de su propia familia. A diferencia de estas *pelas como hermanos*, mismas que forman parte de la rivalidad fraterna, las agresiones ejercidas de padres a hijos muestran tener efectos más graves. El impacto que pueda dejar una agresión, por lo tanto, no depende únicamente de la fuerza de la agresión por sí misma, sino también del lugar que ocupan los implicados en el complejo estructural y las relaciones asimétricas de poder que allí se ponen en juego.

En otro fragmento del mismo ***testimonio B,*** se pone de manifiesto cómo esta rivalidad característica de las relaciones entre hermanos coexiste en la identificación:

“Él mejor hermano del mundo recuerdo hacerle travesuras perlo lo mejor nunca se enojaba siempre me abrazaba y me decía te quiero él siempre fue un niño muy feliz nunca se molestaba era bastante tranquilo antes él era mi superhéroe mi ejemplo a seguir mis papás si me decían que él estaba malo y yo le decía a mi hermano cuando sea grande te voy a abrir la cabeza y te curaré”

La relación con el hermano ha pasado a un plano distinto con su muerte, se puede reconocer en su descripción una dimensión ideal capaz de sobrepasar el entendimiento humano. Expresiones como “*Él mejor hermano del mundo” o “él era mi superhéroe mi ejemplo a seguir”,* vislumbran justamente uno de los efectos de idealización que el sujeto experimenta con el objeto perdido y la manera en que tal situación se representa, tal como lo señalaba Sigmund Freud (1915c/2006) “una ocasión privilegiada para que campee y salga a la luz la ambivalencia de los vínculos de amor” (p. 248). Y es que querer *abrirle la cabeza para curarlo* expresa justamente la ambivalencia encontrada en esta frase que, leída en su literalidad, parecería alejarse de un intento de cura, para acercarse más a la fantasía de fragmentación que los sujetos suelen proyectar en otros. Constante empuje de la tendencia agresiva que no repara en la filiación. Querer *abrirle la cabeza* a su hermano no parece alejado de quien amenaza con *romperle la cabeza* o *partirle la cara* a un adversario ¿Cuántos niños habrán querido abrirle la cabeza a alguno de sus hermanos y cuántos de ellos habrán logrado su cometido mientras *estaban peleando como hermanos*?

En este testimonio, sin embargo, las peleas y experiencias vividas con ese *“único hermano varón” ya fallecido,* han sido atravesadas y resignificadas retroactivamente por su *muerte.* No se presentan ya cargadas de un *kakon* o componente perjudicial regularmente atribuido a las agresiones. El relato no da demasiada importancia a estas “*peleas”* que aparecen más como eventos fortuitos que como expresiones vinculadas a una violencia que aquí es reconocida hasta “*después de lo sucedido”* sin brindan mayores detalles, ya que la muerte del hermano por se ha supeditado a otras formas de violencia que después tomaron lugar. Su muerte fue un acontecimiento que cimbró

a su familia y al sujeto con tanta o mayor fuerza que el maltrato físico denunciado en este y otros testimonios.

El *“Maltrato sobre la mujer*" en descrito en el ***testimonio C***, por ejemplo, es una de las experiencias que hacen testigos a algunos hijos de esta desconcertante combinación entre agresiones y sangre. Expresiones que sobrepasan el umbral de las discusiones consideradas como algo *común*, para despertar en el testigo la necesidad de actuar:

> *“Mis papás estaban discutiendo es muy común que ellos discutan pero esa noche a mi papá estaba diciéndole a mi mamá que ojalá se muriera ella y mi mamá en ese momento se enojó con él y él le dijo ojalá que tú te mueras primero, en ese momento mi papá muy enojado empujó a mi mamá contra la pared y cuando mi mamá estaba en el suelo mi papá le dio dos patadas, en ese momento yo era muy pequeño y no pude defender a mi mamá pero cuando vi sangrando a mi mamá si le dije que si estaba loco, yo y mis hermanos llamamos a nuestra abuelita, para que llevara a mi mamá al seguro. Mi papá estaba muy arrepentido, pero ya lo había hecho”*

Por la forma en que se describe cómo *“es algo común que ellos discutan”*, frase muy similar a la encontrada en el ***testimonio I*** donde se relata que *“cuando tenía 12 años mis papás peleaban mucho y eso me afectaba mucho”.* Se puede observar que las peleas y discusiones se presentan como una expresión recurrente de la agresividad entre padres, condición que Lacan (1957-58/2009) habría descrito como ese “desequilibrio en la relación parental que indiscutiblemente existe” (p. 511).

Lo que aquí ha transgredido el plano de lo común, fue la agresión que el padre propinó a la madre luego de que ésta revirara la ofensa que él primero había proferido. *“Ojalá que tú te mueras primero”,* se presenta como deseo de muerte expresado en ambas direcciones, pero en cuya escritura sólo *él* aparece como portavoz: “*mi mamá en ese momento se enojó con él y él le dijo ojalá que tú te mueras primero”.* En este

desliz de la escritura que rompe la secuencia del relato, ella no aparece como enunciante de aquel enunciado reforzando la idea de que lo que allí se relata es *"el maltrato sobre la mujer".*

La agresión en la que el padre "*empujó a mi mamá contra la pared y cuando mi mamá estaba en el suelo mi papá le dio dos patadas*", eclipsa la ofensiva que han podido suponer aquellas palabras enunciadas por la madre al esgrimir *"ojalá que tú te mueras primero"*, sugiriendo así, un orden que la dejaría *viva* ante la muerte de aquel. Si bien, una ofensa verbal no parecería producir el mismo grado de consternación con respecto a las agresiones físicas que se describen en este testimonio, este fragmento muestra que la expresión de la agresividad no siempre es unilateral ni es exclusiva de un género, sino que suele presentarse de formas distintas. Algo que también puede leerse en el ***testimonio I*** donde se narra *"mi papá golpeó a mi mamá".* Sentencia que indica una sola dirección que va del padre a la madre aun cuando en la descripción del acontecimiento se dice que *"amdos (sic) se agarraron a golpes"*. Este desliz de la escritura indica fueron *dos* y no solamente uno, quien participó activamente en el ejercicio de los golpes ¿Por qué, siendo ambos los que se golpearon, aparece luego en la descripción como si hubiera sido algo unilateral?

A pesar de que se suele adjudicar la ejecución de agresiones a los hombres, las experiencias aquí descritas apuntan a ambos géneros como agentes activos de las mismas. Es evidente en esta experiencia la sentencia *"ojalá que tú te mueras primero", o* un fuerte golpe asestado por una madre a un padre, no provoca una sensación tan estremecedora como el *empujón contra la pared* y las *dos patadas* que aquí dominan el ***testimonio C***; empero, es conveniente señalar que, independientemente de la fuerza con que se ejerza o el estremecimiento que sean capaces de provocar, ambas constituyen agresiones. Las palabras mismas, ya sea desde la verdad o la mentira que expresan, son elementos capaces de sacudir violentamente la subjetividad. Tal hallazgo es demarcado claramente en el ***testimonio F,*** donde lo relacionado con la violencia es que *"mi padre agredía a mi madre"*, mientras el núcleo del relato se centra en la mentira y el descubrimiento de la verdad como un acontecimiento estremecedor.

En dicho testimonio, el *"padre"* aparece como agente de la agresión, un perpetrador inicialmente condenable cuyo papel se va matizando a consecuencia de una historia que le va quitando la exclusividad de ese papel: *"mi madre siempre me mintió acerca de mi padre".* La condición de *madre agredida* se va matizando con el descubrimiento de una madre que *"siempre mintió"* acerca de su padre, provocando que la vida del sujeto continúe *"siendo una mentira".* Descubrimiento que vendría a señalar al menos tres costados de la misma verdad: por un lado, una verdad que remueve a la madre de una posición pasiva como objeto de agresiones; por el otro, quita al padre del lugar de exclusivo de agresor; para finalmente, descubrir a la madre como mujer sexuada capaz de *"estar con aquel sicario"*. Una madre que no aparece más como víctima pasiva y asexuada, sino como evidente alteridad con respecto de dicha imagen.

El descubrimiento de una verdad distinta a la originalmente concebida por un sujeto puede ser para éste un acontecimiento estremecedor al llegar incluso a cuestionar el sujeto la propia realidad de su existencia. Aquí se trataría de una Madre que *siempre mintió* en su relación con un padre igualmente capaz de dejar *"cicatrices que no sanan".* Es de este modo que se puede volver a la pregunta ¿Pueden entonces las palabras trazar una marca equiparable a la que dejan las agresiones físicas? Los testimonios muestran que efectivamente lo hacen, aunque también revelan que las agresiones físicas entre progenitores atestiguadas por lo hijos llegan a conmocionar de tal manera a los últimos, que estos pueden identificarse con el agredido, o incluso con el agresor, en una escena cuyos efectos estarán propensos a repetir en relaciones posteriores. Aunque tal como se muestra en esta experiencia, los infantes pueden también intervenir en formas particularmente inéditas e incluso ajenas a la razón.

En el ***testimonio C,*** las agresiones ejercidas por el padre causando el derramamiento de sangre le sugirieron al testigo actuar, decir algo al agresor y ofenderle diciendo *"que si estaba loco",* ofensiva articulada en las posibilidades de alguien que, para ese momento, se veía a sí mismo como *"muy pequeño",* pero ofensiva

al fin. Posicionamiento[8] que ha requerido dar el paso de la posibilidad de agredir, a efectivamente hacerlo, bajo las posibilidades de un niño. Referencia a la edad que vuelve a aparecer hacia el final del texto describiendo cierta fijación en "*ser un niño de 9 años y no poder hacer nada"*.

Decirle al padre *"que si estaba loco",* se constituye como un acto que resultó auxiliar para que el padre dejara de golpearla y llamar a la abuela, sin embargo, no parece suficiente para el sujeto, que se sigue describiendo desde el imaginario o incluso desde lo real, "*no haber podido hacer nada*", dejando así una huella capaz fijar en cierta forma su temporalidad: *"hoy en día mi mamá sigue teniendo la marca de ese accidente pero eso quedo en mi memoria por la impotencia de no haber podido hacer nada y fue algo muy traumante (sic) para mí al ser un niño de 9 años y no poder hacer nada"*. Esta imposibilidad o incapacidad para *hacer algo* frente a la agresión que se atestigua, es uno de los elementos ligados a la violencia como experiencia traumática, misma que tiene resonancias en otros testimonios a analizar.

El ***testimonio D*** nos muestra justamente cómo presenciar una agresión, amenaza o intimidación sin fundamento alguno por parte de una autoridad, configura cierta sensación de impotencia cuando *una manada del ejército* irrumpe en la casa de la familia sin autorización legal. Experiencia que el sujeto vincula con la violencia, dado que *"golpearon y amagaron a toda mi familia esa noche", familia* que es tomada como un todo, soslayando con ello la parcialidad de las agresiones e intimidaciones que fueron ejercidas únicamente sobre algunos miembros:

[8] El posicionamiento es entendido como un aspecto subjetivo que "define un sistema de pertenencias sociales de los sujetos, en tanto implica la identificación con posturas definidas" (Vannucci y Garro, 2014, p. 128)

“Ellos tumban la puerta de mi casa entra una manada empieza a hurgar todo lo que ven, encuentran el césped de mi casa empiezan a arrancarlo para escarbar, tumban, quiebran muchas cosas, el miedo empieza a atemorizarnos, hasta que por fin llegan arriba empiezan a entrar a los cuartos, mi papá gritando ¡Qué pasa Jefe no les haga nada son mis hijos mi esposa, de qué se me acusa! mi hermano llorando junto con mi hermano mayor de 8 años, entonces sacan a mi mamá del cuarto la arrinconan a la pared con mis hermanos 2 soldados custodiándolos apuntándoles y gritándoles a mis hermanos ¡Cállense dejen de llorar! Bajan en ese momento a mi papá del pelo, lo bajan arrastrando hasta llegar a la cochera, encierran a mis hermanos en un cuarto a mi mamá la empiezan a interrogar”

La entrada de los soldados *tumbando la puerta de la casa* donde se resguarda la familia, se presenta como una agresión a *toda la familia* desde el mismo momento en que *“tumban la puerta” y “quiebran muchas cosas*” violentando el descanso de quienes allí se encontraban. El rompimiento de *cosas* que produjo esta irrupción del ejército supone ya una experiencia de violencia para *la familia* aun cuando no fue ejercida sobre el cuerpo de cada uno de sus integrantes. La violencia tuvo lugar al transgredir los límites simbólicos y materiales de su casa sin una justificación legal ya que violentaron la totalidad imaginaria de la familia. No importa entonces a cuáles miembros “*golpearon y amagaron” “esa noche”* ya que *toda su familia* en su conjunto habría sido violentada. Un efecto que suele producirse en quienes atribuyen el ataque a un determinado líder o símbolo elevado a la condición de ideal.

La irrupción de *soldados* que *tiran la puerta* y comienza a hurgar *“todo lo que ven”,* produce la angustia suficiente para temer que sean los propios miembros de la familia pudieran ser vistos y hurgados por aquella *“manada”*. Significante más próximo a nombrar las especies animales, aparentemente irracionales, regularmente asignadas un escalón por debajo en la jerarquía de derechos según el antropocentrismo actual (Llored, 2018). La *“manada”* aparece como un ente irracional tan emparentad con cierta una noción de animalidad en la que nadie se distingue, incluso se indica cómo “*encuentran el césped de mi casa empiezan a arrancarlo” y* nada parecía detenerlos,

dejando al sujeto con cierta desventaja, impotencia o indefensión. *“Salgo de mi cuarto completamente asustada pensando que toda mi familia ya había sido asesinada, pero encuentro a mi mamá recargada en la pared interrogándola el soldado”.* El temor se aminora ante el encuentro con la madre viva siendo interrogada por la figura no masiva, sino singular, de *“el soldado”.*

Una madre siendo interrogada, hijos siendo atemorizados, la búsqueda de algo escondido bajo el césped y otros elementos del discurso, van dando lugar a la expresión de aquel padre “*¡Qué pasa Jefe (sic) no les haga nada. ¡Son mis hijos mi esposa, de que se me acusa!”* ¿Habría algo por lo que el padre debía ser acusado? No se encuentra una confirmación o negación explícita al respecto; sin embargo, el padre se inculpa y se atribuye una acusación que nadie más enuncia. Como acto seguido, *“lo bajan arrastrando hasta llegar a la cochera” [...] “tenía golpes internos, una de las tácticas de ellos fue que los moretones quedaran internos para que no se notara gracias a DIOS se curó, los derechos humanos no hicieron nada jamás procedió”.*

“Desde esa noche Jamás (sic) ni mi vida ni mi familia volvió a ser igual, dejó una gran marca que jamás olvidaré”. La familia concebida en su conjunto fue particularmente afectada por lo ocurrido al padre. Un padre que ha sido bajado, arrestado y sobajado en su condición de padre, provocando un daño que, más allá de los *golpes internos*, ha devenido una experiencia difícil de olvidar.

Es preciso reconocer que no toda experiencia violenta conlleva agresiones físicas como elemento acontecimental. El ***testimonio F*** da cuenta del efecto estructurante y desestructurante que las palabras, las mentiras o las omisiones también pueden provocar:

> *“A diferencia de otros, esta no será una simple anécdota ya que esta historia representa para mí un gran cambio en mi vida, el momento en que me di cuenta de que la vida no era un cuento de hadas y que tarde o temprano todos debemos madurar y crecer. Aunque haya cicatrices que no sanen”*

Darse cuenta de que la vida *"no era un cuento de hadas*", fue un acontecimiento tan estremecedor que le dejó *"cicatrices que no sanan".* Marcas que parecen seguir conteniendo el daño o el desgarro que serían llamadas a sanar sin lograrlo del todo para dar paso a ese "*gran cambio"* que el sujeto trata de asimilar como una forma de *"madurar y crecer".* Algo que este sujeto supone como un *"deber"* al considerar que *debía dejar ese* "*cuento de hadas"* en el que parecería vivir:

> *"Mi madre, ella era la mujer más adorableybonita (sic) para mí. Aunque mi padre por otro lado, lo detestaba siempre llegaba tarde a casa y golpeaba a mi madre. Pensé, que tenía motivos al principio pero al crecer me di cuenta de que no era así, él golpeaba sin aviso, y motivo o no, esa no era la forma de solucionar las cosas. Mi madre lloraba y se lamentaba mucho, ella me decía que mi padre no la quería, que tenía otra mujer y se gastaba todo su dinero con ella. Desde allí fui agarrando un rencor intenso a mi padre por hacer tales cosas, cómo se atrevía después de que ella era tan buena persona*"

La imagen de la madre más *"adorableybonita (sic) para mi"* unida desde su propia escritura, aparece contrapuesta a la idea de un padre detestable y golpeador. Una madre adorable, poseedora de atributos de belleza y exclusividad para el hijo, en contraste con un padre que en la totalidad imaginaria del *"siempre"* aparece como alguien que *"golpeaba sin aviso".* La expresión "*motivo o no*", apunta a la posible existencia de una razón que pudiera justificar, aun bajo el conocimiento de que eso no era la manera de *"solucionar las cosas".* La narrativa de la madre, que *lloraba, se lamentaba mucho y era tan buena persona*, se fue sumando a aquellas agresiones, generando un *intenso rencor* al padre, cuya representación se fue agudizando hasta hacernos recordar esa mítica imagen del padre terrible, poderoso, atemorizante y castrante descrito por Freud (1913a/2006) en su conjetura sobre el padre de la horda primitiva.

Ese rencor intenso "*agarrado"* en contra del padre, le fue colocado en la totalidad imaginaria de omnipotencia, opacando la posibilidad de que la madre pudiera jugar un papel activo en la relación con el padre. Sin embargo, de la madre surgían también algunas expresiones que violentarían la figura del padre bajo formas no tan evidentes, aunque aquí reconocibles. Por un lado, esta madre *"lloraba y se lamentaba mucho",*[9] aunque por el otro, mentía al hijo contándole sobre una presunta infidelidad de un padre que *"tenía otra mujer y se gastaba todo su dinero con ella"*. Mentira que resultó ser verdad en su sentido inverso al ser la propia madre quien habría establecido un romance con otro hombre bajo el argumento de que *"todos ocupamos y merecemos ser felices".* Una forma de agredir a la figura del padre ya que "entonces *fue cuando me presentó a un hombre que parecía un vago sin beneficio, aunque después de conocerlo podría decir que de algún modo era buena persona"*.

Las mentiras dichas al hijo sobre el padre, su denigración y engaño fueron capaces de violentar su constitución, y con ello, la posibilidad misma para ejercer su función.[10] Atentados a la figura representativa del padre que terminaría polarizando la concepción sobre el padre y sobre la madre misma. Las figuras de la madre buena y el padre malo se fueron transfigurando de tal modo que, al final, *todo parecía una mentira*. Al momento de descubrir que la madre y aquel *otro hombre* se veían desde hacía más de diez años, mientras el padre *"no hacía nada malo",* con la dimensión imaginaria del significante *"nada"* que el propio enunciado sugiere, derrocó la imagen de esa madre "*adorableybonita (sic) para mí",* de forma tal que, no se ha requerido de ninguna agresión física para cimbrar la estructura subjetiva de quien descubre otra verdad:

---

[9] La frase puede también ser leída en un segundo sentido como se *la mentaba*, expresión mexicana que conlleva una ofensa dirigida a la progenitora de un sujeto poniendo en duda su reputación.

[10] Expresión de la agresividad vinculada con el deseo de apoderamiento e investimento libidinal del objeto que es propio de la pulsión y es encontrada regularmente en algunos padres divorciados que establecen una dinámica en la que difaman o simplemente enfatizan los comportamientos "negativos" del otro progenitor con el fin de ganar el amor y la preferencia de los hijos.

“Conclusión mi padre no hacía nada malo, llegaba tarde porque trabajaba tiempo extra para pagar deudas y mi madre…siempre me mintió, ella siempre me mintió acerca de mi padre todo por estar con aquel sicario, ella se fue pero mi vida sigue siendo una mentira”

La partida de esa madre que *siempre mintió acerca del padre* e hizo *todo por estar con aquel sicario* que *“de algún modo era buena persona”,* no funcionó como desengaño: por el contrario, siguió manteniendo las dimensiones ideales que ahora simplemente fueron colocadas en el otro progenitor: “*mi padre no hacía nada malo”;* “*trabajaba tiempo extra para pagar deudas”; “mi madre… siempre me mintió”; “todo por estar con aquel sicario”.* Significantes como “*siempre”, “nada” o “todo”* continúan revelando una dimensión eminentemente imaginaria que la función paterna suele mediar. Una cuestión que se complica cuando la alteridad del padre es excluida de la ecuación edípica, ya sea por efecto de la ausencia del padre o por la descalificación impuesta por la propia madre.

Es preciso destacar que, en la estructura familiar, la vinculación entre padres y su relación con los hijos es primordialmente vertical al momento de procurar o encargarse directamente de su educación durante la infancia. En dicha organización familiar, los menores pueden experimentarse como subordinados y atemorizados testigos que *no pueden hacer nada* cuando sus padres *pelean.* De modo que *las discusiones, peleas, ofensas, engaños y* otras expresiones violentas, se perciben como vaticinio de inminentes rupturas y necesidades, en las que algunas veces, tal como lo ejemplifica el **testimonio H**, resultan ser los propios hijos quienes se ven en la necesidad de intervenir, alterando las estructuras de poder en la búsqueda de reestablecer cierto orden.

“Un día por la noche mis padres empezaron a gritarse pero esta vez amdos (sic) se agarraron a golpes y mi hermano y yo que estábamos en su cuarto solo (sic) oíamos el romper de algunas cosas pero de repente mi mamá empezó a gritarle

a mi hermano que le ayudara y mi papá le decía que no fuera ante aquella confusión mi hermano comenzó a llorar sin saber qué decisión tomar"

De un modo similar al presentado en el **testimonio D**, *"romper de algunas cosas"* va alertando, atemorizando o *confundiendo* a los hijos al ir acompañadas con escenas violentas y gritos entre los padres. En este caso, la madre que pide ayuda al hijo pequeño, mientras el papá le sugiere lo contrario, ha provocado confusiones y sensaciones que en otros son más fáciles de experimentar, incluso *sin saber*:

"Y no sé qué pasó solo recuerdo que por mí corrió una sensación de odio y rencor hacia mis padres por hacerle eso a mi hermano menor así que salí de su cuarto y me paré frente a ellos gritando que dejaran de comportarse como niños pequeños"

Ese *saber comportarse* comúnmente atribuido a las figuras de autoridad, no es una cualidad atribuida a los padres en este relato ya que cada del saber altera por completo las estructuras familiares que se establecen en la infancia. Una condición que aquí es subvertida por la hija que, ante el conflicto, toma la determinación de *hacerles frente a sus padres:* pararse frente a ellos y gritarles que "*dejaran de comportarse como niños pequeños".* La confusión en el no saber de los propios padres y sus peleas, sugirieron su infantilización expresada como ofensa y cambio de sentido atribuible a los miembros de la estructura familiar. Un reposicionamiento del propio sujeto que enuncia algo con la suficiente violencia para sacudir a sus padres al *decir* algo que tiene efectos en la historia desafiando incluso a *la razón* dictada por una lógica tradicional:

"pero al ver la sangre y las cosas el valor huyó de mí y la razón me dijo que me fuera pero me quedé les dije que no era justo que nos afectaran con sus peleas sin sentido y que nos atormentaran con aquellas cosas y les dije que no me callaría que siempre me lo callaba y que ya pararan porque solo (sic) nos afectarían a mi hermano y a mí y las piernas me temblaban y quería correr pero al oír a mis papás decir que ambos se calmarían me sentí aliviada y pude irme"

La expresión de la tensión agresiva por parte de este sujeto en la enunciación de su sentir a través de las palabras pudo sobreponerse a la *huida del valor* que, como pérdida, resultó necesaria para *hacer frente* a los padres y detener las agresiones entre sus padres. *Una valor* vinculado a *la razón* que le sugería irse, pero ante el cual logró plantarse y posicionarse al atestiguar y experimentar aquella agresión en el *sí mismo*: "*cuando vi sangrando a mí ..."; por hacerle eso a mí…;* transitivismo particularmente presente en las agresiones que se dan al interior de *la familia,* donde un niño atestigua cómo la madre está siendo golpeada, el hermano está siendo afectado, el padre siendo arrastrado o el otro está siendo engañado, provocando que el yo se perciba como protagonista implicado en dichas escenas, dada esa mixtura que conlleva el yo y su configuración especular.

IV.II.-La relación *yo-otro* en la experiencia subjetiva de la agresividad

El sujeto es un conflicto
Luciano Lutereau

"Odio mi vida! Pero mi otro yo me dice que luche por como quiero que sea mi vida y que no me rinda". Como se ha venido mostrando desde el apartado anterior, el ***testimonio A*** nos revela cómo el monto de agresividad que los sujetos tienden a proyectar y realizar en otros guarda su precedente en la división yo-otro que constituye la subjetividad. Elemento aquí presente en el sujeto que encarna esta diferencia entre al menos dos: un *yo* y *"otro yo",* que introduce una sensación de ajenidad. Es así que la agresividad, percibida en sus efectos como causa o destino vinculado a un objeto exterior, establece en el psiquismo escindido sus primeras *luchas*. Mientras una de las partes expresa este *odio hacia su vida*, la otra puede sugerir *no rendirse* en su particular modo de *querer y desear.*

En esta necesidad de "*luchar"* aquí invocada, el sujeto supone una expresión ligada al ejercicio de su agresividad, requiere de un empuje y un posicionamiento que se contraponga a circunstancias caracterizadas por el *odio*. Alteridad fundamental, pero constantemente sofocada en su posibilidad y su valor ante determinaciones especulares, que no parecen dar lugar a algo distinto: *"Las familias se odian y no se pueden ver ni nada. Cuando voy con una familia me insultan y me dicen que soy igual a la otra familia en las dos familias es igual. Cuando era niña recuerdo que mi abuelita trataba de envenenarme –que yo no era hija de mi padre". Al no poderse ni ver ni nada en el espejo de la otra familia,* el sujeto no termina por identificarse, diferenciarse, como tampoco apropiarse de una subjetividad singular que le permita *salir* de ese conflicto que supone su presunta igualdad.

"Muchas veces he tratado de quitarme la vida pero soy muy cobarde para ello. Me he cortado y he tomado cosas venenosas, la vida no tiene sentido si todo el tiempo me encuentro encerrada". Al igual que "luchar", tratar de *quitarse la vida o cortarse* implica la posibilidad de marcar esa diferencia que le permita *salir* del encierro que ha configurado el entrecruzamiento de decires, agresiones y diferencias entre *"dos familias"*. Condiciones que le constituyen e impelen a actuar como si no fuera posible hacer otra cosa que lo dictado desde ambas trincheras. El sujeto experimenta y escenifica *lo violento* que resulta permanecer en dicha encrucijada, además de *agarrarse a golpes con su madre,* el imperativo sancionador hace su aparición en forma de reproches. El sujeto tiende a autoagredirse, cortarse y tratar de acabar con su vida de una forma que, a pesar de figurar una genuina y radical salida de su condición, retoma la vía del envenenamiento, alguna vez demarcada por *su abuelita*. Estremecedor y vano intento del sujeto por identificarse con alguien, aun cuando ello le implique "un autoquebramiento, un auto desgarramiento, una automordedura frente a lo que es al mismo tiempo él y otro" (Lacan, 1960-61/2007, p. 391).

Las autoagresiones y el odio que muestra el sujeto hacia *"su vida"* en esas condiciones particulares, se presentan también como un intento por terminar con dicha condición, mostrando rastros de un deseo que se expresa claramente hacia el final de

su testimonio, al señalar: *“sé que no estoy bien y ahora quiero salir adelante” Mi vida ha cambiado no lo dudo pero son problemas muy graves”.* Lo que el sujeto quiere se produce ante los *graves problemas* que parecen imposibilitarlo. Paradójica vinculación por la que emerge justamente el deseo entre los resquicios de *dos familias* en conflicto. Dos elementos alternos que se vinculan en un yo igualmente dividido, mostrando en su materialidad el conflicto que es capaz de provocar una escisión que no termina por integrarse del todo.

En otra forma de expresar el conflicto, que es inherente al yo y es además constitutivo de la agresividad humana, el ***testimonio E*** nos brinda otros indicios sobre la manera en que tal división puede ser llevada al cuerpo del sujeto. Cuerpo textual, donde la autolesión materializa un corte, sentido que parece necesario ante la estrecha vinculación con una madre cuya ausencia ha venido a dejarle *“casi siempre solo”.*

> *“Suena mi celular a manera de llamada, es mi madre, contesto pregunta mi estado emocional y académico además del físico y al yo preguntarle su día a día solo me cuenta del riesgo constante al que se somete debido a su trabajo, que el día en que ya no podré ni oír su voz se acerca, primero se va para “protegerme” de los riesgos que conlleva su trabajo y ahora solo le queda decirme que no podré ni volver la (sic) a ver”*

“A manera de llamada”, la madre pregunta sobre el *estado emocional, académico y físico* del hijo, sin que ello parezca relevante o carezca de respuesta para algo que el sujeto ya prevé y teme escuchar: *el día en que no podrá ni escuchar su voz.* Temor que surge ante una madre que no hace más que hablar de riesgo, sin rastro de un deseo que le permita su posibilidad de *volver.* Posibilidad escrita en forma negativa que no ha sido dicho por ella, pero que *solo le queda por decir.* Si se entiende la negación como una manera en la que “un contenido de representación o de pensamiento reprimido puede irrumpir en la conciencia a condición de que se deje negar” (Freud, 1925/2006 p. 257), aquí nos encontramos con una doble negación que

muestra una contrariedad con respecto a un deseo que ni la madre ni el hijo terminan por resolver, provocando así su caída:

> *"Cuelgo y caigo en llanto sobre mi cama. ~~pues~~ (sic) sin manera de gritar o salir corriendo sin nada que hacer para desahogarme voy a la cocina tomo el cuchillo más afilado y marco mi piel con el nombre de una canción que me recuerda a la historia que tengo con ella ("Heroine" –de la banda From First to last)"*

Una vez que la madre cuelga el teléfono sin decir lo que el sujeto espera escuchar, este se dirige a la cocina para tomar un cuchillo, marcar su piel con el significante *"Heroine"* en un intento por *des-ahogarse* escenificando lo desgarrador que puede resultar la pérdida de un objeto de amor que no se va del todo, pero tampoco expresa su deseo de "*volver". Marca sobre la piel* que rememora de manera eminentemente dolorosa *la relación que tiene con ella*: "*heroíne".* En primera instancia, parece *"ella"* la heroína poseedora de esa dimensión ideal y casi omnipotente atribuida comúnmente a héroes y a los objetos de amor perdidos en el proceso de duelo. Pérdida a la que la canción referida hace mención solicitando el reconocimiento de la madre:

Mother, is it hard to recognize me now?
Mother, why can't you recognize me now?
I've sent my letters "Everything's fine" but I lied
Little boy little man
I've lost my name
Heroine oh heroine
Where have you been when I've needed you?
(Blom, Moor, Good, Travis y Richter, 2006)[11]

[11] Madre ¿Es difícil reconocerme ahora?/ Madre ¿Porque no puedes reconocerme ahora?/He enviado cartas diciendo que "todo está bien" pero mentí /pequeño chico, pequeño hombre/ He perdido mi nombre/ Heroína oh heroína/Donde has estado cuando te he necesitado. [Traducción propia]

Madre que materializa la representación de *algo que se ha ido* irremediablemente y el sujeto se ve en la necesidad de "*desahogar".* La madre a la que se le dirige la demanda, pero no hace presencia para reconocer al "pequeño hombre" sugerido por la canción. Dice irse para "protegerle*"* en algo que el propio autor entrecomilla poniéndola en cuestión, ya que no lo hace ni afirma que lo hará, sólo pregunta *"a manera de llamada"* y recibe respuestas de ese mismo orden. La madre no devuelve la mirada ni reconoce el deseo del hijo que queda así colgado *entre el pequeño niño y el pequeño hombre* se suscita la "*autoagresión".*

Cuando el sujeto toma el *"el cuchillo más afilado"* para marcar sobre su piel con una palabra que materializa la ausencia y presencia de su madre a la vez ¿Quién presenta el atributo del heroísmo en esta historia? Si la palabra *"Heroine"* recuerda "*la relación que tengo con ella"* y esta madre *no ha estado cuando más se le necesita,* resulta entonces ser el propio sujeto el que, por momentos, parece guardar dicha cualidad*.* Un *heroico*[12] sujeto que dice estar *casi siempre solo y sin comer ante* la ausencia de una madre que lo deja *colgado sin gritar ni correr*. Se *autolesiona,* se corta, se escribe e inflige a sí mismo un dolor del que no es un receptor exclusivamente pasivo; sino que se muestra, como lo señalaría Lacan: (1938/1987) "triunfador al ser activo en su reproducción" (p. 51).

[12] En su Seminario titulado *El sinthome, Jacques Lacan* (1974-1975/2006) hace referencia Stephen Hero, protagonista del libro de James Joyce *Retrato del artista adolescente.* Significante cuya sonoridad francesa es relacionada con la herejía, pero también con el anudamiento de los registros RSI con que Lacan señala que a la actividad de la escritura hace el papel de padre o nudo que introduce y mantiene a su autor vinculado al registro simbólico de la cultura.

Fort-Da, denominaba Freud (1920/2006) este intento de los niños por tramitar la ausencia de la madre, invirtiendo su posición pasiva con respecto de ésta, al ser ellos mismos quienes dominan, abandonan o destruye los juguetes. La *"autoagresión"* no se presenta por tanto únicamente como una herida que el sujeto se dirige a *sí mismo* es también un corte que el sujeto superpone de manera activa a la ausencia de una madre que *no cesa de no volver.* Un intento por *desahogarse* de esta madre cuya ausencia le ahoga, le deja *casi siempre solo* y no le mira ni le reconoce en ese cuerpo que transita de niño a hombre donde "*ella"* también está presente: "*marco mi piel con el nombre de una canción que me recuerda a la historia que tengo con ella*".

La letra de la canción nos sitúa frente a la demanda que un niño dirige a su madre y que se ha venido perdiendo junto con su nombre como efecto de que ésta no le reconoce en su *falta de alimentación*, *su soledad* y *exceso de sueño*; como tampoco en su *heroicidad, su fuerza, su agresividad*. La falta de palabra y de reconocimiento frustra y produce una consecuente tensión agresiva que el sujeto desahoga en *sí mismo*. Los cortes en la piel expresan un grito violento y desgarrador ante su ausencia. La enunciación y afirmación desesperada de una vida *sin ella* le representa un debate entre el niño que necesita de su madre y el hombre que se tiene que hacer cargo de sí mismo. Un corte tan necesario y doloroso como el que se inflige aquí en el cuerpo, al no vislumbrar otra manera de tramitar el desahogo este "*pequeño hombre"*.

A diferencia de ello, el ***testimonio G*** revela esta posibilidad de encontrar formas de *desahogo* distintas a la agresión. Localizado en el contexto escolar, se presenta una experiencia en la que *"antes solía ser agresivo por detonantes, como son ciertos insultos y acciones, pero ahora me desahogo con la música".* El *antes* y el *ahora* señalan una línea temporal que divide dos formas distintas de expresar la agresividad transitando así de los *"detonantes"* al *"desahogo"*. Antes, caracterizado por *insultos y acciones* capaces de detonar como efecto de lo hecho por los otros; mientras que ahora, dicha energía se desahoga mediante algo que es producido por el propio sujeto

apoyado en un instrumento: la música.[13] No aparece determinado si los *insultos* y las acciones que anteriormente detonaban la agresividad provenían del sujeto o de los otros. Aunque ya se ha dicho que tal determinación no es clara en el sujeto, lo que se puede observar es la apropiación de una condición de *ahogo* que, tomando a *otros* o a un *instrumento* como medio, buscaría su distensión y eventual satisfacción.

> *"yo solía ser un niño de primaria, pero no cualquier niño, yo solía ser el típico niño buliado (sic). Solía ser el tipo que se juntaba con el "especial (enfermo)" y pues a él le decían cosas, y pues ami (sic) igual, pero no nos importaba, éramos felices como cualquier niño dijo (sic) yo, lo importante es que un día murió"*

Aun cuando la condición de *"típico niño buliado (sic)"* parecería en primera instancia un inconveniente; destaca en este testimonio que el sujeto no se considerara *"cualquier niño",* sino como poseedor de una cualidad que le vinculaba como *"especial (enfermo)".* Identificándose y repeliéndose continuamente con ese otro especial dado que *"a él le decían cosas y pues ami (sic) igual".* Mediante ese *igual*, llegaron a ser "*Felices como cualquier niño dijo yo (sic)"* pero *"lo importante es que un día murió".* Frase final que resignifica retroactivamente lo *especiales* y lo *felices* que ambos pudieron haber sido durante el tiempo compartido antes de que aquel "*igual"* muriera. Acontecimiento tan estremecedor como relevante para el cambio, que supondría la partida de alguien que condensaba el ser *"especial"* y *"enfermo"* a la vez, en una vinculación que muestra lo paradójicos y oscilantes que resultan los afectos

[13] Una forma de sublimación que Freud (1932b/2006) describía como la "modificación de la meta y cambio de vía del objeto en la que interviene nuestra valoración social" (p. 89). Así, el *desahogo* obtenido con la música vendría a parcializar y cambiar la satisfacción anteriormente encontrada en la agresión.

experimentados en relaciones idealizadas, donde el sujeto se con-funde e identifica con *su igual* a riesgo de desaparecer.

Resulta pertinente traer a cuentas algo que Jacques Lacan (1960-61/2007) señaló con respecto a la relación que el sujeto establece con su igual:

> Es preciso, o bien tolerar al otro como una imagen insoportable que lo enajena de sí mismo, o bien quebrarla inmediatamente, derribarla, anular esa posición de ahí enfrente con el fin de conservar lo que en este momento centro y pulsión del ser, evocado por la imagen del otro, ya especular o encarnada. El vínculo de la imagen con la agresividad es aquí completamente articulable. (p. 391)

Una relación tan contradictoria como la propia descripción del niño *"especial (enfermo)"* con el que se juntaba, señalando que eran felices, pero *"lo importante es que un día murió".* Luego de la muerte de aquel niño *"especial (enfermo*)", murió en el propio sujeto algo con lo que se identificó, cambiando significativamente una situación que, de otro modo, amenazaba con seguir *igual:*

> *"Yo estuve solo como hasta 4to o 5to, que conseguí amigos, 3ro y 4to ~~un p~~ hasta un profe me buliaba (sic), diciendo cosas como princesa y "no le hablen por …., cosas como esa, lo extraño es que no puedo recordar los años que estuve solo, antes podía, ahora no. Pero me acuerdo que no fue bomito (sic)"*

El acontecimiento que significó la muerte de su amigo *"especial (enfermo)",* vino sucedida por algunos otros hechos que señala *"no recordar",* como si la sola ausencia o presencia de aquel otro con el que se identificaba delimitara los alcances de la memoria. Únicamente rememora las palabras de *"el profe"* llamándole "*princesa"*[14] *o no*

[14] La *feminización* del otro es descrita por algunos investigadores como una forma de violencia simbólica (Castro-Ibáñez, 2014)

le hablen por…"[15] tratando así de limitar sus vínculos con otros atribuyéndole una condición que, al parecer, otros deberían evitar. Y aunque, conceptualmente, la noción de *bullying* o acoso escolar solo se aplica sólo a formas de agresión que se dan entre iguales (Musalem y Castro, 2015). Aquí se apunta a un profesor que habría feminizado a uno de sus alumnos valiéndose de la jerarquía maestro-alumno que establecen los docentes en escuelas y generalmente está normada por un reglamento interno que no suele permitir tales expresiones. ¿Habría ocurrido esto varias veces o una sola vez? ¿Suelen algunos profesores ofender a alumnos con este tipo de comentarios? ¿Suelen los alumnos ofender a los profesores?[16]

Eso no se encuentra determinado en este texto del mismo modo en que no aparece una réplica del sujeto ante tal comentario. Posibles consecuencias de las disimetrías planteadas por la propia estructura durante varios años en los que señala *"me acuerdo que no fue bomito (sic)". Lapsus calami* que aquí transgrede un pretendido

---

[15] ¿Puntos? Los puntos suspensivos sugieren una continuidad omitida, una o varias palabras a las que se ha dejado aquí un espacio para completar cierta secuencia indicada. Estos puntos particularmente encuentran contigüidad por homofonía con la palabra *puto*, significante que ha estado en controversia a debido a considerarse homofóbica y considera ofensiva su constante aparición en los partidos del deporte más popular en este país: el futbol.

[16] La cotidiana labor con jóvenes y profesores de educación media superior y superior da cuenta de su incidencia; desde los apodos y ofensas expresadas por alumnos y profesores hasta las ofensas y omisiones de pago que estos últimos sufren por parte de las autoridades escolares. Expresiones que literalmente transgreden el *pacto simbólico* estipulado por el reglamento que varias instituciones hacen firmar a alumnos, docentes y autoridades con el que pactarían ciertas formas de relación en las instituciones educativas. Formas de violencia que cimbran o imponen cierta forma de violencia susceptibles de ser consideradas violencias propiamente dichas al transgredir la materialidad de lo simbólico que conforma y atraviesa el cuerpo de los sujetos.

orden lógico ¿No fue *bonito* o no fue *vómito*? Contrariedad propia de términos lingüísticos, que llevan a pensar una experiencia confusa, utilizando calificativos aparentemente opuestos, que pueden tener lugar sin excluirse del todo: por momentos *no fue bonito*, por momentos *no fue vómito,* así se ha configurado una experiencia de la que poco dice recordar hasta después de su tránsito.

"Porfin!! Salir de ese infierno, y directo a la secundaria, yo llegué violento, no me podía voltear a ver porque ya la estaba haciendo de pedo". La llegada a la secundaria se representa como una verdadera *salida del infierno*, tránsito que le permitiría desplazarse de ser "*el típico niño buliado (sic)"*, objeto de las agresiones de otros, a ser un sujeto *"violento"* capaz de *hacerla de pedo,* posicionándose como agente activo e, incluso, detonador en el establecimiento de conflictos. Los detonantes podrían ser aparentemente los más mínimos gestos incluyendo el sólo hecho *de ser visto*. La escritura de este fragmento, en la ambigüedad de la expresión, da la pauta para pensar que dicha mirada no siempre provenía de otros: *"no me podía voltear a ver porque ya la estaba haciendo de pedo".* Ni siquiera el sujeto podía *voltear a verse* a sí mismo a través de los demás. La mirada del otro y su propia mirada se enganchaban en un imaginario capaz de *detonar* en *pedos*[17] o sonoros conflictos con los otros. Un simple rasgo, gesto o señal que indicara ser mirado por el otro de una forma ya prefigurada, bastaría para reconocer en el otro una provocación y un deseo destructivo.[18]

---

[17] La Real Academia Española (2020) define pedo como "ventosidad que se expele del vientre por el ano", además de referir a un "ebrio, bajo los efectos del alcohol o de otra droga". Según Jorge García-Robles (2012) en su *Diccionario de modismos mexicanos* la expresión *hacerla de pedo,* significa "crear problemas, provocar peleas" (p. 255).

[18] "*Je est un autre";* Yo es otro; ilustrativa frase escrita por el joven poeta Arthur Rimbaud (1871) en carta dirigida a su otrora maestro Geroge Izambard. Tiene aquí su lugar esta expresión coloquial de quien justifica el inicio de una pelea porque alguien "*me vio feo"* suscitando así el conflicto que*,* en el más alentador de los escenarios, se expresa en palabras que no llegan a la agresión física; mientras en otros, tal provocación con origen incierto toma tintes más vívidos y violentos.

Pero esta imagen agresiva y violenta que el sujeto puede tener de sí mismo no resulta inamovible ni se determina del todo por una experiencia como la descrita. El testimonio muestra cómo guarda la posibilidad de ser reconfigurada ante el encuentro con *otro* tipo capaz de abrir una brecha distinta.

> *"Pero lo conocí un tipo cualquiera, pero él me supo enseñar que ese no era el camino, me enseñó que era especial y que podía hacer grandes cosas, no me lo dijo, pero sus acciones lo hicieron; por él en parte comencé a tocar guitarra y sacar mi ira en ella"*

Se podría pensar que una persona capaz de cambiar la vida de un sujeto, sobre todo en la forma de desahogar su agresividad, sería poseedor de grandes atributos, pero aquí el cambio fue provocado por *"un tipo cualquiera"* que "*supo enseñar que ese no era el camino"*. Un tipo que supo enseñar o transmitir ese *"no",* que instauró límites a otras expresiones violentas de la agresividad, apuntando hacia la guitarra y a la música como una ruta donde se podría vislumbrar un sí. Bifurcación en la historia que no se dio en aislamiento sino en el encuentro con otro que hizo presencia siendo cual-*quiera,* es decir, presentando atributos del deseo en el querer "enseñar que *ese no era el camino".* Indicando también *en parte* que tocar la guitarra podría constituir una posibilidad para desahogar su ira. Fue solo *en parte*, es importante señalarlo para no caer en el imaginario al pensar que el otro determina *todo*, que el arte puede sublimarlo *todo*, que la música permitiría sacar *toda* la ira. Aquí lo ha sido *en parte*, medida necesaria, capaz de marcar un antes y un después en la economía de la agresividad, así como en sus continuas transacciones con el otro.

"*Me enseñó que era especial y que podía hacer grandes cosas*". El otro introdujo entonces algo más, un nuevo sentido a la noción de ser especial. El sujeto transitó de ser el *"especial (enfermo)"* al especial *"que podía hacer grandes cosas".* La proyección a futuro como trazo distintivo de la función paterna (Lutereau, 2019) fue aquí introducida por un "*tipo cualquiera"* que, con su deseo de enseñarle que "*ese no era el camino",* también le indicó otro que alcanzó a tocar la dimensión de su verdad. *"Yo antes quería*

ser soldado, matar solo por una orden sin sentido, ahora quería ser psicólogo, pero opté por computación mi verdadero sueño sería tocar ~~guitarra~~ (sic) en un grupo de Hevi o transss o power metal por el mundo, bajo eléctrico, armónica y hasta batería". Géneros musicales particularmente juzgados y denegados por un sector de la sociedad, que los relaciona con el ejercicio de la violencia, mostrando la profunda ignorancia sobre algo que este testimonio nos permite ver: algunos jóvenes son capaces de *desahogar* así su ira, sin ejercer agresiones sobre otros, constituyendo un valioso subrogado para expresar esa tensión agresiva inherente a las relaciones humanas y que casos como éste, ha podido sustituir al deseo de ser soldado y "*matar por una orden sin sentido*".

Respecto a esta tendencia de los sujetos por agredir a otros, el ***testimonio H*** muestra que dicha inclinación no siempre llega a tal extremo de agredir ni se limita a dirigirse a una persona en particular. La unidad capaz de materializar dicha alteridad puede ser representada por un grupo, un símbolo o un conjunto, que despierta la tensión agresiva y su oportunidad de descarga con el sólo hecho de ser *"otras"*. Un texto que da cuenta de la experiencia vivida en un grupo desde su relación con la alteridad al interior y al exterior de éste testimonio que, ante la pregunta por la relación que guarda la agresividad o la violencia, expresa *"Porque llegamos, mis amigos y yo, a tener problemas con otras personas".*

Llamar "*mis amigos"* a *"este grupo de personas"* señala aquí un plano de propiedad, que configura el límite entre unas personas como miembros del grupo y "*otras personas"* que no lo son. Una ajenidad que se contrapone a la propiedad, uso del posesivo que delimita una separación capaz de generar *"peleas".* Límites de propiedad capaces de despertar la agresividad debido a un imaginario que Konrad Lorenz (2005) ya ubicaba en el mundo animal, pero que en los seres humanos se extiende y anuda sus alcances al entrar en contacto con el lenguaje. Como se puede ver en este caso, algunos de estos problemas con *otras personas* se suscitan a partir de la coexistente diferenciación y vinculación de *"este grupo"* con la a la unidad imaginaria, que supondría respecto a *otros* que resultan necesarios para demarcar sus propios límites.

A lo largo del texto, *tener problemas* se presenta en tentativas de peleas y golpes "*tuvimos pleitos verbales con otro grupo de la escuela, y quisieron pasar a algo más pero nunca se hizo nada, pero estábamos dispuestos a pelearnos por defendernos entre nosotros".* Y aunque se relata que dichos *problemas* no pasaron a mayores ni se materializaron de otras formas que parecían inminente estos tuvieron lugar en el campo del lenguaje. Plano sobre el cual se coloca la posibilidad de *algo más* a lo que no se llegó, aun cuando se tenía dicha tentativa en ese particular grupo de amigos.

> *"Los conocí en la secundaria, desde primero ya éramos nuestro grupo de 5 incluyéndome. En ocasiones molestábamos a los demás compañeros e incluso en ocasiones molestábamos a los profesores. Cuando hacíamos algo relevante o malo, no nos delatábamos y en dado caso de que nos descubrieran nos echábamos la culpa entre todos"*

Molestar a compañeros o profesores aparece aquí como forma de expresión de la agresividad que tienen grupos como el aquí descrito. Grupo para el que *hacer algo malo* era equiparable a hacer algo *relevante* por la sola condición de ser grupo. De un modo similar a la forma en que el ***testimonio G*** *se* señalaba a un profesor denostando a un estudiante, "*este grupo de personas"* muestra cierta complacencia por molestar profesores, a otros grupos o realizar algo *"malo"* desde su pretendida unidad.

En este texto, se encuentra uno de los pocos testimonios donde el autor se reconoce como agente eminentemente activo de aquello que ha sido relacionado con la agresividad o la violencia. Resulta relevante dar seguimiento a la ganancia de placer encontrada en el imaginario de conformar una totalidad y sobreponerse a las situaciones bajo dicha condición. "*En dado caso de que nos descubrieran nos echábamos la culpa entre todos".* Además de *molestar a otros, echarse la culpa entre todos,* aparece entonces como una de las experiencias que reforzaban la unidad imaginaria y eminentemente narcisista de este grupo. Un grupo donde el posible peso de la culpa se compartía *entre todos,* rememorando ese júbilo obtenido por algunas

sociedades tribales que se liberarían del peso y la responsabilidad individual, al trasgredir conjuntamente las *leyes totémicas* (Freud, 1913a/2006).[19]

> *"Íbamos a fiestas juntos, en los recesos igual y en clases nos sentábamos en una sola fila […] Hemos vivido demasiadas cosas juntos e incluso no hace mucho se unió otra persona más que ha demostrados al igual que todos los demás, que no es necesario tener lazos No es necesario tener lazos de sangre para considerarnos hermanos. Pura hermandad ♡"*

Esta exaltación de la unidad invocada en diferentes partes del texto muestra que lo experimentado en *aquel grupo de amigos* ha pasado a la condición ideal e imaginaria que detenta el objeto ya perdido. *Hermandad pura* ligada a la experiencia del amor, cuyo imaginario es característico de los objetos que faltan; o bien, en aquellos que refuerzan sus ideales en actos y rituales, que convocan la unidad narcisista con el símbolo que representa al grupo, así como la consecuente segregación de la otredad.

La unidad, la igualdad y la sensación de *"vivir demasiadas cosas juntos"* que se revelan en este testimonio, dan cuenta también de la relevancia que adquieren los otros en la experiencia humana cuando comparten el ejercicio de la agresividad, así como los efectos imaginarios que produce esta pretendida unidad ideal. El júbilo de molestar a otros, pelear con otros y tener problemas con otros, sin la responsabilidad subjetiva que supondrían esos mismos actos ejercidos de modo individual. Sin embargo, es preciso señalar que, a lo largo de este texto, irrumpe y se muestra también la alteridad,

[19] Un ejemplo de este júbilo y ganancia del placer en el ejercicio de la ley sin experimentar la carga de la culpa se puede encontrar en los carnavales y festividades mexicanas. Periodos en que los diques personales marcadas por el género, la condición social o llanas prohibiciones marcadas por la propia ley parecen elevarse o permitir su transgresión sin que alguien tenga que hacerse cargo de la culpa por haberse transgredido esos límites.

la tensión agresiva manifiesta también en su interior: otredad que es evidente en la llegada de nuevos miembros, así como la ausencia de algunos, como situaciones que alterarían su totalidad y unidad imaginaria. "*Se unieron otros que ya estaban pero con los que casi no hablábamos*"; o bien, otro enunciado que, leído en su literalidad, brinda un sentido más alejado y equívoco del que intenta comunicar su autor: *"estábamos dispuestos todos a pelearnos por defendernos entre nosotros".*

Desde el momento de referir *"mis amigos y yo",* lo simbólico demarca una alteridad que divide la unidad ideal que, visto a la distancia, va dejando atrás dicha condición. Así mismo, la existencia de miembros *con los que casi no se hablaban* aunque *ya estaban* en el grupo, da otro indicio a la cuestión. No resulta por lo tanto extraño que los miembros *"estábamos dispuestos todos a pelearnos por defendernos entre nosotros"* ambigüedad que señala la manera en que los miembros podrían pelarse, tanto al interior como con el exterior, por defender dicha unidad. Tendencia agresiva que es justificada en su ejercicio bajo el argumento de mantener esa unidad imaginaria. *"En una ocasión sí nos pelemos con otras personas que estaban armando pleito, no estábamos todos, pero con los que estábamos nos peleamos porque mi mismo amigo de la silla lo hicieron enojar".* Cuando se señala textualmente *"no estábamos todos, pero con los que estábamos nos peleamos"* ¿No parece acaso que la causa del enojo es el hecho de que no estén todos y no otro motivo? En este grupo como en otras organizaciones, llámese yo o cualquier otro referente de unidad, se tiende a proyectar en los *otros* la tensión y el malestar, en su *pelea* por encubrir la división que es inmanente a una constitución ante la que *"pelea"* por sobreponerse o conservarse.

IV.III.- Impotencia, trauma o reposicionamiento subjetivo ante la violencia

Ese enorme y poderoso elefante que tienes delante de ti no escapa porque cree que no puede. Todavía tiene grabado en su memoria la impotencia que sintió después de nacer. Y lo peor de todo es que no ha vuelto a cuestionar ese recuerdo.

Jorge Bucay

La impotencia revelada en enunciados que subrayan cierta imposibilidad para confrontar a otro, o realizar algo al expresar "*no poder hacer nada*" o simplemente *"ser demasiado cobarde para ello"*, son algunas de las experiencias que aparecen reiteradamente en estos acontecimientos relacionados con la agresividad o la violencia. Y, aunque no todos los relatos con expresiones de este tipo desembocan en un recuerdo descrito como traumático, destaca la sensación de agravio, impotencia y despojo que se sigue reeditando en algunos sujetos como una carga difícil de llevar y de borrar.[20] Algo que se muestra particularmente en el ***testimonio A***:

> *"Sufría como bullying en las dos familias. Mi padre siempre regala mis cosas y me gritaba siempre son gritos y regaños. Nunca en mi vida he sentido lo que es amor de familia. Ahora que soy un poco más grande y que tengo un poco más de palabra. Suelo parame y decir las cosas de buena manera pero aun así siguen saliendo problemas más graves.*

[20] El desvalimiento guarda antecedentes en los seres humanos bajo su condición de neotenia: experiencia primordial que consiste en nacer sin lo necesario para sobrevivir y depender enteramente de otros que procuren su vida. Una relación de dependencia que se va coartando o matizando por una narrativa donde los cuidados y el desarrollo mismo le permiten ir abandonando tal condición, sin que ello elimine por completo la sensación de su retorno ante situaciones particulares como el duelo, el amor o algunas experiencias de violencia.

Un sujeto que bajo el dominio imaginario e ilimitado de significantes como "siempre" o "*nunca",* se percibe como objeto perpetuo de los *gritos* y *regaños* del padre. Carente por *no haber sentido* el *amor de familia*, se percibe continuamente agraviado e imposibilitado para salir de los problemas, a pesar de ciertos momentos en que ha llegado a *pararse* y *decir* las cosas *"de buena manera".* No haber sentido "nunca" el amor de familia, particularmente del padre, sobredetermina la vida del sujeto en forma tal, que el *surgimiento de problemas* se superpone a lo que sea capaz de decir al pararse y hacer uso de la palabra. Uno de los componentes que en otros relatos se destaca por brindar al sujeto la posibilidad de desviar el cauce de los acontecimientos, pero aquí sólo parece hacer los problemas *"más graves"*. ¿Cómo puede el uso de las palabras agravar los problemas?

Es preciso señalar que su decir guarda una característica particular, ya que se trata de decir las cosas *"de buena manera"* pero ¿*Buena manera* para quién? Sea *buena* para el Otro o *buena* para el sujeto mismo, este testimonio muestra que tomar la palabra constituye por sí mismo un intento por cambiar las cosas, pero en algunas ocasiones la "*buena manera",* aparentemente libre de esa malignidad, comúnmente atribuida a las *malas maneras,* no resulta suficiente cuando se pretende hacer virar el cauce de las cosas. De modo que *pararse y "decir las cosas de buena manera",* no ha tenido la fuerza suficiente para lograr lo esperado.[21] El sujeto reconoce ser ahora "un *poco más grande* y *tener un poco más de palabra*". Señala en eso *"poco"* la presencia de un monto aparentemente escaso para que *dejen de salir problemas más graves.*

El uso de la palabra puede ser causa de *problemas* en familias donde el uso pleno de la misma ha sido históricamente asignado o vedado para ciertos miembros. Uso que es capaz de generar conflictos cuando algunos comienzan a expresar ciertas

[21] Como lo llegaría a expresar Slavoj Žižek (2012) "la violencia es aquello que interrumpe el modo en que las cosas usualmente suceden. Pero hay una violencia que debe estar allí para que eso suceda"(s/p).

diferencias que le alejarían, desde la visión de algunos *padres*, de su pretendida *bondad.*[22] Tratar de decir las cosas sólo de "*buena manera"* sofocando ese monto de agresividad que implica posicionarse ante otros, puede devenir en la impotencia para lograrlo. Dejar la sensación de que, en lugar de ello, se producen *problemas más graves* debido a otras formas no simbolizadas en las que tiende a expresarse, o por el costado violento que tienen las palabras independientemente del monto de agresividad que se les imprima cuando se confronta cierta noción de orden.

> *"Una vez mi mamá y yo nos peleamos a golpes y en mí sé que no está bien. Muchas veces he tratado de quitarme la vida pero soy muy cobarde para ello. Me he cortado y he tomado cosas venenosas".*

No es que el sujeto sea impotente del todo y ante todos, las peleas a golpes *con la madre* dan cuenta de que la tensión agresiva puede devenir en pasajes al acto contra aquellos elementos de la familia menos favorecidos en distribución del poder. Agresiones que no están exentas de tener como referencia una noción de orden que ha sido transgredida al emitir un juicio contra el sí mismo al señalar "*en mí sé que no está bien",* expresión que puede ser igualmente leída como un señalamiento a *su mamá,* quien a su juicio *"no está bien"* como condición que las identifica y confronta al punto de *pelearse a golpes.* Agresiones que no fueron dirigidas al padre, con quien se alimentó una tensión agresiva pero no detonó en las agresiones intercambiadas con *su madre,* o incluso en formas auto punitivas tan extremas como el intento por *quitarse la vida.* Expresión escrita en voz reflexiva que da cuenta del sujeto y su división, figurando una parte que trata y otra que imposibilita el acto al considerarse *"demasiado cobarde"*. *Cobardía* que, por un lado, le niega la posibilidad de tomar activamente su vida como

---

[22] Como lo diría Lacan (1955-56/2009), tomar la palabra implica "justo lo contrario a decirle *sí, sí, sí* a la del vecino" (p. 690), hablar de esas diferencias que separa a un sujeto de otro aun cuando ello no siempre logra su propósito aludiendo a la "*buenas maneras".*

algo que le pertenece; por el otro, la mantiene con vida pagando el tributo de *cortarse y tomar cosas venenosas* repitiendo algo que alguna vez habría intentado *su abuela.*

> *"No tengo dinero para asesoría, No tengo internet ni nada en mi casa, Porque mi papá quiere que iniciemos desde abajo"* [...] *"Yo quisiera encontrar ayuda pero….. No puedo! (sic)"*

No tener la valentía, no tener el valor, *ni haber sentido nunca el amor de familia* atrapó al sujeto en un narcisismo deficitario que reitera su condición de carencia. Falta de dinero, la falta de internet y un padre que quiere *que comiencen desde abajo*, le han llevado a percibirse particularmente *impotente* ante a lo que ella misma pretende en su deseo de "*encontrar ayuda".*

Presentando algunas coordenadas similares en cuanto a las muestras de impotencia que se logra subvertir por momentos, en el ***testimonio C*** se configura una estructura asimétrica en la distribución de poder bajo la una experiencia de un niño que se considera "*muy pequeño"* como para defender a su madre cuando está siendo *empujada contra la pared y pateada por el padre:*

> *"En ese momento yo era muy pequeño y no pude defender a mi mamá pero cuando vi sangrando a mi mamá si le dije que si estaba loco, yo y mis hermanos llamamos a nuestra abuelita, para que llevara a mi mamá al seguro, mi papá estaba muy arrepentido pero ya lo había hecho".*

La capacidad de defender a alguien, incluso a sí mismo de los ataques del padre, es una posibilidad que aparece aquí ligada *al tamaño* que ostente el sujeto en un momento determinado. En un primer momento, el sujeto "era *muy pequeño"*, expresión escrita con el adverbio de cantidad *muy,* enfatizando esa cualidad con respecto a otra que le permitiría *defender a su madre*. La conjunción "*pero"* indica un contraste, una diferencia que le hizo moverse de dicha condición en el momento de ver sangrando a *su mamá.* Flujo sanguíneo que, desde su vinculación con una amenaza vital, le empujó

lo suficiente como para subvertir esa pretendida limitante de "*ser muy pequeño"* y comenzar entonces su defensa, diciéndole al padre *"que si estaba loco".* Una expresión que guarda cierta connotación ofensiva al describir a alguien que está *fuera de sí*, que *no está cuerdo* o simplemente parece *fuera de cierto orden* esperado. Una locura sugerida por las transgresiones percibidas en aquella escena de golpes y empujones a la madre que hicieron necesaria la intervención del hijo, de su palabra y de su abuela para restablecer *un orden* que el propio padre estaba violentando de manera inaudita.

"*Si le dije que si estaba loco, yo y mis hermanos llamamos a nuestra abuelita*" Para detener tal violencia, fue preciso hacer uso de la palabra con el costado violento que por momentos se revela. A diferencia del padre, el hijo si *tuvo abuela,*[23] elemento simbólico que se sumó a la defensa emprendida por *un pequeño hijo,* que tuvo que hacerse del tamaño necesario para *ofender* al padre, tratando de reintroducir una noción de orden en aquella estructura familiar desorganizada en sus atributos lógicos. El orden generalmente procurado por los padres ante las peleas de los hijos aquí tuvo que ser convocado por el hijo y por la abuela, reconociendo cierto grado de locura en el propio sujeto para tomar aquella determinación. "*Si le dije que si estaba loco"* ¿Quién estaba loco? Tal parece que en la experiencia o por la forma en que ocurrieron las cosas, algo de ese *estar loco* puede ser atribuido a los dos.

Luego de ese episodio de locura, el padre dijo estar *"muy arrepentido pero ya lo había hecho",* señalando un intento por reestablecer cierto orden que le ha valido reproches sin alcanzar a borrar la memoria de una herida que sigue allí:

---

[23] En México, tener o *no tener abuela* es una expresión similar a la de tener o no *tener madre* con que se hace referencia al hecho de que alguien respete o no ciertos ordenes de comportamiento esperados. Por lo tanto, alguien que *no tiene abuela* hace referencia a alguien que trasgredió los límites de conducta esperada. De acuerdo con *García-Robles* (2012), *no tener abuela* significar "actuar de manera desconsiderada o violenta" (P. 1)

"Hoy en día mi mamá sigue teniendo la marca de ese accidente pero eso quedo en mi memoria por la impotencia de no haber podido hacer nada y fue algo muy traumante (sic) para mí al ser un niño de 9 años y no poder hacer nada".

Algo se agrietó y no se reestableció del todo, el acontecimiento descrito ahora como *"accidente"* podría matizar la responsabilidad del padre en aquel acto de violencia, pero la marca que tiene la madre es similar a la huella traumática que ha *quedado* grabada para reeditar la sensación de *"ser un niño de 9 años y no poder hacer nada".* Con esta sobredeterminación de sentido, se da cuenta de uno de los efectos en la temporalidad que es capaz de provocar una experiencia como ésta en su huella traumática*,* "es el tiempo de la ausencia de preparación en el niño, de la carencia de disposición y de recursos para responder al llamado de la pasión del Otro" (Orozco, 2007, p. 9). El sujeto reitera en su texto esta condición de imposibilidad e indefensión al presenciar las agresiones del padre. Tal sobredeterminación del sentido traumático parece desestimar esa *ofensiva* con la que el sujeto pudo confrontar al padre, decirle *que si estaba loco*, llamar a la abuela, y terminar llevando a su madre al seguro, logrando así el cometido de *defenderla.* Monto de agresividad cuya expresión ha sido necesaria en esta defensa para llamar a un orden distinto al ejercido en ese momento por el padre, orden en el que resulta una locura golpear a la madre y empujarla contra la pared hasta hacerla sangrar.

La tendencia a la agresión es una capacidad inherente a todo sujeto y es posible que se detone al momento de poner en peligro algo que cree pertenecerle. Su ejercicio por parte del sujeto ha sido aquí absorbido y anulado por la crudeza de un recuerdo descrito como *"traumante",*[24] colocando de un sólo lado las oscilaciones propias de esa

[24] Describir esta experiencia como *"traumante"* por el participante da cuenta de la difusión que ciertos términos médicos y psicológicos en el uso cotidiano. Lo traumático fue un término originalmente utilizado por Freud (1926/2006) para describir "una situación de desvalimiento vivenciada" (p. 155). Una

interagresividad que se vive en las familias y suele encontrar su expresión en diversas direcciones. Una situación que da cuenta de lo imprecisas que son las elaboraciones de los recuerdos que "nunca son plenos, contienen fisuras y los fantasmas ocupan precisamente esos huecos" (Orozco, 2012 p. 43). Lo indeseable, lo azaroso y las posibilidades acontecimentales, suelen ser recubiertas bajo el sentido de *"ser un niño de 9 años y no poder hacer nada".*

La manera en que la temporalidad parece fijarse y reeditarse en el acontecimiento ligado a la violencia, puede también observarse en el ***testimonio D:***

> *"Se oye muchísimo ruido en mi calle, se levanta mi papá corriendo hacia la azotea, se da cuenda que es un convoy de ejército la calle tapada llena de ellos gritándole a él y apuntándole los soldados, ellos gritando ¡Se va a brincar! En ese momento ellos tumban la puerta de mi casa entra una manada empiezan a hurgar todo lo que ven, encuentran el césped de mi casa empiezan arrancarlo para escarbar, tumban, quiebran muchas cosas, el miedo empieza a atemorizarnos, hasta que por fin llegan a arriba empiezan a entrar a los cuartos, mi papá gritando ¡Qué pasa jefe no les haga nada son mis hijos mi esposa de que se me acusa!*

La experiencia se actualiza de tal modo que prácticamente todo el texto es escrito en tiempo presente, tal como si estuviera ocurriendo en el momento mismo del relato. Cada uno de los integrantes de la familia se describe como objeto de un acto inesperado ante el cual poco pudieron hacer, dedicándose simplemente a atestiguar lo que estaba ocurriendo con el padre y la familia ante la violenta irrupción de aquella *"manada"* de soldados. Experiencia particularmente marcada por el momento en que,

---

experiencia que desbordada el campo del lenguaje ante la magnitud que lo vivido ha tenido en la subjetividad.

estructuralmente, el padre se ha subordinado y brindado una explicación inquisitoria no solicitada "*¡Qué pasa jefe no les haga nada son mis hijos mi esposa de que se me acusa!"* De modo que este padre*,* sujeto generalmente colocado en el lugar superior de la estructura jerárquica se coloca, en su propio decir, a la orden de aquel *"Jefe"* del cual supone inmediatamente una acusación no enunciada por los soldados, sino por él mismo. El motivo de suponer una acusación sobre él toma varios elementos para suponerla, ya sea desde la manera en que irrumpieron en la casa, el grito de los soldados al verlo en la azotea exclamando *¡Se va a brincar!* o incluso por alguna expectativa previa que les ha hecho expresar *"por fin llegan a arriba"*, como si la llegada de estos portadores de las insignias de la ley fuera algo que ya estaban esperando; aunque no precisamente de este modo:

> *"Mi hermano pequeño de 3 años gritando y llorando junto con mi hermano mayor de 8 años, entonces sacan a mi mamá del cuarto la arrinconan a la pared con mis hermanos 2 soldados custodiándolos apuntándoles y gritándoles a mis hermanos ¡Cállense dejen de llorar! Bajan en ese momento a mi papá del pelo, lo bajan arrastrando hasta llegar a la cochera, encierran a mis hermanos en un cuarto a mi mamá la empiezan a interrogar".*

El padre *fue bajado* de la casa y de su lugar en la estructura, que aparte de haber sido disminuido físicamente, también lo fue en los atributos que le son comúnmente atribuidos en el complejo familiar. A ese padre "real y potente" (Lacan, 1958/1999, p. 201), aquí lo *"bajan arrastrando"* sin la exposición de ninguna orden legal como justificación discursiva que mediara tal *arrastre*. Acción arbitraria por parte de un ejército que, por no referir a lo simbólico, se condujo de forma similar a una manada animal.

Los gritos y el llanto por parte de los hermanos de 3 y 8 años se presentan como modos de expresión que no alcanzan a ser integradas en palabras. A pesar de oscilar en edades en las que ya pueden hablar, no hay registro de lo que gritaban como tampoco lo hay de algo dicho por la madre*.* En contraste con ellos, el padre *grita* un enunciado reconocible "*¡Qué pasa jefe no les haga nada son mis hijos mi esposa de*

que se me acusa!", mientras los soldados que custodiaban a los hermanos les gritaban *"¡Cállense dejen de llorar!"* Cada grito en ellos toma una forma significante y guarda un lugar particular en el relato de aquella noche, quedando su decir mejor posicionado con respecto de los otros que fueron silenciados o *encerrados en un cuarto*. De modo que, los gritos registrados en palabras reconocibles y audibles pertenecen a quienes aquí son colocados en el lugar superior de la estructura de poder; mientras que los gritos de quienes son colocados por debajo de la misma son reducidos a expresiones que no dejan registro en palabras. Situación que puede ser trasladado a otras instituciones organizadas en un modo similar respecto de la distribución del poder y del saber. Estructuras en la que el registro de lo dicho no depende de la estridencia del grito o del llanto al elevar la voz, sino que depende en buena medida del lugar desde el cual se emiten o en el cual se coloca para ser reconocible y simbolizable en términos del Otro.

Elevar la voz, hacer uso pleno de la palabra al escribir algo como lo ocurrido en este testimonio, ya constituye un intento por confrontar, violentar y denunciar el funcionamiento de una estructura, tratando de sobreponerse al desvalimiento, la impotencia o la indefensión que es capaz de producirse en un complejo social; sin embargo, es preciso que dichas expresiones queden registradas y simbólicamente reconocidas ante las instancias representadas por otros miembros para que dichas palabras tomen su lugar. Como sucedió en este relato, el decir de algunos niños y mujeres es *encerrado, interrogado* y simplemente desestimado;[25] en contraste con el sobrevalorado decir de padres y sujetos que ocupan ese lugar *de arriba* en el complejo social. Lugar aquí encarnado por los miembros del ejército en cada uno de los actos realizados sobre esta familia.

[25] Es común ver en las estructuras familiares tradicionales cómo el decir de los niños y de las mujeres parece sintetizados en *llantos, quejas o berrinches,* sin preguntar por las palabras significantes que acompañan esos mismos llantos, quejas y berrinches haciendo parecer que son *solo eso;* algo completamente improbable.

La exclusión de la palabra provocada en esta forma estructuración jerárquica se muestra claramente cuando *"toda la casa se queda callada por un momento":*

> *"Y heme aquí que ninguno de ellos entró a mi cuarto ni siquiera prendieron la luz, es allí donde salgo de mi cuarto completamente asustada pensando que toda mi familia había sido asesinada, pero encuentro a mi mamá recargada en la pared interrogándola el soldado. Él me encierra en el mismo cuarto que mis dos hermanos y nos pide que nos tranquilicemos, toda la casa se queda callada por un momento y solo recuerdo cuanto le pedí a Dios en ese momento, pasan los minutos y ellos deciden retirarse*".

Esta sensación de permanecer en la oscuridad de la nada, no es una situación que el sujeto haya tolerado por mucho tiempo. La expresión *"heme aquí"* da cuenta de su deseo por hacerse presente, tanto al momento de escribir su relato como en la secuencia de los hechos narrados en lo que se aventura a "*salir completamente asustada*". Sin que ese mismo *susto*, *temor* u otras sensaciones fueran suficientes como para mantenerla en aquel cuarto oscuro de manera indefinida.

Este relato al igual que otros, particularmente el ***testimonio E,*** muestran que permanecer en espera o vivir con la sensación de pasividad plasmada en el "*nada que hacer*"***,*** lleva a los sujetos tarde que temprano a moverse a pasar de esa *maldad intrínseca (*Fadanelli, 2018) que para ciertas nociones de orden puede sugerir el movimiento.[26] Y, así como en el **testimonio E**, el sujeto emprende el movimiento de dirigirse a la cocina y marcar su piel *"con el cuchillo más afilado",* aquí el sujeto sale de

[26] En su novela *Lodo,* Guillermo Fadanelli (2018) hace alusión a la maldad intrínseca que supone el movimiento para quienes esperan que el mundo permanezca igual y sin alteraciones. Una idea que encuentra eco en la bondad atribuida a los niños que *"no se mueven de allí donde los dejan", "son muy tranquilitos";* e incluso se trasladan al grito que se arroja sobre los delincuentes atrapados en flagrancia *"¡No se muevan!".*

su cuarto, ante el riesgo que supondría vivir un destino similar al imaginado para una familia que *“había sido asesinada”.* Sin importar las condiciones, el sujeto tiende a moverse, irrumpir, rebelarse y hacerse lo imprevisible como una parte importante de la subjetividad. Tendencia que parece perder su reconocimiento y su potencial acontecimental a ser contenida por una experiencia de violencia, como la que aquí se relata y actualiza en su escritura.

La tensión impuesta a este drama escrito mayormente en presente, se libera en contadas ocasiones donde se utiliza pretérito. *“heme aquí que ninguno de ellos entró a mi cuarto ni siquiera prendieron la luz”,* lo que pudiera ocurrirle a su familia y al sujeto mismo, parecería depender completamente de esos *soldados* que, con su manera de irrumpir en aquella casa, hicieron pensar en un destino mortífero *sin luz* alguna. Sin embargo no fue así, el significante DIOS toma lugar inscribiéndose incluso con mayúsculas y tomando predominancia en el texto. Con su alusión, el tiempo pretérito toma nuevamente lugar en aquel recuerdo que vuelve a sugerir cierto alivio al vincularse en la cadena con la retirada de los soldados *“solo recuerdo cuanto le pedí a DIOS en ese momento,”.* Sin cambiar de posición ante esos *otros*, representados por los soldados y por la figura de DIOS, el sujeto se muestra dependiente de la voluntad de estos que, con su presencia, parecen tener bajo su voluntad la suerte de aquella familia, hasta que *“deciden retirarse”.* La petición a Dios aparece como súplica, aquí asociada a la partida de los sujetos y la posibilidad de ir a *levantar* a un padre que *yace tirado y tapado con una sudadera:*

> *“Se van corremos a buscar a papá y está tirado en la cochera tapado con una sudadera, Gracias a DIOS él sigue vivo, se levanta y empieza a llamar a mis tíos, tías pastor de la iglesia, nos esperamos a que amanezca corremos a hacerle estudio a mi papá y con derechos humanos a poner denuncia, mi papá tenía golpes internos, una de las técnicas de ellos fue que los moretones no se veían porque quedaron internos gracias a DIOS se curó, los derechos humanos no hicieron nada jamás procedió”.*

El significante *"DIOS"* vuelve a ser atribuido con una voluntad gracias a la cual su padre sigue vivo, de modo que lo ocurrido pareció reordenarse a partir de este significante luego de que "*los derechos humanos no procedieron"* ni dieron trámite a este acontecimiento en los términos simbólicos que suponen las leyes[27] y convenciones humanas aquí incapaces de intervenir. El significante *"DIOS"* fue colocado en un lugar prominente de la estructura, siendo luego sucedido por tíos, tías y el mismo pastor de la iglesia sin que ello alterara el posicionamiento de este sujeto que seguiría supeditado a una entidad aparentemente superior.

Luego de que *"gracias a DIOS se curó",* la *improcedencia de los derechos humanos* parece no haberle permitido al padre recuperar su condición perdida:

> *"Mi papá se volvió un padre muy frio hasta hoy en día, él ahora tiene diabetes por esa noche y por más sucesos horribles que pasaron después. Solo puedo decir que desde esa noche Jamás (sic) ni mi vida ni mi familia volvió a ser igual, dejó una gran marca que jamás olvidaré.*
>
> *Madrugada del 1 de mayo de 2009"*

Actualidad del acontecimiento que muestra su presente en la escritura del suceso en que domina dicho tiempo gramatical. Sobre lo sucedido después, no se ha registrado mucho más allá de lo "*horrible"* que resultaría atestiguar *un padre frio que ahora tiene diabetes* y *una vida marcada* por una experiencia que "*Jamás"* olvidará. Un "*Jamás"* que proyecta hacia el futuro la imposibilidad de olvidar lo vivido. Adverbio que es escrito con mayúscula enfatizando la potencia de un decir marcado por una fecha

---

[27] Ya Sigmund Freud (1927/2006) en *El porvenir de una ilusión*, daba cuenta del desvalimiento o desamparo humano que expresan los sujetos al encomendar su vida y su rumbo a la figura de una deidad; Elemento que durante mucho tiempo ha sido atribuido al desamparo original y la incapacidad del ser humano para dejar su condición infantil,

particular: "*Madrugada del 1 de mayo de 2009".* Fecha que con el estancamiento imaginario de su actualidad domina la economía psíquica y parece sofocar las posibilidades acontecimentales a futuro, dejando al sujeto flotando en una lógica temporal del *"Jamás"* que parece condenarle en lugar de permitirle integrar la imposibilidad real de que su vida *vuelva a ser igual.*

La aparente imposibilidad acontecimental, de cambio y viraje en el sentido como el que aquí se muestra en la idea de que algo *jamás volvió a ser igual*, es un atributo que se encuentra en algunos de los textos, donde se relata la ausencia de *un padre,* o simplemente de un *otro* que abra la pauta a lo inédito. Pauta que implica dar trámite a esta imposibilidad de retornar a una versión anterior, no sólo de la vida y de las cosas, sino del sujeto mismo en la pérdida de las certezas que tanto padres como madres son capaces de figurar para el sujeto en su condición infantil. Una imposibilidad que, en condiciones ideales, supone una apertura subjetiva a los acontecimientos del presente y del futuro; pero que aquí se encuentra atrapada en el dominio imaginario del *"Jamás"* que hace las veces de gran torbellino que succiona los nuevos elementos y contingencias de su historia personal.

La violenta irrupción de aquellos soldados, así como la manera en que se fueron sucediendo los hechos, han configurado retroactivamente una condición idealizada de la que el sujeto fue sacado sin encontrar *vuelta atrás*. Condición anterior de la que no se describe más allá del hecho de que *se encontraban descansando*, pero que por contraste con las condiciones posteriores al acontecimiento, produce algunos efectos característicos del duelo en lo que Žižek (2014) describiría como la "pérdida de unidad y armonía primordiales que nunca existieron, que no son más que una ilusión retroactiva" (p. 50). Figuración imaginaria que domina en el sujeto, y por momentos opaca, la posibilidad de vislumbrar nuevos escenarios e irrupciones que surgen de manera inminente como producto del devenir histórico.

La condición acontecimental constituye posibilidades de cambio que los sujetos no siempre suelen vislumbrar. En el ***testimonio F*****,** por ejemplo, se relata ese momento

en que un niño es llevado a la casa de su abuela por el sujeto con quien su madre se había estado *viendo a escondidas de su padre*:

> *"Me subió a un taxi y me llevó a la fuerza a la casa de mi abuela, yo lloraba y gritaba, pero las personas que pasaba por la calle no hacían nada. No logré escaparme y termine encerrado en una habitación de la casa de mi abuela, yo suplicaba por regresar a mi casa con mi madre, pensé que mis súplicas serían en vano, pero, aunque pareciera cruel, ellos solo me dieron $20 y me dijeron que me regresara. Decidí hacerlo, aunque tenía mucho miedo nunca antes había tomado un autobús yo solo, y si me equivocaba, por suerte terminé llegando a mi casa"*

"A la fuerza", ha sido el modo en que este sujeto ha sido separado de su madre y llevado a la casa de su abuela. La impotencia de llorar y gritar, mientras las personas "*no hacían nada*", ha dejado marcado en este testimonio, como en el ***testimonio D***, una falta en el registro de aquello que gritaba y resultaría útil para revalorar las palabras que acompañaron esa experiencia que en su momento no fueron valoradas. Esas *personas que pasaban* parecían no otorgar el valor suficiente a las palabras de aquellos niños. Tan solo observaban gritos y llantos cuyas elaboraciones parecen desestimadas al grado de terminar en el *encierro.* Sólo de manera posterior, las súplicas de *"regresar a mi casa con mi madre"* fueron escuchadas por la abuela desafiando el pronóstico mismo de quien pensaba que enunciarlas sería "*en vano".* Una condición que podrían haber tenido sus palabras de no haber sido escuchadas por quien tomó una determinación con base en ello: *"aunque pareciera cruel, solo me dieron 20 pesos y me dijeron que me regresara"*. ¿En qué o en quien radicaría la probable crueldad que aquí se nombra? ¿Era cruel la abuela? ¿Eran crueles los 20 pesos que sólo le dieron? ¿Era cruel que le dijera que se regresara solo? La *crueldad* podría estar en el acto de dar dinero a un niño para que regrese *"solo"* ante el presunto desamparo adjudicado a la condición infantil. El testimonio muestra, sin embargo, notables intentos del sujeto por reivindicar su posición subjetiva durante la infancia, incluso ante las condiciones

aparentemente más adversas. Logró contraponerse al miedo de regresar solo, *miedo de equivocarse* y *"por suerte"* terminó llegando a casa.

Realizar algo *"por suerte"* y conseguir algo que deseaba hacer, constituye un elemento cuya connotación va ligada a los elementos con los que se asocia. En este caso, el sujeto tuvo la *"suerte"* de regresar a su casa aun cuando nunca había tomado un autobús *solo. "Suerte"* que parece restarle un poco de mérito a la capacidad misma que tuvo para hacerlo sin ayuda, aun siendo un niño con miedo ante tal situación. Pero también una *"suerte"* que se puso en entredicho con lo que posteriormente descubrió:

> *"En la puerta había varios papeles, en especial recibos, a esa edad yo no sabía nada de eso pero si hay unas cuantas cosas que entendí, mi padre vendió su carro, lo habían despedido del trabajo y había otro papel que en realidad sigo sin reconocer de que tipo es, pero tenía que ver con el hombre que veía a mi madre, ellos se veían desde hace diez años. Conclusión mi padre no hacía nada malo llegaba tarde porque trabajaba tiempo extra para pagar las deudas y mi madre… siempre me mintió, ella siempre me mintió acerca de lo de mi padre todo por estar con aquel sicario, ella se fue, pero mi vida sigue siendo una mentira"*

El paso del *no saber* al *saber* puede ser algo violento. Alcanzar *a entender* algo que ya se vislumbraba, pero no se había encontrado *escrito sobre varios papeles,* sacudió la subjetivad de quien se vio llevado con ello a abandonar súbitamente una versión de los padres, e incluso de sí mismo, con la cual se había identificado largo tiempo. "*Había otro papel que en realidad sigo sin reconocer de que tipo es, pero tenía que ver con el hombre que veía a mi madre". Ese papel que sigue sin reconocer* es el papel que juega ante sus padres, ante los otros, ante su propia historia y ante el Otro en sus dominios simbólicos. "*Ella siempre me mintió acerca de lo de mi…",* señala con sus palabras los efectos imaginarios de un orden que habrían predominado tanto tiempo como si se hubiera revelado la mentira de aquello que *siempre* había creído como cierto ¿Con quién y con qué identificarse ahora?

"*Mi padre no hacía nada malo, llegaba tarde porque trabajaba tiempo extra para pagar las deudas y mi madre…"* El padre *no hacía nada*, y aunque este relato se asoció con la violencia, debido a que llegó a agredir con golpes a la madre, lo más violento para este sujeto, ha sido el estremecimiento provocado por desmentir una versión de la verdad, sin tener pista alguna de una nueva versión brindada por el padre u otro alterno para asirse, luego de que se derribó la de la madre. *No hacer nada malo* ha sido insuficiente para reconocer otro deseo en un padre que aparecía como un agresor que trabajaba para "*pagar deudas y mi madre";* pero no como sujeto deseante que haya trascendido dichas deudas.

Lo más parecido a una figuración de sí mismo yace en "*aquel tipo que veía a mi madre"; "aquel sicario"* por el que una madre fue capaz de mentir, irse y dejar todo. Atendiendo a la homofonía de la primera frase, su principal referente es aquel tipo que *veía su madre,* tipo al que ella dirigía su mirada como referente del deseo que el sujeto ha registrado como parte de su verdad. Una verdad singular que, por haberse entramado en forma de mentira, mantiene al sujeto sin posicionarse ni reconocer ese *"otro papel"* que también juega.

La posibilidad de reposicionarse subjetivamente a partir de un acontecimiento vinculado a la violencia se muestra en el ***testimonio I***. Una experiencia en la que el sujeto que ha atestiguado la pelea de sus padres, una de esas *peleas* cuyos efectos, en otros testimonios, han sido graves, ya que, por su vinculación especular, algunos niños alcanzan a distinguir entre el otro siendo golpeado y ellos mismos. Pero aquí, dicha pelea percibida en sus efectos a través del hermano ha producido una sensación de odio y rencor ligados a la agresividad, que aquí han permitido *afrontar* a los padres:

> *"De repente mi mamá empezó a gritarle a mi hermano que le ayudara y mi papá le decía que no fuera ante aquella confusión mi hermano comenzó a llorar sin saber qué decisión tomar. Y no sé qué pasó solo recuerdo que por mí corrió una sensación de odio y rencor hacia mis padres por hacerle eso a mi hermano*

menor así que salí de su cuarto y me paré frente a ellos gritando que dejaran de comportarse como niños pequeños"

Una madre solicitando ayuda al hijo menor cuando está siendo agredida por un padre que le *"decía que no fuera",* ha provocado confusión y llanto en un niño, percibido por la hermana como falto en el "*saber qué decisión tomar*". Para empezar, ¿Por qué la madre solicita ayuda a un hijo que es menor, estando presente una hermana de doce años que es mayor? ¿Qué podría tener el hijo menor como atributo, que no tiene su hermana mayor como para solicitar ayuda al primero? ¿Qué ayuda solicita ella gritándole a su hijo? El relato no dice mucho sobre ello, sólo nos señala que la joven solía ser *callada y tímida como* condiciones que habría podido dejar atrás al reposicionarse ante los padres durante esta experiencia adviniendo así una joven *"decidida, valiente y feliz"*. Una vivencia en la que el acto disruptivo no ha sido realizado por el hijo, sino por la hija, que lo llevó a cabo llegando a subvertir cierta lógica de género. Una lógica patriarcal en la que se deniega a las mujeres la posibilidad de agredir y volcar su pulsión de muerte en esos espacios "donde puedan transmutar la naturaleza destructiva y agresiva que de manera ineluctable las habita" (Pavón-Cuéllar, Gamboa y Alcalá, 2015, p. 10). Una agresividad que se manifiesta de diversas formas, y es preciso reconocer en su expresión la posibilidad de reposicionarse subjetivamente en casos como el que aquí se describe.

El "*no saber"* del hermano, que a su vez es también su propio *"no saber",* se presenta como una expresión de pérdida, capaz de provocar *"confusión"* ¿Quién puede *saber* en estos casos donde los padres *se pelean, rompen cosas y se comportan como niños pequeños*? Ha sido la hija quien aparentemente *"sin saber",* ha tomado la determinación de *hacerles frente a sus padres* y gritarles que "*dejaran de comportarse como niños pequeños".* Ha expresado su ofensiva al infantilizar a los padres, cuestionando el lugar que supondrían ocupar en la estructura familiar. La tensión agresiva, capaz de provocar *odio y rencor,* fue trasformada en palabras esgrimidas con un monto de agresividad, suficiente como para sacudir a los padres y detener su pelea. Una muestra más de que niños y jóvenes guardan en su *decir* la principal forma de

desviar, sancionar o detener el cauce que van tomando algunos acontecimientos vinculados a la violencia entre sus padres; acto que por momentos parece contraponerse a la propia razón.

> *"Pero al ver la sangre y las cosas el valor huyó de mí y la razón me dijo que me fuera pero me quedé les dije que no era justo que nos afectaran con sus peleas sin sentido y que nos atormentaran con aquellas cosas y les dije que no me callaría que siempre me lo callaba y que ya pararan porque solo nos afectarían a mi hermano y a mí y las piernas me temblaban y quería correr pero al oír a mis papás decir que ambos se calmarían me sentí aliviada y pude irme"*

Como ya se mencionó con anterioridad, el elemento que supone *la sangre* no sólo hace referencia al vital líquido contenido en una persona, sino también a las *relaciones sanguíneas* de las familias, cuyas vinculaciones de este tipo configuran cierto orden racional. Con el resquebrajamiento de tales relaciones observado en la sangre y *aquellas cosas*, el valor *pareció haber huido junto dicha razón*. Sin embargo, el sujeto logró *"salir"* y posicionarse frente a ellos, acusando el *sinsentido* de sus *peleas,* así como otras cosas que, en su conjunto, habían estado provocado tormentos, que ya no callaría como "*siempre lo habría hecho*". ¿Existen entonces peleas con sentido? Lo cierto está en que la joven tuvo que pararse frente a ellos *para detener algo que parecía no parar.*

> *"Y hoy en día esa experiencia me ayudó mucho ya que logré cambiar, de una chica callada y tímida a una chica decidida y valiente y feliz sin miedos, pero no solo mi actitud cambió sino también mi forma de vestir y de pensar y ahora de toda esa experiencia solo recuerdo muy claramente la frase de una compañera que decía: "Si te callas tú también eres cómplice"*

La joven describe lo narrado como una experiencia que le ayudó mucho para lograr *"cambiar de una chica callada y tímida de todo a una chica decidida valiente y feliz sin miedos"*. Enfrentar a sus padres y a sus miedos en aquella situación, le permitió

reposicionarse frente a estos, entendiendo que, en el orden que van tomando las cosas, *“si callas tú también eres cómplice”*. Permanecer callado ante los padres no resulta, por tanto, una posición puramente pasiva. En las familias donde existen *golpes y peleas,* el silencio guarda consigo una complicidad activa. En este caso particular, dicha condición pudo ser transformada al *pararse frente a los padres,* escenificando un acto que no sólo convoca a los padres biológicos, sino también a los padres simbólicos e imaginarios que ostentan dicha posición.

Al final de este relato se sugiere *no callar* y afrontar a los otros como mecanismo útil para “*salir”*, “a*yudar”* y “*cambiar”*. Se atestigua con ello una experiencia de violencia que ayudó a esta joven a reposicionarse subjetivamente, *cambiar* de actitud e incluso de *forma* de vestir. Testimonio que problematiza esa noción inexorablemente victimizante de la violencia que suele convocarse con el solo escuchar dicho calificativo sin atender la versión singular que cada sujeto elabora con *lo ocurrido*. Una cuestión que invita a tomar una posición ética particular al momento de escuchar a quien ha experimentado un episodio violento dado que, de acuerdo con dicha disposición, un sujeto construye discursivamente el acontecimiento. Siendo entonces el otro un factor de suma relevancia al momento de reconocer su implicación activa en lo sucedido, signarse como víctima, o inclusive tal como lo sugiere este testimonio, reivindicarse subjetivamente haciendo del acontecimiento una oportunidad para transformar su posición frente a otros.

IV.IV.- Acontecimiento en escritura: posibles elaboraciones frente a la violencia

Quisiera escribir y escribir, pero la hoja no me alcanza.
Quisiera contar mi historia.
Anónimo

La escritura de acontecimientos relacionados con la violencia ha permitido analizar en su materialidad las posibilidades discursivas que guardan las experiencias humanas. Discontinuidades, deslices y nuevos sentidos que emergen entre los significantes, muestran aquí la manera en que las expresiones de la agresividad no siempre son voluntarias, pero resultan inminentes. El sujeto no es consciente de todo lo que dice ni de su implicación en ello por lo que este registro material que supone su escritura muestra las marcas dejadas por experiencias que siguen actualizándose, sobrescribiéndose y resignificándose al momento mismo de ser relatados. En este contexto es de suma importancia reconocer la vinculación existente entre lenguaje y agresividad humana, el predominio del registro simbólico en los sujetos, así como los efectos que éste tiene para el sujeto al momento de relacionar un acontecimiento con la violencia.

Los textos analizados muestran lo indeterminada que resulta la atribución de violencia sobre algunas expresiones que, de entrada, no se corresponden con lo descrito por Organización Mundial de la Salud (OMS, 2012) al definirla como “el uso intencional de la fuerza física, amenazas contra uno mismo, otra persona, un grupo o una comunidad que tiene como consecuencia o es muy probable que tenga como consecuencia un traumatismo, daños psicológicos, problemas de desarrollo o la muerte” (p. 3). Acepción que, en una de sus principales limitantes, desestima el contexto de los acontecimientos así como los elementos materiales en que se encuentran enmarcados y la tendencia actual a percibir como violencia una diversidad de experiencias que estremecen la subjetividad.

En el ***testimonio J,*** por ejemplo**,** un joven que se rompió la pierna vincula su acontecimiento con la violencia expresando que esto se da *"en cierto modo puesto que habla de una fractura. Pero fue un descuido".* El matiz que introduce al referir que tal relación "*en cierto modo"*, vislumbra cómo ésta y otras experiencias analizadas llevan innegablemente un *cierto grado* de violencia que, sin recurrir al contexto, podría encender las alarmas de quienes consideran la experiencia subjetiva como el principal indicador de violencia. Al considerar el *"descuido*" que funge como *contexto* significante en el hilo del relato, resulta entonces evidente que este sujeto no ha sido víctima de alguna forma de *violencia* propiamente dicha; aun y cuando algunos autores conciben como violencia "lo que cada sujeto designa como tal" (Quiroz, Espinosa, Orozco y García, 2018, p. 17). Una noción que acertadamente intenta rescatar la singularidad de cada experiencia atendiendo a la manera como se enlazan lo significantes; empero, conlleva el riesgo de relativizar demasiado nuestra postura al momento de plantear una posible intervención en el campo de la *salud pública*.

La arbitrariedad que supone esgrimir una condena sobre cualquier experiencia señalada como violencia, vuelve pertinente hacer una distinción entre el acontecimiento que puede ser calificado como "violento" dado que perturba o estremece la subjetividad de aquellos en quienes deja sus marcas; y otras formas de *violencia propiamente dicha,* en la que se tiene la intención de provocar un daño transgrediendo ciertas leyes o pactos simbólicos que, dada la preminencia que el lenguaje guarda en los seres humanos, resultarían inminentemente condenables. Es indispensable diferenciar *lo violento* como cualidad comúnmente atribuida a una experiencia que produce dolor, alteración, limitación o ruptura de cierta noción de unidad sin que ello necesariamente implique la intención de provocar un daño. Situaciones que contrastan con otras formas de *violencia propiamente dicha* en las cuales: se presenta la intención de agredir al otro fuera de los acuerdos simbólicamente reconocidos, o bien, transgredir deliberadamente una ley en perjuicio de otros sujetos configurando un acto que amerita ser sancionado.

Atendiendo a las experiencias analizadas, tanto las expresiones de *violencia propiamente dicha* como las experiencias estremecedoras comúnmente referidas como

violentas pueden afectar la subjetividad y hacer surgir una demanda de apoyo por parte de quienes las padecen; sin embargo, el uso de estos criterios al utilizar alguna de estos términos, ya sea como sustantivo o como adjetivo, puede ir más allá de una mera distinción gramatical:

> *"Yo me descontrolé hasta que mi pie quedo atorado en el "timón" intenté hacer fuerza para que el juego se parara, entre mis gritos de dolor, mis amigos no supieron que hacer (yo no pude hacer nada) mi pierna se rompió, me llevaron a mi casa y luego mis papás me llevaron al hospital y por consiguiente a ponerme yeso al cabo de unos meses con el yeso al fin me lo quitaron, pero ¡Algo estaba mal! No podía caminar como antes, con el paso del tiempo intento disimular esa disfunción con mi pierna derecha, aunque creo que todos ya lo descubrieron ya que ando pisando a la gente y mis pasos son algo torpes. Pero no dejaré que esto me desanime yo intentaré hacer todo lo que pueda y aun si eso significa correr mal pero feliz"*

A pesar de suponer "*un descuido"*, esta fractura es indudablemente una *experiencia violenta* o estremecedora que ha sido acompañada con "*gritos de dolor"* ante la ruptura de unidad corporal. El *no saber* de los amigos y la impotencia de *no poder hacer nada* hicieron necesario el auxilio por parte de los padres; aunque tal apoyo no parece haber sido suficiente para reestablecer eso que *se rompió:* "*¡Algo estaba mal!";* "*No podía caminar como antes".* El acontecimiento representó una *ruptura* que no se limita entonces a su pierna derecha, la experiencia se anuda con la dimensión imaginaria de sentir que se alteró cierta unidad del sujeto cuya fractura *"todos ya lo descubrieron*". *Des-cubrimiento* de una falta cuyo origen parece estar localizado en un acontecimiento particularmente *violento* al condensar un sentido de ruptura, cuya experiencia, no brinda la posibilidad de volver a estar *"como antes"*.

Los pasos *"algo torpes"* que hoy da este sujeto van acompañados del intento por "*hacer todo lo que pueda y aun si eso significa correr mal* pero *feliz".* Encomienda que hace discernible esa naturaleza del deseo localizado en el borde de una limitación, que

al menos por momentos, parece inabarcable en su relación con la pretensión de *“hacer todo lo que pueda”* aun cuando dicha consigna *signifique* “*correr mal pero feliz”.* La significación violenta que ha figurado esta experiencia no le ha permitido a este sujeto integrar la contradicción que supone esta encomienda de “*correr mal pero feliz”,* enunciado que más allá de ser asimilado, se interpreta como una disfunción que *trata de disimular.*

En una escisión de la subjetividad similar a la ya presentada, el ***testimonio A*** también muestra cómo el acontecimiento es capaz de marcar un antes y un después que no siempre está ligado a un acto de violencia o agresión directamente ejercida por el otro. Algunas de estas experiencias revelan la conmoción que supone la ruptura de un orden simbólicamente que ha sido transmitido por alguien más, o incluso retroactivamente configurado por la sobredeterminación de un sentido: “*pues todo inició desde que nací y las dos familias”*. El nacimiento de un sujeto, por ejemplo, supone un acontecimiento por excelencia dadas las múltiples propuestas y posibilidades de sentido que guarda el nacimiento del neonato; sin embargo, también puede representarse como el origen de un conflicto establecido entre “*dos familias*”. A diferencia de otros testimonios donde el sujeto localiza la interrupción o desviación del sentido en alguna parte de la historia, aquí el sujeto localiza la bifurcación de ese antes y después en el extremo del nacimiento.

“Mi vida ha cambiado no lo dudo pero son problemas muy graves”. Los múltiples sucesos descritos, cambios, peleas e incluso momentos en que ha solicitado apoyo, parecieran haber sido absorbidos por las condiciones *problemáticas* que supuso el nacimiento de este nuevo ser. Momento prehistórico de la subjetividad, caracterizado por la *hiper*excitación que ha producido la salida del vientre, el corte y la separación de la mítica unidad con la madre. Acontecimiento del cual el sujeto no puede dar cuenta por sí mismo, ya que sólo adquiere conocimiento de dicho momento mediante el relato que sus padres u otros familiares le hacen del mismo. El nacimiento de este sujeto se dio en el vértice de los problemas entre *dos familias;* a pesar de que su vida ha cambiado y tuvo varios intentos por salir, lo que vive *“son problemas muy graves”.* Como

si las condiciones que caracterizaron su nacimiento siguieran presentes, aun a costa de los cambios y contantes intentos por lograr que suceda algo distinto.[28]

> *"Sé que necesito un psicólogo urgente!!!! Pero no tengo dinero y no me quieren llevar con uno. Yo quisiera encontrar ayuda pero…..No puedo! (sic) Quisiera contarle a alguien de todo porque sé que no estoy bien y ahora quiero salir adelante. Mi vida ha cambiado no lo dudo pero son problemas muy graves. Quisiera escribir y escribir, pero la hoja no me alcanza. Quisiera contar mi historia"*

La *urgente* necesidad de un psicólogo que le pueda *ayudar* es aquí percibida tan necesaria como imposible. No se trata simplemente de *pedir ayuda*, eso es posible para alguien que tiene un *poco más de palabra,* se trata de encontrarla y eso es algo que este sujeto *no puede.*[29] Un elemento en el que se contradice, ya que, con la escritura de este acontecimiento, el sujeto ha realizado parcialmente su deseo de "*contarle a alguien de todo",* encontrar a alguien que le lea y le escuche desde una posición que abra nuevas posibilidades de *ser y tener*. Un deseo expresado e inmediatamente sucedido por la conjunción *"pero"* y los elementos que parecerían contraponerse: *los problemas.* Palabras que toman su lugar como significante amo,[30] con lo que parece gobernar y dominar el texto de una historia, problemas que a pesar de los cambios siguen pareciendo *"muy graves".*

---

[28] En una reflexión que sin duda es objeto de un trabajo distinto, llama la atención que el concepto de movilidad social y los bajos niveles que muestra en la sociedad mexicana pueda estar ligada a condiciones como estas: las condiciones de nacimiento que han sido narradas por algunos de los padres.

[29] Cabe señalar que esta joven, junto con otras participantes, fueron canalizadas al departamento de control escolar donde le dieron seguimiento a su petición.

[30] El significante amo es el que domina y ordena un discurso de cierto modo para su audiencia. Significante que "provee una cohesión para dar sentido al discurso en juego" (Neill, 2013, p. 314)

"Escribir y escribir" en este caso, representa para esta joven una oportunidad de "*contar"*: *contar su historia, contar como sujeto*, simple y llanamente, *contar*. Acto de escritura que le permitiría mostrarse al otro desde su posibilidad creativa, enunciativa y, por tanto, acontecimental. Una simbolización mediada por la lectura de otro que le permita distanciarse de la experiencia y lograr en lo real "la erosión del significado" (Lacan, 1971). Experiencia que hasta el momento no parece haber alcanzado, ya que la propia hoja *no le alcanza* para cumplir con lo deseado. Cuestión que vuelve entonces necesario preguntar ¿Hay algo que le pueda alcanzar? Con la escritura aquí realizada, el *deseo de salir adelante* se pone de manifiesto, menciona que su vida *ha cambiado*, *solicita ayuda y cuenta* una historia en la que predominan los problemas*.* Aun con todo ello, tiene otras experiencias por contar.

Sin embargo, no basta con escribir su historia, el sujeto aquí señala la *necesidad de un psicólogo* que, desde la posición que le es asignada, brinde atención a lo contado. Alguien que le brinde la oportunidad de reconocerse y posicionarse en su historia sabiendo que "siempre hay un *siguiente símbolo* que no tarda en venir" (Pavón-Cuéllar, 2014b, p. 112).

Más allá de la preexistencia de un sentido o condición particular, que tendría que darse para la ocurrencia del acontecimiento, los testimonios muestran que en la condición humana y la propia escritura del relato, toma su lugar la irrupción acontecimental. Se presenta constantemente cierto grado de azar en la experiencia cotidiana, más allá del orden que configuran los símbolos y algunos sentidos retroactivos que los sujetos tienden a encontrar. La experiencia de encontrar muerto al hermano que es descrita en el ***Testimonio B*** nos da cuenta de esta inclinación por tratar de figurar un sentido, aun cuando algunas experiencias parecerían no tenerlo ni algunas piezas parecerían encajar:

> *"Él siempre fue un niño muy feliz nunca se molestaba era bastante tranquilo antes él era mi superhéroe mi ejemplo a seguir mis papás si me decían que él estaba malo"*

Bajo los bondadosos efectos de idealización que se atribuyen a ciertos objetos que se han ido, ese *"niño muy feliz"* que "*nunca se molestaba"* y era equiparable a un "*superhéroe", aunque "estaba malo".* Una condición que se contrapone a los elementos de felicidad, falta de toda molestia y capacidad heroica de aquel hermano; pero toma sentido dado que, luego de "*lo ocurrido" y* de manera retroactiva, se corrobora el hecho de que *"estaba malo"* tal como lo habían sugerido los papás. Explicación relativamente lógica capaz acallar algunas partes de la historia que se hubiera preferido no ver.

> *"Me dejaron dormido en el cuarto pero mierda como cualquier niño tenía curiosidad así que me levanté y abrí despacio la puerta y joder como desearía no averla (sic) abierto vi a mi hermano tirado en un charco de sangre"*

Quedarse dormido, tal como lo dejaron sus padres, se contrapone a la curiosidad que presenta "*cualquier niño".* Una disposición acontecimental que llevó al sujeto a descubrir a su hermano en el baño *"tirado en un charco de sangre".* Escena tan estremecedora que, tal como su desliz en la escritura lo indica, el sujeto hubiera deseado *no ver*, pero *vio*:

> *"No sabía que pasaba escuché que mi padre venía me acosté mi papá llorando sacó dinero se hincó y comenzó a llorar. Yo no sabía que pasaba recuerdo que mis padrinos fueron por mí me cobijaron y me llevaron a otra casa. Recuerdo el funeral todos llorando y yo le dije a mi mamá no llores mi hermano solo está durmiendo lo vas a despertar mi madre entre lágrimas me abrazó. Yo no supe lo que pasó hasta que cumplí 10 años que supe lo que pasó pasaron los años y no salía de casa lo necesité mucho"*

Al desconcierto que produce la escena del hermano "*tirado en un charco de sangre*" se le adhiere un padre que *se hinca*, *saca dinero* y *llora*. Un llanto que se produce en *todos* y, por tanto, en el sujeto que le pide a su madre *no llorar.* Un hijo que tratando de desmentir lo que claramente había visto, le dice a la madre que *su hermano está dormido,* adjudicándose con ello un *no saber* engañoso que lo acompañaría por

años. Cierta fisura en el saber que no se basa de una falta en la percepción de lo ocurrido, sino del deseo de *no haberlo visto* que tenía a su madre *"entre lágrimas".*

El niño fue llevado a otra casa *para que no viera.* Se posiciona como sujeto que desmiente lo visto, es decir la muerte, "*hasta cumplir 10 años"* cuando finalmente *supo lo que le pasó.* Como si habiendo ya cumplido con ciertos requerimientos, súbitamente hubiera sido habilitado *para saber*[31]*.*

> *"Hasta el 2015 que conocí a mi novia y me ayudó a superarlo. Solo quiero decir a quien ha perdido a alguien que no lo olviden, él nunca se fue vive en mi memoria"*

El deseo de que un objeto regrese y todo vuelva a ser como antes, se contrapone en buena parte a esta humana disposición acontecimental que una y otra vez sugiere *"una propuesta"* (Badiou, 2013, p. 21). Para este sujeto en particular, *conocer a su novia* ha resultado ser tal propuesta al ser ella quien le ayudó a superar-*lo.* Superar la muerte de ese hermano que durante largos años representó un gran hueco en el saber, mientras que el solo hecho de conocerla a ella, pudo revelar cierta verdad del *"querer".* El vínculo erótico que supuso la llegada su novia vino a configurar otro acontecimiento que tuvo la capacidad de ayudarle, ya que no solamente haría virar el sentido que figuraba su historia, también erosionó los efectos de un recuerdo que *la memoria* pareció encriptar. Y es que cuando una experiencia como la ocurrida sigue viva, es capaz de monopolizar la economía pulsional y congelar al sujeto en la expectativa de que algo puede retornar.

---

[31] En algunas experiencias de duelo, la desmentida ante la pérdida se manifiesta como **"**un saber que, pese a todo, no se quisiera saber" (Orozco y Soria, 2017, p. 501)

El amor se nos presenta entonces como un acontecimiento capaz de reconfigurar el estado de cosas, una experiencia que guarda similitudes con las otras que hacen alusión a la participación de algunas formas de la divinidad. En el ***testimonio D,*** por ejemplo, se describe esta situación dándole un valor acontecimental:

> *"Encuentro a mi mamá recargada en la pared interrogándola el soldado. Él me encierra en el mismo cuarto que mis dos hermanos y nos pide que nos tranquilicemos, toda la casa se queda callada por un momento y solo recuerdo cuanto le pedí a Dios en ese momento, pasan los minutos y ellos deciden retirarse*. *Se van corremos a buscar a papá y está tirado en la cochera tapado con una sudadera, Gracias a DIOS él sigue vivo, se levanta y empieza a llamar a mis tíos, tías pastor de la iglesia"*

Dada la manera en que se presenta el orden de los acontecimientos, este texto sugiere la intervención del *"DIOS"* haciendo virar el curso de los acontecimientos. Su invocación fue sucedida por el hecho de que los soldados *"deciden retirarse"*. De un modo similar a lo experimentado en el testimonio anterior**,** aquí ha sido *otro* el elemento que intervino y alteró el flujo que venían tomando las cosas, sin embargo, el posicionamiento tomado por el sujeto no fue el mismo. En el **testimonio B,** fue su novia la que *le ayudó a superar lo sucedido,* de modo que este sujeto colaboró en cierto modo con la superación de la muerte de su hermano; mientras que en el **testimonio D***,* el resultado no le otorga mérito ni coloca al sujeto en otra posición que no sea la de *pedir y agradecer a dios.*

Se pueden leer al menos dos posicionamientos distintos ante el acontecimiento vinculado a la violencia: primero, la posibilidad de agencia que el sujeto se atribuye al superar una experiencia como esa; segundo, un posicionamiento en el que la sobrevivencia ha dependido enteramente de "DIOS" o algún otro agente auxiliar. La disposición acontecimental de los seres humanos que, por azarosa que parezca, no se apuntala en cualquier significante ni vuelca su sentido a la mínima propuesta. "*Se levanta y empieza a llamar a mis tíos, tías pastor de la iglesia"*. La historia personal,

narrada en buena parte por los padres durante los primeros años de vida, va marcando significantes de los que el sujeto suele asirse. El hecho de que hayan sido los *tíos*, las *tías* y el *pastor de la iglesia* a quienes llama el padre tan pronto como se fueron los soldados, da cuenta del peso que ha tomado "DIOS" en esta historia y la capacidad de agencia que el sujeto se ha podido o no adjudicar. Significantes sobreterminados a los que se atribuyen los acontecimientos o virajes de sentido, pero que, al mismo tiempo, pueden habilitar o despojar a los sujetos de atributos con los que puedan afrontar las nuevas eventualidades que indefectiblemente llegarán.

> *"Unos (sic) de los momentos que cambiaron mi vida. En especial éste, es el que marca un antes y un después, es el que realmente definió mi vida entera. Yo era el típico niño buliado (sic)*"".

Tal como lo sugiere el **testimonio G** no ha sido únicamente uno sino "u*nos"* sino varios los momentos que *cambiaron la vida* de un sujeto. Existen, sin embargo, algunos que de modo especial marcan "*un antes y un después,*" figurando que han podido definir la *"vida entera"*. Una insinuación de completud con la que el sujeto da cuenta de su sentir actual, luego de haber transitado por diversas *agresiones, bullying y ofensas* por parte de compañeros y profesores durante la primera parte de su escolaridad.

> *"Por fin! Salir de ese infierno y directo a la secundaria, yo llegué violento, no me podía (sic) voltear a ver por qué ya la estaba haciendo de "pedo". "Pero lo conocí" un tipo cualquiera, pero él me supo enseñar que ese no era el camino, me enseñó que era especial y que podía hacer grandes cosas, "no me lo dijo, pero sus acciones lo hicieron" por él en parte comencé a tocar guitarra y sacar mi ira en ella".*

La historia destaca elementos que develan varios vuelcos en la historia y su *salida del infierno* fue uno de esto virajes. Llegar *directo* y *violento* a la secundaria marcó una considerable diferencia con el niño "*típico niño buliado (sic*)" que *antes* solía ser. *"Pero lo conocí, un tipo cualquiera…" nos* indica el otro vuelco importante, ya que su

propio autor se ha encargado de enfatizarlo. La llegada de un tipo que, *sin siquiera decírselo,* le habría enseñado *"que era especial y que podía hacer grandes cosas"* ¿Quién podía? ¿El tipo cualquiera o quién escribió la historia? Por la manera en que se escribe bien podría ser *cualquiera* de los dos. Experiencia que muestra cómo un acontecimiento puede encontrar su lugar incluso en la identificación. Identificación con otro capaz de abrirle un espacio al acontecer que aquí ha podido suscitar cierto *"tocar*". Un sujeto que al encontrarse con *"un tipo cualquiera"* fue *"tocado"* por palabras a través de las cuales *"era especial y podía hacer grandes cosas", cosas* tales como *tocar una guitarra y "sacar su ira en ella".*

Para este sujeto, sacar su ira seria entonces como una necesidad imperativa. *Ira* producida de algún modo por las diversas experiencias vividas o, incluso, en la tensión producida por su relación con *"ella"* de la que no se dice nada más. Resulta destacable que, a lo largo del periodo, no se haga referencia a ninguna mujer en particular en este texto, pero surge el pronombre de *"ella*" para designar un instrumento musical. Asociación interesante, si se considera que el sujeto ronda en una edad en la que sigue viva la oleada pulsional de la pubertad; de modo que "*una guitarra"* presentada como objeto para descargar su ira; hace pensar en la oportunidad que brinda la música para descargar ese monto de tensión agresiva y sexual al que no deja de empujar la economía pulsional.

> *"Yo antes quería ser soldado, matar solo por una orden sin sentido, ahora quería ser psicólogo, pero opté por computación pero mi verdadero sueño sería toca ~~guitarra~~ (sic) en un grupo de Hevi o transss o power metal por el mundo"*

La expectativa de ser soldado y matar, "*sólo por una orden sin sentido",* habría venido desplazándose hacia otras posibilidades como *ser psicólogo*, *estudiar computación* y hasta el sueño de tocar en un grupo de "*metal power"*, su "*verdadero sueño"*.

“Tengo 5 años de tocar guitarra, toco acústica y eléctrica, bajo eléctrico y batería. Y todo porque él me enseñó que uno no tiene límites él fue el momento que cambió mi vida”

Cada uno de los instrumentos que el sujeto hoy puede tocar, podrían representar un acontecimiento bajo un punto de vista particular; pero en su experiencia subjetiva, el principal ha sido conocerlo a *“él”*, *un tipo cualquiera* que le hizo *cambiar*. El mecanismo de la identificación se presenta entonces como una posibilidad acontecimental dado que es un mecanismo fundamental para la formación del yo y su reconfiguración. Experiencias de orden especular que inscriben sus huellas en la subjetividad para reconfigurar el sentido y el posible cauce que pueda tener la vida de los sujetos. Hallazgo que permite revalorar ese potencial que guardan los docentes, analistas, terapeutas, padres y otros agentes de la cultura frecuentemente colocados en posición de saber, dado que con ello pueden posibilitar acontecimientos, reposicionamientos subjetivos y alteridades que surgen de escuchase leído por otros como una forma de reconocimiento singular.

Capítulo V: Conclusiones

La violencia que se vive en las calles de México es tan preocupante como la que se da en los hogares e instituciones públicas. Ha sido la familia el escenario principal donde estos jóvenes atestiguaron agresiones capaces de alterar el curso de su historia, además de otras vivencias estremecedoras que no precisamente han implicado un agravio intencional. La estructura familiar constituye así la instancia en la que se esgrimen las primeras expresiones de la agresividad, así como los acuciados intentos por limitarla. Desde la relación con los padres, hermanos y otros agentes encargados de la crianza se vislumbra la existencia de tenciones e identificaciones que oscilan entre el amor, el odio, la rivalidad, la hostilidad, los celos y otros afectos que hacen de la ambivalencia una cualidad inmanente a nuestra vinculación con otros seres humanos. La agresividad humana puede desembocar en expresiones que van desde la lucha por la vida y la defensa del objeto amado, hasta las fantasías o actos más crueles dirigidos a humillar, contrariar o eliminar a los semejantes.

El trabajo de investigación que aquí concluye ofreció algunas respuestas a nuestra pregunta inicial: ¿Qué expresiones de la agresividad humana se presentan en la escritura de acontecimientos relacionados con la violencia por jóvenes de educación media superior? El análisis de los testimonios ha desembocado en hallazgos que muestran diversas expresiones vitales, algunas violentas y otras aparentemente opuestas a la pretendida destructividad que se le suele atribuir: la lucha por el deseo, la defensa de los objetos amados, apropiación de sujetos y objetos del entorno, intenciones agresivas, fantasías de muerte, agresiones físicas y verbales, autorreproches, desahogo en actividades artísticas, autolesiones, afrontamiento de agresores y otros actos que pugnan por reivindicar la condición subjetiva. Expresiones íntimamente ligadas a la relación narcisista que los seres humanos suelen establecer con los otros, la tensión agresiva que con ello deviene, así como su particular vinculación con las pactos simbólicos y leyes que se establecen en cada cultura.

A diferencia de la agresividad como tendencia que indefectiblemente encuentra su expresión en cada sujeto, la violencia es del Otro como categoría eminentemente cultural cuyas fronteras suelen variar en cada grupo humano sin encontrar al momento una determinación universal. Se vislumbra como la transgresión a sujetos y pactos simbólicos que pretenden regular las diferentes formas de vinculación humana. Dado que nos hemos propuesto como objetivo específico distinguir algunas expresiones legítimas de la agresividad respecto a otras que suponen formas de violencia propiamente dicha, podemos describir a las primeras como manifestaciones que ponen en escena actos de defensa, apropiación, reivindicación, agresiones sobre otros, e incluso sobre sí mismos, dentro de las regulaciones y dispositivos que permite la cultura. Cuando dichas expresiones transgreden lo avalado por esta última, aparece la violencia como nominación eminentemente social.

Tal como lo muestran los testimonios analizados, la tendencia agresiva y la violencia se encuentran continuamente. Confluyen en los imprecisos límites que los grupos humanos establecen con la finalidad de regular los intercambios sin guardar una determinación universal. *Tener peleas verbales, pero querer pasar a algo más; desear ser soldado y matar sólo por una orden sin sentido; enfrentar al otro; joderlo; luchar por lo que se desea* y otras expresiones aquí materializadas, elucidan algunas fantasías e inclinaciones agresivas que se erigen sobre tales linderos. Pactos o leyes simbólicas que, desde su propia estipulación, guardan como trasfondo una inclinación humana al exceso y el goce experimentado al momento de transgredir, encarnar, condenar o capitalizar tales límites en diversos momentos de la historia.

La flexibilidad o rigidez de los pactos simbólicos que delimitan la violencia configura la paradoja que se enfrenta al querer establecer una clara distinción entre agresividad y violencia. Más aun cuando estos límites se anudan con una concepción individualista de los afectos y las vivencias subjetivas que hoy proponen algunas vertientes de la psicología. Por un lado, los sujetos pueden acusar violencia en la estricta imposición de una norma o en la *fractura accidental* de una pierna; por el otro, podrían pasar por alto hostigamientos sexuales o agravios que ameritarían ser juzgados

por la ley. Reforzar la individuación de tales experiencias sin recurrir a un marco más amplio como el que supone la cultura, conlleva el riego de promover en los sujetos una posición de inexorable víctima, dado que difícilmente evitarán ser marcados por alguno de los continuos estremecimientos que supone la experiencia de estar vivo. Así mismo, se relativiza nuestro posicionamiento frente a formas de violencia que demandan acciones y pronunciamientos más radicales por parte de los diferentes actores que conforman el entramado social.

Tratando de reducir tales riesgos resulta necesario señalar una diferencia entre las *experiencias estremecedoras,* a las que comúnmente se adjudica el atributo de lo violento, respecto de lo actos que constituyen formas de *violencia propiamente dicha.* Las primeras comprenden esas experiencias primordialmente subjetivas en las que cualquier alteridad, irrupción, ruptura o imposición de un elemento significante puede ser percibido como tal. Una atribución que aparece de manera reiterada en la cotidianidad, así como en las elaboraciones teóricas de los autores revisados. Por otro lado, se encuentran algunas formas de *violencia propiamente dicha* como expresiones que transgreden los pactos simbólicos y acuerdos que tienen como referente principal a las leyes de la cultura. Actos susceptibles de ser sancionados ya que guardan la posibilidad de producir daños materiales, físicos o psicológicos no necesariamente evidentes ni predecibles en sí mismos, pero que atendiendo siempre a su contexto, cumplen con alguno de estos dos criterios: 1) constituye un ejercicio de fuerza física, poder, agravio u hostigamiento realizado con la intención de agredir a otros fuera de los códigos simbólicamente establecidos y reconocidos por los implicados; 2) Implica la transgresión u omisión deliberada de un pacto simbólicamente establecido constituyendo un acto que se realizada en perjuicio de otros sujetos.

Ya sean experiencias estremecedoras o actos que se correspondan con algunas formas de *violencia propiamente dicha*, los testimonios analizados muestran que sus consecuencias nos resultan inexorablemente fatales dada la capacidad de elaboración y reelaboración que guardan los seres humanos respecto a la inscripción de sus vivencias. Disposición subjetiva que abre espacio para lo inédito en personas que, aun

habiendo transitado por las experiencias más desgarradoras, han podido reposicionarse y descubrir atributos con los que aparentemente no contaban antes de lo ocurrido. Es preciso reconocer que una vivencia puede resultar estremecedora por el solo hecho de alterar o exceder el umbral de lo concebible. Momentos en los que se experimenta el rompimiento de cierta unidad corporal, imaginaria, familiar o vinculante que se fracturó, provocando la sensación de que algo *no volverá* a ser igual. La *división de las familias*, *el descubrimiento de una mentira*, *las ofensas entre familiares*, *el suicidio de una persona cercana,* e incluso *las autoagresiones*, configuran experiencias estremecedoras que la psicología y otras derivaciones del complejo psi estamos llamados a escuchar desde un posicionamiento ético en el que se reconozca la posibilidad de elaboración y reelaboración que guarda un acontecimiento cuando se relata en presencia de otro. Mientras que, por otro lado, actos de *violencia propiamente dicha* como el que suponen *los maltratos sobre la mujer*, *el hostigamiento escolar* o las *violaciones a la ley*, representan expresiones contra las que ética y radicalmente nos debemos pronunciar.

En nuestra investigación se describe cómo el nacimiento de un nuevo infante crea tensión al hacer converger la alteridad de *familias* que no terminan por dirimir sus diferencias y potenciales problemas. Instancias que, desde el apellido mismo como elemento simbólico, materializan una di-visión que no solo marca un punto de partida para la vida de un sujeto, también encarna un espacio de encuentro entre dos alteridades con visiones distintas. Diferencias que entran en conflicto y pueden empujar a un sujeto a *luchar* sin alcanzar a asumir un posicionamiento particular en la contienda, o a que sustente al menos un ideal que le permita transitar sobre ese campo de batalla en el que parece atrapado. El padre, así como otros representantes de la ley simbólica, juegan un papel primordial en la mediación del conflicto y las eventuales agresiones que suscita la alteridad. Su palabra es capaz de introducir un pacto que se vuelva punto de referencia al intentar remitir las intenciones agresivas de los diferentes miembros hacia significantes e ideales capaces de mediar las relaciones que el sujeto establece con los demás. De acuerdo con la manera en que se integra o se deniega dicha ley que

regula los intercambios, el sujeto va construyendo una posición que no solo delimita, también vehiculiza la expresión de las pulsiones sexuales y agresivas que pugnan por ser satisfechas. Genuinas inclinaciones que, al no encontrar los medios y dispositivos simbólicos para su expresión, puede detonar en otros bajo expresiones extremas o recaer en el *yo mismo* bajo los autorreproches que esgrime el superyó.

La presencia constante de agresiones en un complejo estructural como el que supone la familia ha mostrado que la tensión agresiva no encuentra su expresión de forma unilateral. Los implicados participan, incrementan y descargan sus respectivos montos de tensión en relaciones que suelen ser asimétricas. La distribución del poder en las estructuras jerárquicas juega un papel preponderante en su descarga. El *maltrato sobre la mujer* es una muestra de lo anterior debido al lugar que históricamente se les ha otorgado en el sistema patriarcal, de modo que suelen convertirse en objeto de agravios y expresiones violentas. Agresiones que ellas, a su vez, tienden a ejercer sobre sujetos menos empoderados materializando los efectos de esa tendencia mortífera cuya expresión se les ha venido negando sistemáticamente, pero no por ello ha dejado de ejercerse. Nuestros testimonios muestran cómo una mujer *golpeada por su esposo* suele también responder y descargar su agresividad mediante palabras ofensivas, invalidación del otro ante los hijos, engaños y agravios ejercidos sobre otros integrantes de la familia: infantes, adultos mayores o incluso el sujeto mismo bajo la forma de autorreproches y agresiones que dan cause a esa inclinación sadomasoquista de la pulsión.

El goce obtenido mediante el ejercicio de la agresión es una muestra de que la agresividad no es meramente reactiva. La tensión, el esfuerzo y la puesta en acto de una tendencia agresiva que pugna por satisfacerse no dependen enteramente de agentes visibles que la provoquen o justifiquen. Las experiencias vividas en un *grupo de personas,* como el aquí presentado, dan cuenta de fantasías y tentativas de agresión que desbordan toda noción de que existe una justificación racional para el ataque. Basta con la afirmación de unidad, la exaltación las diferencias con respecto de otros, el júbilo producido en un grupo al liberarse de la culpa o la reducción de algún otro a la

condición de objeto de goce para que los sujeto se obtengan un modo de satisfacción y tiendan a repetir dicho acto.

Los efectos que se derivan de las agresiones físicas y verbales en los complejos familiares dependen en buen grado de la jerarquía que ostentan los integrantes en la estructura. *Las peleas, los golpes* y otros conflictos que se dan entre hermanos no suelen dejar tantas huellas ni estar sobredeterminados con esa carga perjudicial que sí guardan los recurrentes agravios suscitados en dirección vertical. La inequidad respecto a los atributos de autoridad y fuerza que algunos teóricos atribuyen a los actos de violencia, toman aquí relevancia para considerar la gravedad del abuso de poder y otros los agravios que toman lugar en instancias como la escuela, el trabajo, las familias y otras instituciones. De modo que una pelea entre hermanos o colegas colocados en el mismo nivel estructural tiende a ser relativizada, banalizada o representada lúdicamente como componente integrado a las oscilaciones de amor y odio que caracterizan la relación con los semejantes. Situaciones que no muestran las agravantes de otras vivencias en donde *una manada de soldados irrumpe en una casa*, un *profesor hostiga a un alumno* o un *padre patea a la madre cuando esta yace en el suelo*. Recuerdos que llegan incluso a configurarse como traumáticos al provocar una sensación de impotencia de la que no todos los agredidos o testigos pueden sobreponerse, dada su particular posición en el complejo de poder.

El transitismo característico de los seres humanos como mecanismo por el que se identifican e incluso con-funden con otros como producto de su configuración especular, vuelve más complejo el reconocimiento de las intenciones agresivas en el propio yo. El testigo de una agresión puede identificarse con el agresor o con el agredido al presenciar una escena en la que se ostenta el ejercicio fálico del poder, aun cuando la identificación con el agresor no suele ser abiertamente reconocida dadas las sanciones morales que podría conllevar. La identificación con el sujeto que ha sido agredido o que se lesiona a sí mismo resulta más recurrente: *el alumno que fue hostigado*; *la mujer maltratada*; *el niño que sufrió maltrato de los padres* o *su predilección por otros hermanos*; *el joven que siempre ha de estar solo y se corta para*

desahogarse: quien se fracturó, *ya no camina como antes* y otras figuras aquí materializadas, constituyen algunas de las representaciones aludidas por los sujetos en su vinculación con la violencia. Posturas evidentemente distintas de quienes reconocen que *llegaron violentos*, *molestaron a otros, los golpearon o enfrentaron* tomando posicionamientos activos respecto al ejercicio de su agresividad en los diversos contextos y escenarios donde el sujeto habla, se relaciona, discute, compite o lucha con otros, tratando de reivindicar aquello a lo que otorga valía.

De modo que la agresividad humana no se limita únicamente a la particular *lucha por la vida* que presentan otras especies vivas. Su inclinación al apoderamiento de los objetos de su entorno está íntimamente ligada al narcisismo y los aparentes dominios que el sujeto ha figurado de sí: *su cuerpo*, *su piel, su mamá, sus amigos, su casa, su sueño*, *su vida* y otros elementos en los que ha depositado su libido. Esta inclinación dirigida a apropiarse de los objetos es una de las expresiones de la agresividad con que el sujeto trata de dominar su entorno limitando la posibilidad de que pudiera pertenecer a alguien más. Al constituirse como una inclinación pulsional, la tendencia agresiva pugna por ser satisfecha aun cuando deba servirse de subrogados: sujetos, objetos, ideales o historias que justifiquen su descarga tratando de eludir una posible sanción. Un padre plasma su apellido en *su hijo*, un sujeto decide sobre *su cuerpo* y toma *sus decisiones*; siguiendo una lógica similar, un sujeto corta *su piel*, trata de acabar con *su vida*, pelea por *sus amigos*, un hombre golpea a *su esposa* y un maestro se jacta de haber reprobado a *sus estudiantes*.

Este trabajo ha permitido vislumbrar cómo algunas experiencias de *violencia propiamente dicha* tuvieron consecuencias más cercanas a lo traumático. Situaciones en las que el sujeto se percibió *pequeño, impotente o imposibilitado*, experimentando una condición que actualiza la huella del desvalimiento original que caracteriza el nacimiento de todo ser humano. Por momentos, tales vivencias se presentan como si estuviera ocurriendo al momento mismo de relatarse: *“ellos tumban la puerta de mi casa”; “el miedo comienza a atemorizarnos”, “cuelgo y caigo en llanto sobre mi cama” “voy a la cocina tomo el cuchillo más afilado y marco mi piel”.* Descripciones que en su

materialidad dan cuenta de la atemporalidad característica del inconsciente, por lo que brindarles el espacio para que narren su versión de la historia conlleva una oportunidad para reelaborarlas y habilitar a los sujetos en el reconocimiento de su propia disposición acontecimental.

El ejercicio de escritura propuesto en este trabajo representó para algunos participantes la posibilidad de *"contar". Contar* en tanto que podían ser leídos por uno de los representantes del saber institucional con la expectativa de recibir ayuda y desplazarse de esa condición en la que señalan *no estar bien*. Una lectura analítica de sus experiencias permitió evidenciar las contradicciones, resquicios y fisuras capaces de mostrar posibilidades distintas en relatos donde los pronósticos y las condiciones no determinaron por completo el sentido ni el posicionamiento tomado por los participantes. Para algunos, el devenir de los hechos los llevó a apropiarse de posturas y determinaciones distintas a las que habían venido tomando: *decir algo en lugar de callar, salir en lugar de esconderse, cambiar su forma, pararse de manera distinta, descubrir una mentira, usar la palabra o algún otro instrumento para desahogar la ira en lugar de agredir a otros*. Sujetos que se sobrepusieron a los acontecimientos para reconfigurarse en la trama de relaciones que habitan. A estas y otras formas de reivindicación subjetiva puede también reconducir el estremecimiento provocado por de una experiencia que, ya sea que violente la subjetivad o constituya una forma de *violencia propiamente dicha*, guarda en su elaboración la posibilidad de lo inédito.

La psicología brinda atención caso por caso a quienes han transitado por alguna de esas vivencias que irrumpen en la subjetividad. Ambos tipos de experiencias pueden alterar en los seres humanos el ejercicio de tomar la palabra, trabajar, estudiar o amar. Empero, al argumentar violencia de manera indiscriminada por parte de los propios psicólogos, se corre el riesgo de sobredeterminar un sentido fatalista que podría vulnerar y victimizar a los sujetos, al tiempo que se demerita el valor de algunas experiencias que juegan un papel relevante en la civilización humana. Se han presentado casos donde se denuncia como violencia la asignación de un nombre, la sanción impuesta a quien ha quebrantado una ley o la asignación de tareas y

evaluaciones en las escuelas, desestimando que algunos de estos actos constituyen un factor importante en la estructuración subjetiva. Cargar con este signo maligno a las experiencias sin atender a su contexto, brinda un claro ejemplo de que al señalar como violencia cualquier forma de irrupción o estremecimiento provocado por alguna de las múltiples formas que toma la alteridad, erosionamos también ciertas instancias simbólicas y expresiones culturales que se construyen a partir de ellas, con todo y el malestar que su delimitación supone.

Las estructuras poseen un costado inmanentemente violento capaz de coartar, presionar e imponer algunos elementos de la realidad, como también de integrar, organizar y delimitar un sentido particular. Basta con cavar un poco en sus cimientos para encontrar indicios de ese agudo e impositivo borde hoy es señalado por multitud de críticos que sugieren derribarlas por completo, desestimando que la propia estructuración subjetiva se configura a partir de dicha materialidad. Es inevitable observar que varias de esas estructuras ameritan ser reconstruidas; pero también es necesario que se habilite a los sujetos para reconocer la composición y posibles vías que hacen modificables. De este modo, se reconoce la relevancia que guardan ciertos principios de orden en la configuración social de los sujetos, aun cuando sus representantes tengan que lidiar con el malestar y la ambivalencia que recae en quienes pretenden transmitir dichos principios simbólicos.

Se vuelve aquí pertinente señalar algunos alcances y limitaciones que ha tenido este estudio. Se cubrió el objetivo de analizar varios costados de las expresiones de la agresividad encontradas en la escritura testimonial de jóvenes de educación media superior. Se propusieron criterios que nos ayudarán a distinguir algunas formas de *violencia propiamente dicha* frente a las cuales nos debemos posicionar. Los testimonios y las teorías psicoanalíticas de las que partimos brindan múltiples y relevantes posibilidades de análisis. Vastedad que puede convertirse en laberinto irresoluble si no se conserva una visión delimitada de lo que se pretende, por lo que se sugiere limitar el número de textos a analizar en próximas investigaciones con el fin de desplegar de una mejor manera el desdoblamiento del discurso que allí se presenta.

Un dilema importante se presentó al momento de elegir entre transcribir los relatos escritos o mostrarlos en la materialidad de una imagen. Situación que no fue prevista al momento de elaborar el consentimiento informado para que los participantes contaran con la alternativa de usar un ordenador, deliberadamente alterar su estilo de escritura o decidir escribir tal como lo hacen de manera regular. Con el cuidado de no violentar la confidencialidad y los acuerdos simbólicos que intentamos reivindicar a lo largo de este trabajo, se ha optado por transcribir los testimonios con el cuidado de no alterar en lo general la disposición de las palabras, los deslices de la escritura y tachaduras que devinieron elementos importantes para el trabajo de análisis. Colocar la imagen de los textos hubiera brindado otros elementos valiosísimos para los lectores dada la posibilidad de analizar detalles que han quedado fuera con su transcripción, por lo que dicha cuestión deberá ser contemplada de manera explícita en el consentimiento informado de futuros trabajos.

El apego a la literalidad que sugiere el Análisis Lacaniano de Discurso como método implementado en esta investigación, ha puesto límites necesarios a la psicologización y sobre interpretación que puede sugerir cada texto. Un trabajo de análisis que, por otro lado, puede caer en lo reiterativo si el investigador no se posiciona desde un inició, atreviéndose a contrariar esa pretensión de neutralidad que suelen exigir algunas ciencias. Jacques Lacan sugería a sus alumnos que se colocaran a la altura de su época. Debido a nuestra vinculación con la salud pública en este momento histórico: la psicología, el psicoanálisis y otras derivaciones del complejo *psi* estamos llamados a escuchar a los otros desde una posición que no puede desatender el panorama social. Brindar escucha en el caso por caso es tan importante como promover regulaciones y políticas para favorecer a quienes padecen diversas formas de violencia cometidas por quienes nominalmente representan la autoridad en los distintos escenarios que estructuran nuestra subjetividad. Resulta preciso, por lo tanto, posicionarnos incluso ante los programas que hoy atienen a presuntas víctimas de la violencia, entendiendo de inicio cómo los preceptos desde los que partimos pueden

acallar las experiencias singulares para sobreponer el discurso del cual somos portavoces.

La censura moral impuesta a la agresividad en su cotidiana equiparación con la violencia ha sobredeterminado ese costado destructivo que innegablemente guarda; pero también ha eclipsado el empuje o monto de fuerza que resulta necesario para tomar la palabra, afrontar agresores, obstáculos, miedos y otras limitaciones que, ya sea de forma individual o colectiva, resultaría impensable en su realización sin *una buena cuota de agresividad.* Es indispensable darle la palabra al otro para que vislumbre cuál es el papel que juega en el ejercicio de sus tendencias mortíferas, habilitarle para elaborar, ritualizar y descargar sus montos en expresiones que no vengan en detrimento del lazo social. Valernos de los dispositivos existentes, o crear unos nuevos, para delimitar un marco por el que se pueda vehiculizar el inminente ejercicio de nuestra agresividad. Ya que al seguir condenando como violencia cualquier alteridad perturbadora o estremecimiento que recaiga sobre la subjetividad, corremos el riesgo de continuar aislándonos indefinidamente: separarnos hasta de devenir más frágiles de lo que presuntamente somos, o perdernos en nosotros mismos hasta terminar más solos de lo que aparentemente estamos.

Referencias

Aristegui C. (24 de enero del 2014) “Milicias civiles”, artículo de Aristegui sobre autodefensas en México. *AristeguiNoticias. Recuperado de:* https://aristeguinoticias.com/2401/mexico/milicias-civiles-articulo-de-aristegui-sobre-autodefensas-en-mexico/

Avalos, J. & Orozco, M. (2019) El análisis Lacaniano de Discurso como método de investigación en psicología: una revisión bibliográfica. *Uaricha*. 16. Pp. 46-55

Badioud, A. (2013) *La filosofía y el acontecimiento. Seguido de una breve introducción a la filosofía de Alain Badiou(Alain Badiou, Fabien Tarby)*. Buenos Aires: Amorrortu.

BBC. (2019) El hombre que quiere demandar a sus padres por haberlo tenido sin su consentimiento. Recuperado el 11 de mayo del 2020 de https://www.bbc.com/mundo/noticias-47150538

Blom, D.; Moor, S. Good, M.;Travis, Richter, T. (2006) Heroine. *Album Heroine.* Disco. Californa US: Epitaph.

Castro-Ibáñez, E. (2014) Feminización y subalternización del otro enemigo. Construcción y destrucción de corporalidades en contextos de conflicto armado y violencia extrema. *Colombia Internacional,* enero a abril de 2014, 57-82

Castellano-Durán, R y Castellano González, R. (2012) Agresión y violencia en América Latina. Perspectivas para su estudio: los otros son la amenaza. *Espacio abierto.* 21(4), 677-700. Recuperado de https://www.redalyc.org/pdf/122/12224818004.pdf

Elkin, M. (2010). *Actualidad de la agresividad en psicoanálisis de Jacques Lacan.* Buenos Aires: Grama ediciones.

Etimologías de Chile. (2016). *Violencia.* Diccionario etimológico. Recuperado de http://etimologias.dechile.net/?violencia

Fadanelli, G. (2018). *Lodo*. México: Almadía.

Freud, S. (1886/2006). Observación de un caso severo de hemianestesia en un varón histérico. *Obras Completas,* Tomo I (23-34). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. y Breuer, J. (1890/2006). Tratamiento psíquico, tratamiento del alma. *Obras Completas,* Tomo I (111-132). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. y Breuer, J. (1893/2006). Estudios sobre la histeria. *Obras Completas,* Tomo II (1-327). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1899/2006). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 102. *Obras Completas,* Tomo I (319-320). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1900/2006). La interpretación de los sueños (primera parte). *Obras Completas*, Tomo IV (1-343). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1900a/2006). La interpretación de los sueños (segunda parte). *Obras Completas*, Tomo V (345-749). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1901/2006). Psicopatología de la vida cotidiana. *Obras Completas*, Tomo VI (1-306). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1905a/2006). Fragmento de análisis de un caso de histeria (1-108). *Obras Completas*, Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1905b/2006). Tres ensayos de teoría sexual (109-222). *Obras Completas*, Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1905c/2006). El chiste y su relación con lo inconsciente. *Obras Completas*, Tomo VIII (1-247). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1907/2006). El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen. *Obras Completas*, Tomo IX (1-79). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1909a/2006). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. *Obras Completas*, Tomo X (1-117). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1909b/2006). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. *Obras Completas*, Tomo X (119-194). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1910/2006). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. En *Obras Completas*, *Tomo XI (53-127)*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1913a/2006). Tótem y tabú. *Obras Completas*, tomo XIII (1-164). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1913b/2006). El interés por el psicoanálisis. *Obras Completas*, tomo XIII (165-192). Buenos Aires: Amorrortu

Freud, S. (1914/2006). Sobre la psicología del colegial. *Obras Completas*, Tomo XIII (243-250). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1914a/2006). Introducción del narcisismo. *Obras Completas*, Tomo XIV (65-98), Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1915a/2006). Pulsiones y destinos de pulsión. *Obras Completas*, Tomo XIV (105-134). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1915b/2006). Lo inconsciente. *Obras Completas,* Tomo XIV (153-213), Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1915c/2006). Duelo y melancolía. *Obras Completas*, Tomo XIV (235-255). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1915d/2006). De guerra y muerte. Temas de actualidad. *Obras Completas*, Tomo XIV (273-304). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1916/2006). La transitoriedad. *Obras Completas*, tomo XIV (305-311). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1919/2006). Pegan a un niño. *Obras Completas*, tomo XVII (173-200). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1920/2006). Más allá del principio del placer. *Obras Completas*, tomo XVIII (1-62). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1921/2006). Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras Completas*, tomo XVIII (63-136). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1923a/2006) Dos artículos de Enciclopedia. Psicoanálisis y teoría de la libido *Obras completas.* Tomo XVIII (227-254). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1923b/2006) El yo y el ello*.* Tomo XIX (1-66). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1924/2006) El problema económico del masoquismo*. Obras Completas*. Tomo XIX (161-176). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1925/2006)*.* La negación*. Obras Completas*, Tomo XIX (249-257). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1926/2006) Inhibición, síntoma y angustia. *Obras completas.* Tomo XX (71-164)*.* Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1927/2006). El porvenir de una ilusión. *Obras Completas Tomo XXI (1-55).* Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1930/2006). El Malestar en la cultura. *Obras Completas, tomo XXI (57-140).* Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1932a/2006). ¿Por qué la guerra?. *Obras Completas,* Tomo XXII (179-198). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1932b/2006). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 32' conferencia. Angustia y vida pulsional. *Obras Completas,* Tomo XXII *(75-103).* Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1933a/2006). 32ª Conferencia, Angustia y vida pulsional. *Obras Completas,* Tomo XXII (75-103). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1933b/2006). 33ª Conferencia, La feminidad. *Obras Completas,* Tomo XXII (104-125). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1937/2006). Análisis terminable e interminable. *Obras Completas,* Tomo XXIII (211-254). Buenos Aires: Amorrortu.

Frosh, S. (2003). Psychosocial Studies and Psychology: Is a Critical Approach Emerging? *Human Relations,* 56(12), 1545–1567

García-Robles J. (2012). Diccionario de modismos mexicanos. México: Porrúa.

Golding, W. (2011). El señor de las moscas. Madrid: Alianza.

González-Castro, P. (2015). Análisis Lacaniano del discurso: una herramienta metodológica ‘alternativa, innovadora y subversiva. *Teoría y Crítica de la Psicología*, 4, 51-59

Hamerlynck S.; Doreleijers, T.; Vermeiren R.; Lucres, J. y Cohen-Kettenis, P. (2008). Aggression and psychopathology in detained adolescent females. *Psychiatry Research*, 159, 77–85

Instituto Nacional de las Mujeres. (2014). *Violencia se ejerce por comisión y por omisión.* Recuperada de https://www.gob.mx/inmujeres/prensa/la-violencia-se-ejerce-por-comision-y-por-omision-14969

Instituto para la economía y la paz. (2019). *Índice de Paz de México: Identificar y medir los factores que impulsan la paz*. Sídney: IEP http://visionofhumanity.org/app/uploads/2019/06/Mexico-Peace-Index-2019-Spanish.pdf

Kristeva, J. (1988). *El lenguaje, ese desconocido.* Madrid: Editorial Fundamentos.

Kristeva, J. (1995). *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid: Cátedra.

Kristeva, J. (2005). Adolescence, a syndrom of ideality. *The psychoanalitic Review. 94, 715-725 Recuperado de* http://www.kristeva.fr/adolescence.html

Lacan, J. (1932/1979). *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. México: Siglo XXI.

Lacan, J. (1938/1987). *La familia*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1946/2005). Acerca de la causalidad psíquica. *Escritos 1(142-183).* México: Siglo XXI.

Lacan, J. (1948/2005) La agresividad en psicoanálisis. *Escritos 1 (94-116).* México: Siglo XXI.

Lacan, J. (1949/2005) El estadio del espejo como formador de la función del yo [*je*] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. *Escritos 1 (86-93).* México: Siglo XXI.

Lacan J. (1950/2005). *Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología. Escritos 1 (117-141).* México: Siglo XXI.

Lacan J. (1950/2012). Premisas para todo desarrollo posible de la criminología. Otros escritos (135-139). Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1952-53). Seminario sobre *Hombre de los Lobos. París. [Versión electrónica*]. Recuperado de http://bibliopsi.org/freudLacan.php

Lacan, J. (1953). Lo simbólico, lo imaginario y lo real. Conferencia pronunciada en el Anfiteatro del Hospital Psiquiátrico de Sainte-Anne, París. *[Versión electrónica*]. Recuperado de https://www.lacanterafreudiana.com.ar/lacanterafreudianajaqueslacanconferenciasescritosespaniol.html

Lacan, J. (1953-54/1981). *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud.* Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1954-55/2008). Seminario 2. El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1955-56/2009). *Seminario 3. La psicosis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1956/2005). La cosa freudiana o sentido de retorno a Freud en psicoanálisis. *Escritos* 1 (384-418), México: Siglo XXI.

Lacan, J. (1956-57/2008). *Seminario 4. La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1957-58/2009). Seminario 5. *Las formaciones del inconsciente.* Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1958-59/2015). *Seminario 6. El deseo y su interpretación.* Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1959-60/2007). *Seminario 7. La ética del deseo.* Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1960-61/2007). *Seminario 8. La transferencia.* Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1962-63/2006). *Seminario 10. La angustia.* Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1964/2001). *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis.* Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1964-65). *Seminario 12. El objeto del psicoanálisis. [Versión electrónica*]. Recuperado de http://bibliopsi.org/freudLacan.php

Lacan, J. (1965-66). *Seminario 13. El objeto del psicoanálisis. [Versión electrónica*]. Recuperado de http://bibliopsi.org/freudLacan.php

Lacan, J. (1966-67). *Seminario 14. El objeto del psicoanálisis. [Versión electrónica*]. Recuperado de http://bibliopsi.org/freudLacan.php

Lacan, J. (1967-68). *Seminario 15. El acto psicoanalítico. [Versión electrónica*]. Recuperado de http://bibliopsi.org/freudLacan.php

Lacan, J. (1971). *Lituraterre*. Recuperado de http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/Lacan-Lituraterra-1971-bilingue.pdf

Lacan, J. (1974-75/2006). *Seminario 23, El sinthome.* Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1975). Conferencia y charlas en universidades americana(Yale University). *[Versión electrónica*]. Recuperado de

https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.5.1.26%20%20%20%20CONFERENCIAS%20Y%20CHARLAS%20EN%20UNIVERSIDADES%20NORTEAMERICANAS,%201975.pdf

Lacan, J. (1976-77). *Seminario 24. Lo no sabido que sabe de la una-equivocación se ampara en la morra [Versión electrónica*]. Recuperado de http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/29%20Seminario%2024.pdf

Laplanche, J. y Pontalis, J. (1997). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Llored, P. [Editorial Silla Vacía] (2018, agosto 8) *Los filósofos ante los animales Patrick* [video]. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=PCH1lIs14-M

Lorenz, K. (2005) *Sobre la agresión: el pretendido mal*. México DF: Siglo XXI.

Lutereau, L. (2019). *Edipo y violencia.* México: Legorreta.

Musalem, B. R., & Castro, O. P. (2015). Qué se sabe de bullying*. Revista Médica Clínica Las Condes, 26(1), 14–23*

Najar, A. (10 de diciembre del 2010). Los estrictos valores de La familia Michoacana. *BBC Mundo*, Recuperado de https://www.bbc.com/mundo/noticias/2010/12/101210_valores_familia_michoacana_mexico_rg

Neill, C. (2013). Breaking the text: An introduction to lacanian discourse analysis. *Theory & Psychology,* 23(3), 334-350. doi:10.1177/0959354312473520

Negro, A. M. (2010). La violencia del superyó. Borromeo. Recuperado de http://borromeo.kennedy.edu.ar/Artculos/ViolenciasyoMNegro.pdf

Negro, A. M. (2013). Capítulo 7. Del superyó al acto. Análisis de las modalidades de la posición subjetiva en el discurso. I. Parker, y D. Pavón-Cuéllar. *En Lacan, discurso, acontecimiento* (121-129). México: Plaza y Valdés.

Negro. A. M. (2015) El superyó en Lacan: actualidad del concepto tal como es planteado en sus 'antecedentes' (1932-1952)**.** *Affectio Societatis,* 12 (23)

OECD. (2017). Results (Volume III): *Students' Well-Being*, PISA, Paris: OECD Publishing, Recuperado de: http://dx.doi.org/10.1787/9789264273856-en https://www.oecd.org/pisa/PISA2015-Students-Well-being-Country-note-Mexico.pdf

Organización Mundial de la Salud (2016). Definición de violencia. Recuperada el 28 de noviembre del 2015 de https://www.who.int/topics/violence/es/

Orozco, M. (2007) *La soberanía del acto: un estudio introductorio a la noción de crimen en Freud*. México: AMAPSI.

Orozco, M. (2012). Derivas del cuerpo y de violencia. Una secuencia freudiana. En I. Gárate; J.M. Marinas; M. Orozco, M. (Coords). *Estremecimientos de lo real. Ensayos psicoanalíticos sobre cuerpo y violencia*, (37-59). México: Kanankil.

Orozco, M. y Soria, H. (2017). La gravedad del duelo como acontecimiento. Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*,* São Paulo, 20(3), 497-510, set. 2017 http://dx.doi.org/10.1590/1415-4714.2017v20n3p497.6

Parker, I. (2010). Psychosocial studies: Lacanian discourse analysis negotiating interview text. *Psychoanalysis, Culture & Society*, 15(2), 156-172. doi:10.1057/pcs.2009.21

Pavón-Cuéllar, D. (2013). Introducción. La teoría lacaniana, el análisis de discurso y la cuestión del acontecimiento. I. Parker, y D. Pavón-Cuéllar. *En Lacan, discurso, acontecimiento* (11-24). México: Plaza y Valdés.

Pavón-Cuéllar, D. (2014a). Del método crítico-teórico lacaniano a sus reconfiguraciones práctico-políticas en discursos concretos: cuestionamiento de la ideología, compromiso del investigador y subversión del sujeto. En J. Flores y J. Aparicio (Eds.), *Miradas y prácticas de la investigación psicosocial* (129-174). Puebla: BUAP.

Pavón-Cuéllar, D. (2014b). *Elementos políticos de marxismo Lacaniano*. México: Paradiso Editores.

Pavón-Cuéllar, D. (2017). The language of history and its immanent critique: from lacanian discourse analysis to Marxist revolutionary practice. *Annual Review of Critical Psychology*, 13, 1-13

Pavón-Cuéllar, D. Gamboa; F. y Alcalá, M. (2015). La violencia escolar como objeto ideológico. En M. Orozco, A. M. Méndez, Y. E. García (Coords). Bullying. Estampas infantiles de la violencia escolar. Exploraciones psicológicas (9-16). México: Manual moderno.

Pavón-Cuéllar, D. y Orozco, M. (2017) Estudios psicosociales: entre el psicoanálisis, la psicología crítica y todo lo demás. *POLIS.* 13, (2), pp. 139-163

Quiroz, J.; Espinosa, A., Orozco, M. y García, R. (2018). Subjetividades amenazadas: testimonios de jóvenes en contextos de violencia. *Andamios*, 15(37), 15-42.

Real Academia Española. (2020). *Definición de Pedo.* Recuperado de https://dle.rae.es/pedo

Rimbaud, A. (1871). Carta a Geroge Izambard. *[Versión electrónica*]. Recuperado de https://www.biblioteca.org.ar/libros/153514.pdf

Sartre J. P. (1981). *A puerta cerrada.* Madrid: Alianza

UNESCO. (2017). *Patrimonio Mundial.* Recuperado de http://www.unesco.org/new/es/mexico/work-areas/culture/world-heritage/

UNODC. (2019). Global Study on Homicide 2019. Viena: United Nations Recuperado de https://www.unodc.org/documents/data-and-analysis/gsh/Booklet1.pdf

Vannucci, M. y Garro, D. (2014) Prácticas de escritura y posicionamiento subjetivo en la formación docente. Un análisis de la experiencia de los estudiantes. *Argonautas,* 4(4), 124- 137 Recuperado de http://www.argonautas.unsl.edu.ar/files/10%20VANNUCCI%20%20GARRO.pdf

Žižek, S. (2014). *Event, a journey through a concept*. London: Melville House.

Žižek, S. [Rolando Batista] (2012, mayo 17). *Roda Viva –Slavoj* Žižek *(02.02.09)*. [video]. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=boRoSOrP5a0

Anexos

Carta de consentimiento informado

Carta de consentimiento informado

En este documento encontrará información importante sobre las condiciones y derechos que usted adquiere con su participación en este trabajo investigativo que aborda *la agresividad humana, la violencia y el uso de la escritura.* Investigación enmarcada en el Doctorado Institucional en Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo que tiene dos objetivos: descubrir algunas de las expresiones latentes de la agresividad humana y la violencia en jóvenes adolescentes; segundo, conocer las posibilidades que tiene el uso de la escritura como forma expresión en psicología. Es por lo anterior que se le ha solicitado lo siguiente:

> *Escribe una experiencia que consideres que marcó un antes y un después en tu vida. Un evento, una vivencia o incluso anécdota que venga inmediatamente a tu mente, dejando a un lado el juicio de si es buena, mala, si te da orgullo o pena contarla en otro contexto. No hay un límite de tiempo o extensión establecida por lo que te pedimos que describas tu experiencia de la manera más honesta y detallada posible mencionando dónde y cuándo ocurrió, cómo participaste tú de lo ocurrido, si otras personas también participaron, de qué manera, etc. Tu escrito será totalmente confidencial, no es necesario que escribas tu nombre completo, sino únicamente las iniciales de tu nombre y apellidos para que sirvan como una referencia para la investigación.*

Requerimos de este permiso para concentrar su relato escrito y estamos en la total disposición de responder cualquier pregunta que pueda tener sobre esto, ahora o en el futuro; es importante que usted lea cuidadosamente este documento ya que al firmarlo nos indica que está de acuerdo con las condiciones y la posibilidad de que los resultados de colaboración sean utilizados para producir y difundir conocimientos científicos. Le garantizamos la total confidencialidad sobre su información personal y la posibilidad de omitir datos en caso de que usted lo solicite. En caso de sentirse agraviado o incomodo por alguna de situaciones presentadas durante el proceso, usted podrá rehusarse a responder

haciéndoselo saber al investigador; o bien, si la situación persiste usted tiene derecho abandonar el mismo o incluso solicitar que la información sea destruida inmediatamente.

Al finalizar la investigación se le entregará un informa detallado de los resultados obtenidos en caso de solicitarlo. Toda la información será analizada y archivada por el investigador para asegurar que ninguna persona externa al grupo de investigación podrá hacer uso de ella sin autorización. En caso de experimentar alguna situación extraordinaria usted se podrá contactar al teléfono 4431057334 Josué Avalos Pérez psicólogo que conduce esta investigación.

Con base en la información anterior conteste lo siguiente escribiendo su nombre o las siglas tal y como las escribe en su relato escrito.

Yo_____**DECLARO** que tengo_____años de edad; he leído este documento y **AUTORIZO** que mi escrito sea utilizado con los propósitos científicos de esta investigación.

Lugar y fecha_____

Firma_____

Encuesta final

Para concluir tu participación en esta etapa, por favor contesta las siguientes preguntas que nos ayudarán a conocer tu interés por seguir participando de la investigación:

1.- ¿El relato que escribiste tiene alguna relación con la a agresividad o la violencia? SI NO

2.- En caso de haber respondido afirmativamente explica ¿De qué manera? _____

3.- ¿Estas interesado en retomar lo que escribiste en sesiones de psicología que permitan reflexionar sobre lo relatado? SI NO

4.- En caso de ser afirmativa su respuesta: tiene algún número de contacto y/o correo electrónico para contáctarte_____

¡Muchas gracias por tu participación!